CATALINA

Rita Karrá

*Cat*alina

Rita Karrá

©Todos los derechos reservados.
©Catalina
©Rita Karrá

Diseño de portada: Rita Karrá
Maquetación: Rita Karrá
Corrección: Raquel Ramos Nevado

Primera edición: Octubre, 2022
ISBN: 978-1-7386897-0-5

Edición especial para Amazon.

ayuda de cámara.[1]

1.m. Criado cuyo principal oficio es cuidar del vestido de su amo.

O no.

SINOPSIS

¿Qué tienen en común un duque inglés y una fugitiva disfrazada de hombre? N A D A.

La *crème* de la sociedad regente ha hablado: y esta vez no es nada bueno. El duque de Beaufort vuelve a ser escándalo en las salitas del té, no por sus amoríos con damas casadas y ni siquiera por su apariencia demoníaca. Entonces ¿qué podría reunir a las cotillas de Londres para querer poner la cabeza de Beaufort en una pica?

Un ayudante muerto.

O mejor dicho, tres. Pero el duque está decidido a demostrar su inocencia usando como señuelo a su último ayudante: «Cat». Beaufort comprobará que su vida nunca ha estado más en peligro que con una mujer enmascarada a su servicio. ¡Y eso que el verdadero asesino sigue suelto! ¿Podrán dos personas, pertenecientes a dos mundos diferentes, cambiar sus vidas de manera inesperada? ¿O se matarán entre ellos antes de que el propio asesino lo haga?

¿Hasta dónde llegarías para salvar a tu hermana?

Catalina, hija bastarda de un rico hacendado español, tiene su cuello casi en la horca. A punto de ser ejecutada, logra escapar, pero deja atrás a su hermana en peligro. Por azares del destino, cuando un excéntrico duque la obliga a ser su «ayudante», ve la oportunidad perfecta para salvar a su hermana de una muerte asegurada. Lo que no sabe es que su terrible empleador es un escándalo viviente y que pondrá a prueba su paciencia mientras despierta otros sueños en ella que mantendrá escondidos bajo su disfraz.

¿Hasta dónde llegarías para salvarte a ti mismo?

Beaufort, atormentado por las secuelas de la guerra, consume los días con lo único que le despierta una emoción: descubrir el asesino de sus ayudantes antes de que la sociedad lo condene a él. Solo bastará que su nuevo empleado cumpla con las reglas para poder enfocarse, pero ¿quién dijo que la única mujer que oculta su identidad no será quien lo salve del asesino y, quizás, de él mismo?

DEDICATORIA

A coquito prieto (mi esposo).
Por más cafecitos cada mañana, por más aventuras.
A mi hermana.
Allí, donde nunca nadie llega, me espera siempre ella.
A mis padres.
A mamá, por las novelas que nos alquilaba y por las veces que me obligaba a repetir una palabra con mala ortografía. A papá, por la manera de contar las historias.

Y a ti, que me estás leyendo: quizás no es tu novela.
O a lo mejor sí. Espero con fuerza que sí.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. ¡Hasta nunca, Jamie!

CAPÍTULO 2. Catalina, la horca tiene tu nombre

CAPÍTULO 3. Dos aristócratas ingleses en un faetón

CAPÍTULO 4. Una forastera en el Londres oscuro

CAPÍTULO 5. Un toro inglés de ojos raros

CAPÍTULO 6. En una posada de Whitechapel

CAPÍTULO 7. Un nuevo ayudante en Rivelrey

CAPÍTULO 8. Catalina abre los ojos

CAPÍTULO 9. Los ingleses tienen nombres largos

CAPÍTULO 10. Bajo las escaleras de Rivelrey

CAPÍTULO 11. A los ayudantes se les debe tener miedo

CAPÍTULO 12. El laberinto del Minotauro

CAPÍTULO 13. El té se ha enfriado, milord

CAPÍTULO 14. Los pajes aprenden a confiar

CAPÍTULO 15. Se reparten verdades como puños

CAPÍTULO 16. Las zanahorias sospechosas se enamoran

CAPÍTULO 17. El ala de un cuervo ronda Rivelrey

CAPÍTULO 18. El asesino se revela

CAPÍTULO 19. La lluvia empapó el sofá

CAPÍTULO 20. En tierra de nadie

CAPÍTULO 21. Un cuervo rojo en la madrugada

CAPÍTULO 22. Los ingleses son fríos como dagas asesinas

CAPÍTULO 23. El lirio sapo

CAPÍTULO 24. La señora de Bisbury

CAPÍTULO 25. Catalina

EPÍLOGO

CAPÍTULO 1. *¡Hasta nunca, Jamie!*

Londres, Inglaterra. 1813.

Las manos del asesino temblaron entumecidas.

Una camisa apretaba la garganta de Jamie en un torniquete sin vuelta y los botones, chapados en oro antiguo, se incrustaban en su cuello como hundidos en masilla fría.

Asfixiar al ayudante había sido divertido. El cuerpo resaltaba desnudo sobre un montón de pantalones que pertenecían al duque de Beaufort. Jamie había sido perspicaz, audaz y en alerta constante. Un muchacho de campo, robusto y con mejillas lozanas que había llegado a Rivelrey por orden del duque. Nada temeroso de la reputación de su nuevo empleador y necesitado de la paga.

A Jamie no le había gustado el sabor del té, que era cosa sospechosa para un inglés, y jamás se había permitido cenar con la servidumbre. Había llegado para no irse jamás.

O eso había pensado el idiota.

El nuevo cardenal sobre su piel le advirtió lo contrario. Risitas tontas se acercaban por el pasillo: señal de que el duque había vuelto de sus tropelías. La piel se le erizó con anticipación. Apartó la camisa del indigno ayudante y la llevó hasta su cara para aspirar el olor de Beaufort ahora entremezclado con el sudor de Jamie.

Y lo odió. La tela debía ser limpiada.

CAPÍTULO 2. *Catalina, la horca tiene tu nombre*

Salobreña, España. 1813.

Polvo de cal se asentó sobre las mejillas de Catalina. El calor, casi insoportable, la alejaba de las fiestas patronales que sucedían en la plaza. Cuatro, tres, dos… y un escalón más. Desaparecía así el acuciante tintineo de las hebillas en las casacas de la guardia mientras el acelerado retumbar del bongó acompasaba los ritmos desbocados de su corazón.

Las fachadas de las casas, de antaño blancas, se habían convertido en salpicones de sangre en nombre del «rey felón». La guardia local cazaba a los liberales que se proclamaban a favor de la constitución y representaban una amenaza para la Corona. Sospechaban de ella y tenían razón. Catalina estaba involucrada a tope con la rebelión.

Se apoyó contra la puerta. Ahora que estaba a salvo dentro de la casa, la rigidez en la pierna se tornó acuciante, pero ella solo clavaba la mirada en sus manos trémulas que, llenas de cal, apretaban con fuerza la última carta de los liberales.

—Has tardado en llegar —replicó una voz suave en la penumbra—. Si padre nos ve juntas otra vez, no me libraré de los azotes.

Un par de ojos azules la miraron aprensivos. Si la descubrían allí, el menor de los males de su hermana sería un par de azotes por parte de don Enrique. El temblor, como el de un cervatillo recién nacido, se evidenciaba en el constante apretón que le propinaba a su trenza.

—Martina, sabes que don Enrique te tiene prohibido poner un pie en esta casa.

—¡Bah! Ya nunca nos visitas en la hacienda y la institutriz Melrose pregunta por ti. Dice que eres su mejor alumna. Me has abandonado a merced de esa vieja frígida y sus lecciones en lengua inglesa.

La hacienda quedaba a pocas leguas fuera del pueblo. Era una casona de paredes anchas y estuco blanco, coronada por un patio con buganvillas que florecían en verano y teñían de rosa intenso los pasillos. Catalina había adorado cada rincón de la hacienda. Había idolatrado ser la hija del gran hacendado don Enrique; sin embargo, también ser la bastarda había logrado

que las visitas disminuyeran con la misma rapidez con la que ella había crecido.

No importaba cuán aplicada había sido desde pequeña o cuántas veces recitara los textos de Shakespeare en su idioma original. Su padre, con su desaprobación e indiferencia, había acentuado la marca de escándalo que llevaba como una cruz.

—¡Se suponía que esperarías mi señal, Martina! —Y la abrazó con fuerza.

—Solo quería saber si estabas bien —que era lo mismo que afirmar si aún seguía viva.

Un pequeño puchero apareció en sus labios color rosa.

¡Si supiese el efecto devastador que causaba, incluso cuando estaba a un suspiro de ponerse a llorar estrepitosamente! De belleza frágil, su hermana tenía el cabello con tonos de un trigal y pequeños lunares bordeaban un rostro de tez pálida que la hacía aún más adorable. Cumpliría veintiséis dentro de dos meses, pero las lenguas apostaban que no eran ni hermanas de sangre. Martina era un día soleado sin nubes mientras que Catalina era una noche oscura que presagiaba tormenta. Mismo padre, madres diferentes.

Temía por ella ahora más que nunca. A fin de cuentas, era el papel de una hermana mayor.

—Confiesa, ¿es verdad que la señora Melrose afirmó que era su mejor alumna?

—Olvida a la inglesa, Cata —dijo con exasperación—. Regresa a la hacienda.

—Las hijas bastardas no viven con sus padres, Martina.

—¿Bastarda? Entonces, yo también quiero ser una para estar por siempre juntas —declaró firmemente.

Posó la mejilla sobre el hombro de Catalina. Su abrazo le permitió borrar de un soplo el desasosiego que la acompañaba los últimos días.

«Si bastase con quererlo…», pensó apesadumbrada.

Unos golpes intempestivos al otro lado de la puerta rompieron el silencio del abrazo. Las bisagras fueron arrancadas de un tirón para dar entrada al alcalde Albarrán y a otros tres soldados de la guardia que desfilaron a trompicones por la sala.

—En nombre del rey Fernando VII: Catalina del Pilar y Martina Isabel, quedan bajo arresto por alta traición en contra de la Corona de España.

Motitas de polvo se arremolinaron en la sala. La orden secundó el apresamiento de las dos y reveló una expresión de victoria en el rostro del alcalde. Había algo más que se escapaba en todo aquello. Albarrán se acercó para acariciar con deleite el rostro de Martina y Catalina advirtió de manera impulsiva:

—No la toques o te convertirás en comida para mis cerdos.

Las manos del hombre se crisparon y la descarga de una bofetada resonó en las paredes con olor a humedad.

—La Corona no verá con buenos ojos a una bastarda que habla cuando no le han otorgado el permiso, señorita Catalina.

El hedor a alcohol se pronunció sobre sus ropas.

—No tiene prueba alguna que nos incrimine.

—¡Oh, sí que tengo! —exclamó triunfal.

Era imposible. Habían sido extremadamente cuidadosas en sus visitas anteriores, nadie había sospechado nada. Tenía que mentir el muy cobarde.

—Un padre abnegado como don Enrique detesta ver a su heredera inmiscuida con una puta de los liberales. —Albarrán retomó el lugar para manosear la mejilla de Martina—. Sobre todo, si dicha heredera ha recibido una propuesta de matrimonio del mismísimo alcalde de Salobreña.

Una mano fría se instaló en el medio del pecho de Catalina. No era un misterio que Albarrán había contraído deudas con acreedores y buscaba aliviar sus arcas diezmadas. Era una encerrona para acorralar a Martina. La riqueza que don Enrique le prometía a manos llenas le permitía librarse de una vez por todas de la problemática bastarda.

—Veremos si Martina rechaza mi propuesta en esta situación… —los ojos del alcalde la taladraron con avaricia— tan precaria, diría yo.

Don Enrique, un férreo defensor absolutista de la Corona, debía de sospechar que mientras rendía pleitesía al rey, sus dos hijas eran mensajeras entre los liberales granadinos y el exilio, y que intercambiaban misivas entre los pliegues de sus faldas. Su padre entregaría su alma con tal de mantener el favor del monarca, aunque implicase vender a Martina y sacrificar a la bastarda a manos de los absolutistas.

«Sobre mi cadáver», concluyó Catalina.

—En ese caso, solo hay una mujer en situación precaria. ¿No querrá proponerme matrimonio a mí, Albarrán?

—Cata… —advirtió Martina.

—Martina es inocente de las acusaciones. Usted puede comprobarlo en esta carta. —Abrió las manos para entregarle el papel estrujado.

Las órdenes iban dirigidas al alzamiento y ni una simple línea conectaba a Martina con los liberales. El cuello de Albarrán se tornó rojo de un tirón.

—No piense que esto quedará así. —La miró con gesto vengativo—. Liberen a la hija de don Enrique.

—¿A cuál soltamos, alcalde? —saltó uno de los guardias con temor.

—¡A la bonita, tontorrones! —y añadió—: Nos llevamos a la bastarda.

Catalina experimentó un júbilo inmediato. Martina estaba libre de culpa y una valentía renació en su pecho con fuerza.

—¡Libertad e igualdad! —proclamó, gritando la consigna de los revolucionarios.

Otra bofetada la envió de rodillas al suelo.

—¡Esa actitud no te favorecerá en el juicio, puta!

Desorientada, se limpió la sangre que emanaba fresca de su nariz, donde polvo y cal se entremezclaban sobre su rostro enfurecido.

—España será libre. ¡Ya lo verá usted!

—Napoleón ha sido derrotado, mujer —declaró Albarrán aburrido—. Si confiesa los nombres de los alzados, quizás nuestro rey le perdone la vida.

—Ningún nombre saldrá de mí.

—Veremos, pues, si un par de noches en el beaterio la hacen cambiar de opinión.

***

El sol se coló por una ventana y sumió la celda en sombras cálidas.

Catalina no había delatado a los conjurados y había terminado encerrada. Las monjas susurraban sobre la corrida de toros, de pelaje azabache con pañoletas verdes y rojas amarradas a los cuellos gruesos, bestias engañadas para saciar el placer de los hombres aburridos. Y no pudo evitar sentirse igual, como un animal que había sido condenado a la espera de un día que no terminaba de llegar.

—Señorita Catalina, su hermana trae permiso del juez para pagar una visita —declaró la abadesa con severidad.

Agradeció a la mujer en silencio y corrió a abrazar a Martina. El aspecto deplorable de estar prisionera no evitó que la estrechara aún más.

—¡Rápido! No tenemos tiempo, Cata —contestó agitada mientras sacaba un hábito negro de entre sus faldas.

Martina pretendía un plan de huida, y aunque tentador, le apresó las manos para calmarla, pues se estremecía sin control.

—Ya te has enterado, entonces.

—¡Bah! No si podemos evitarlo. —Se apartó de su contacto—. La ciudad da miedo. Una parte de los liberales ha escapado hacia Inglaterra y otro tanto se ha embarcado hacia el Caribe.

—Y los restantes, como yo, serán ahorcados. ¿Don Enrique sabe que estás aquí?

El rompimiento de las olas contra la muralla trajo el olor a salitre dentro de la celda.

—Padre no sabe nada.

Martina tomó su rostro con manos frías. Con la absoluta seriedad de una jovencita que no le teme a nada, preguntó:

—Vas a cooperar, ¿verdad, Cata? —Tragó con dificultad—. ¡Tú me prometiste estar juntas para siempre! Y además —el nerviosismo se le hizo palpable—, tienes el cuello demasiado corto para que te puedan colgar.

Catalina no supo si reír o llorar. Al final, optó por la primera.

—No hay vuelta atrás, Cata. —Desenredó su cabello con dedos torpes —. El juez anunció que tendrás tu última confesión bien temprano en la mañana, en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario. Y después te llevarán a la plaza para ser ajusticiada. —Calló para tomar aire—. Asiente si lo entiendes.

Movió la cabeza de manera automática.

—Bien. En la iglesia habrá un niño esperando por ti. Él te llevará a puerto —repitió Martina con certeza mientras le trenzaba la indomable cabellera—. Busca La Atrevida, que es el buque que saldrá con rumbo a Cuba. ¡Gracias a la divinidad, están buscando un fraile para el viaje!

—¿Un fraile?

—Sí.

«Magnífico», pensó con ironía.

El anochecer las encontró con sus manos entrelazadas. Por una fracción de segundo pensaron que nada volvería a ser igual. Y era cierto, ya nada lo sería. Dejaron que otro segundo más se fuera. Catalina advirtió algo extraño en el rostro de su hermana y se inclinó preocupada. Martina la imitó.

Iba a extrañarla.

Pero no lo diría porque decirlo era aceptar que quizás no la volvería a ver jamás.

—¿Y tú? —murmuró queda Catalina.

—Prométeme que me buscarás, Cata. ¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Revolvió sus cabellos perfectamente acoplados y suspiró—. Te quiero, pequeñaja.

Se despidieron casi con cobardía, desconocían si aquel sería el último abrazo que se darían. Ella confió en la promesa hecha y Catalina, en el plan de huida. Volverían a estar juntas, se asegurarían de ello.

—El tiempo se ha acabado, señorita Catalina. —La abadesa volvió con un gran mazo de llaves cobrizas que chocaban entre sí.

«No para nosotras», se prometieron en silencio.

Catalina le estampó un beso gentil sobre la mejilla y recogió una humedad salada que no había estado allí con anterioridad. Por un instante, se imaginó la hacienda y las lecciones interminables de la señorita Melrose. Y a una Martina quejumbrosa.

Las campanas del beaterio sonaron con estrépito. La corrida de toros había finalizado. Las bestias regresaban con pezuñas lastimadas y las ganas fatales de escapar del hombre verdugo. Las represalias continuaban para los sedientos de un cambio. Salobreña tendría que despertar y dejar de ser cuna de hijos corruptos.

***

Dentro en la capilla, Catalina cambió la bata blanca por las estériles ropas de un joven fraile. Justo como Martina le había indicado. Su trenza quedó oculta en un tenso recogido que cubrió con la capucha. Aplanó los pechos en una gaza mientras unos toquecitos se escucharon al otro lado de la ventana.

—*¿Seño'ita?* —susurró un niño flaco de cara sucia.

De un brinco, logró escabullirse por la estrecha hendidura y escapar de la vigilancia de los guardias apostados en la entrada. Amanecía con una velocidad abismal. «Las calles están desiertas», pensó con alivio.

—La gente ha amanecido en la plaza, ya sabrá *usté*.

A pocos kilómetros del centro, voces de alarma sonaron a la par de unas campanadas discordantes. Para entonces, Catalina abordaba La Atrevida de

un salto. El batir de las velas blancas le anunciaron que estaba a salvo y agradeció al chico con una sonrisa melancólica.

—Haría cualquier cosa por un beso de la *seño'ita* Martina, ya sabrá *usté*.

Hizo un ademán con la gorra desapareciendo entre barriles y cuerdas.

—Oiga, muchacho; usted, que viene del pueblo, ¿sabe por qué hay tanto revuelo?

—Señor, un toro se ha escapado. —Carraspeó cabizbaja imitando una voz más gruesa.

—¿Es usted el joven fraile?

—Sí, señor.

El minucioso escrutinio sobre su aspecto hizo que juntara las rodillas con fuerza. Apostó que el marinero la desenmascararía de un porrazo, pero, en cambio, se alejó vociferando:

—¡Izamos las velas! Zarpamos en un cuarto de hora.

Respiró con alivio.

—El nuevo fraile bendecirá la travesía.

Catalina no se volteó a comprobar que, con certeza, no tocaría tierra granadina jamás. Dejaba el corazón en España, junto a su hermana.

Asintió enmudecida. Sobre la proa, un muchachito demasiado joven para ser fraile bendecía a los tripulantes con torpeza. Dos semanas más tarde, La Atrevida había sido víctima de una emboscada dirigida por piratas ingleses que buscaban armamento militar y nuevos esclavos que vender en Londres.

La batalla finalizó con un gran número de muertes, y los que no yacían sin vida fueron encadenados. Entre ellos, se encontró un extraño fraile que se negaba a rezar con las masas.

CAPÍTULO 3. *Dos aristócratas ingleses en un faetón*

En algún lugar de Londres.

—El asesino se ha excedido esta última vez, Beau —murmuró tenso Armstrong.

La fina lluvia se escurría por los ventanales del faetón; era tan leve que sumía la ciudad de Londres bajo un manto oscuro.

Solo en contadas ocasiones, Armstrong acortaba su apellido para captar su atención de inmediato. Y no era para menos, el asesino había vuelto a atacar. El duque de Beaufort estaba inquieto y, además, odiaba los espacios estrechos. Su cuerpo ocupaba cada rincón del coche y las rodillas tocaban las de Armstrong entre sí. Detestaba el contacto innecesario, incluso aquel por mero accidente.

Armstrong era fornido y lo equiparaba en fuerza física. El atuendo de su mejor amigo volvía a ser peculiar. Vestía con chaquetilla roja abotonada hasta el cuello y un pantalón que le apretaba las piernas. Beaufort se ahorró un comentario soez, quizás no era el momento indicado para hacer uso de su infame sarcasmo.

La situación pintaba ridícula.

Era como meter a trompicones a dos bestias en una caja de cristal.

—Te preocupas demasiado, viejo amigo —expresó Beaufort con fastidio.

El timbre de su voz, dos octavas más grave de lo normal, flotó como las cuerdas viejas de un piano y envió escalofríos hasta la columna de Armstrong.

—¿Preocupado yo, su excelencia? —contrarrestó Armstrong con ironía, y estalló—: ¡Diablos! Si me tienes aburrido hasta la muerte con tu indiferencia.

Su amigo estaba frustrado. Sospechaba que quería escapar de allí casi tanto como él. Apretó el bastón sin pensar y los nudillos palidecieron al instante.

—Por supuesto que te preocupas por mí. Alguien va detrás de mí y Jamie, mi tercer ayudante en lo que va del año, ha amanecido muerto. —Suspiró cansado—. ¡Y encima, en mi propia recámara!

—Londres quiere ponerte tras las rejas por esto.

—Los rumores nunca me han dado de comer, Armstrong, y lo sabes de sobra —argumentó con desagrado.

—¡Ni falta que te hace! Eres uno de los duques más acaudalados de toda Inglaterra.

—Entonces olvidas que no soy de los hijos favoritos de la aristocracia.

—Para empezar, la fría actitud, y ¡para qué hablar de tus ojos! —desvió la mirada hacia la ventana y continuó con tono casual—, no ayuda en nada ahora que ha corrido el rumor de que contratas a tus ayudantes para violarlos, matarlos y alimentar con sobras a tu servidumbre.

—Así es Londres, tan… —intentó buscar un buen apelativo—: ¡romántica! No oprime reparos en condenarme. Sin embargo, mis pasteles de carne molida son los mejores —señaló.

—¡Tú ni sabes cómo es tu propia cocina! —lo reprendió Armstrong.

Una risa extraordinaria salió de lo más hondo de la garganta. Nunca se había acostumbrado a reír, no había tenido tiempo. Su difunto padre lo había enviado a la guerra, y esta lo había recibido como a un hijo perdido. Para ser honesto, en la guerra no hubo nada por lo que reír tampoco.

—Mi humor no ayuda, ¿verdad?

Con semblante taciturno se recreó en el martirio de Armstrong. El aire se condensó empañando las ventanas de cristal, y se hizo imposible distinguir si ya habían cruzado el famoso Tower Bridge. La lluvia repiqueteaba de manera estrepitosa, y agradeció la capa de terciopelo negro que envolvía sus hombros. Aceptó con reticencia que envejecía y que la guerra había terminado de aniquilarlo por dentro.

A menudo se comparaba con la estatuilla de jade que tenía como sujetapapeles; había sido una chuchería de la reina Carlota. La figurilla se entibiaba si la frotabas entre las manos continuamente. ¿Era exótica y valiosa? Sí. ¿Fría y hueca por dentro? También. Quizás, y solo quizás, por eso no importaban los rumores o la muerte de Jamie. Lo único que importaba era mantenerse tibio el tiempo suficiente.

El silencio se ahuecó entre los dos amigos.

—Armstrong —esta vez Beaufort quiso llamar la atención—, fuiste el único petimetre que quiso jugar conmigo cuando éramos niños. Asumo que, después de 32 años, te has acostumbrado a mi cara fea. —Sus ojos lo perforaron—. Pero, a veces, me miras como si yo mismo fuese el maldito asesino.

La burla no alcanzó su rostro. Tal vez pareciera que, después de todo, le importaba la reacción de su amigo a esta última broma. Pero si el bueno de Frederick Armstrong no creía en su inocencia, ¿quién lo haría entonces?

***

Armstrong apartó la vista de la ventana.

Su amigo no podía estar más lejos de la realidad. Las personas que conocían a Beaufort no podían juntar «fealdad» y su nombre en una misma oración ni de cerca. Los rizos enmarcaban unas facciones de bordes angulares y una profunda cicatriz en el mentón alcanzaba el labio inferior. Su vestimenta habitual eran ropas negras, como un hombre que se ha quedado en un luto perenne.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran los ojos. Siempre. El ojo izquierdo, de un azul prístino, competía con el del iris negro y ese, en particular, conocía todos sus secretos. Incluso del corto enamoramiento que había sufrido por Beaufort durante la guerra.

Armstrong lo adoraba, incluso con aquella anomalía que lo definía como una rareza. Una heterocromía nacida de las entrañas del infierno. Beaufort había sido rechazado por la aristocracia a edad temprana y codiciado con una malsana depravación por la cara oculta de la misma. Cargaba sobre los hombros la reputación de ser «inaceptablemente» oscuro, y con las muertes consecutivas de los ayudantes, la sociedad londinense exigía una cabeza como recompensa.

Era cierto. Su inusual belleza era aterradora, pero Beau era más que eso.

Podría llegar a actos extremos —¡y bien que había presenciado un par de ellos!—, pero jamás haría daño a una persona de manera deliberada. Confiaba en que detrás de aquella actitud indiferente todavía se escondía el chico que lo había protegido contra los niños crueles.

—Te veneraban como a un dios en cada batalla, Beaufort. —Pasó las manos por el cuello para liberar la tensión—. Y allí, todos éramos hombres.

—Pensé que era por mi valentía.

—Sí, y por eso también.

¿Ahora quién tomaba el pelo a quién? Una sonrisa melancólica se apoderó de Armstrong y expresó con voz burlona:

—¿Me atrevería a meter el culo en un coche diseñado para damas y verme arrastrado a una de las partes más peligrosas de Londres sabiendo que podrías ser tú el asesino?

—Sí —expresó rotundamente Beaufort sin pensarlo dos veces.

Y el bastardo tenía razón. Haría cualquier cosa por él, incluso matar.

Armstrong creía en él y era lo único que importaba. Soltó el aire que mantenía en los pulmones. Era una amistad bizarra, como dos hermanos encontrados sin haber salido del mismo vientre.

Un pedrusco en el sendero los zarandeó hasta hacerles chocar las cabezas con el techo. Emitieron feroces aullidos.

—Asumo que a donde vamos estará relacionado con una pista para desenmascarar al asesino —amenazó Armstrong deseando estrangularlo.

—Humm, quizás. No descartemos la posibilidad de que podría ser una asesina.

—¿Alguna amante rechazada?

—Dime tú, Armstrong; mantenemos las mismas —replicó burlón.

—No sé. No creo que una de nuestras amantes tenga la fuerza para asfixiar a Jamie y usar una de tus camisas como arma. Sobre todo, si dicha mujer pensaba que eras tú.

—Tienes razón. Las amantes inglesas son, en exceso, desabridas. No cometerían un crimen pasional.

—No juegues a lo tonto, Beau. Actúas como si tu vida no estuviese en constante peligro, como si no le temieras a la muerte —reveló Armstrong más para sí mismo.

¡Solo Beaufort sabía qué tan cerca había estado de la verdad! Era en sí el morbo de desenmascarar a la persona detrás de los asesinatos lo que lo intrigaba. No estaba ofendido, ni mucho menos asustado, simplemente, estaba aburrido hasta el tedio.

Ni siquiera sintió lástima por los ayudantes que habían encontrado la muerte. No los había conocido a fondo y no le importaba.

—Quizás el asesino siente aversión por tu deplorable gusto por los ayudantes que contratas.

—Tal vez. Es alguien cercano, Armstrong. Lo presiento. Una persona conocedora de mis hábitos —dijo ensimismado.

Necesitaba encontrar otra pista que lo acercara un poco más a descubrir al asesino. Pero, al mismo tiempo, temía la vieja sensación del vacío que lo llenaba en cuanto todo acabara.

—Tienes la condenada mirada, otra vez.

Beaufort sacudió la cabeza y se enfocó en las botas que brillaban con lustro. La «condenada mirada» era el referente a Trafalgar, la última batalla en la que habían combatido juntos después que la reina había exigido que volviera para recibir el título tras la muerte de su padre.

Estaba envejeciendo, lo sabía.

Se había convertido en un animal lleno de hábitos predecibles: presa fácil y expuesta. De bajas pasiones y un sinfín de defectos. Séptimo duque de Beaufort, el de ojos diferentes y el mismo que se atrincheraba dentro de un faetón con su mejor amigo.

—Y no es el peor de tus problemas —masculló Armstrong cabreado.

«¿Qué es más terrorífico que estar encerrado en un espacio tan estrecho?».

—Mis disculpas si discrepo, pero ¿no es suficiente tener un psicópata detrás de mis talones?

Negó Armstrong en silencio. Removió las piernas, que se habían quedado dormidas.

—¿Ser apresado por homicidios que no he cometido, Armstrong?

—No.

—¿Perder el favor de la reina?

—No, Beau.

—¿A punto de cerrar mis inversiones mercantiles por los rumores que se han esparcido?

—No. Mucho peor. —Eliminó una pelusilla de la extravagante chaqueta —. ¿Dónde encontrarás un pobre ayudante que quiera servir al supuesto «duque asesino»?

—En eso, viejo amigo, estás errado. —Sonrió con picardía.

Tres toques en el techo detuvieron el faetón negro de golpe.

Armstrong, contrariado, apartó la cortina para aplastar la curiosidad. El semblante se transformó en piedra en cuanto reconoció el lugar.

—¡No te atreverías! —exclamó buscando algún indicio que confirmara otra broma pesada. Beaufort no podía haber perdido los cabales por completo.

—Enfrentémoslo, Armstrong. Como tú mismo has señalado: nadie en todo Londres querrá ocupar el puesto.

—¡Pero las subastas de esclavos son las peores! Tu reputación quedará arruinada antes de que pongas tus botas en el fango —dijo asqueado.

Beaufort se deslizó con la gracia de un felino y la expresión de alivio dibujada en el rostro. Se ajustó la camisa con resolución y dejó que el viento se colara gélido dentro de la capa.

—Ya te he dicho que te preocupas demasiado. Me posicionas en alta estima. —Una sonrisa macabra clavó a Armstrong en el asiento. Y cada vez que sonreía era como si unas manos heladas se cerraran sobre su cuello pulsante.

Beaufort no buscaba contratar a nadie, ni mucho menos. Era sencillo: compraría la carnada para atrapar a su asesino. Y esta vez no podía estar más excitado por abrir la temporada de cacería en Londres.

CAPÍTULO 4. *Una forastera en el Londres oscuro*

Guildhall, Londres.

El estallido de un látigo tronó sobre las nubes.

La soga formó un primer arco perfecto presagiando una tormenta como ninguna otra igual. El sonido hermoso pero mortal anunció la laceración sobre la carne de Catalina, desgarrando la piel en dos como si una mantequilla entrara en contacto con el cuchillo ardiente. El latigazo imprimió un dolor semejante a diminutas picaduras de alacranes que se deslizaban por la espalda. Llenó los pulmones de aire y profirió un grito desgarrador.

La frialdad de los adoquines lamió sus pies y una viscosidad roja empezaba a formarse tibia en un charco. Otro latigazo prendió en el vuelo. Cerca de la plaza, un carnicero cortaba filetes que expelían un hedor a animal putrefacto. ¿O ese olor se desprendía de su cuerpo?

Un tercer latigazo desgarró la venda que ocultaba sus senos.

La soga tardía encontró el pie maltrecho y perdió el equilibrio. De rodillas y amarrada al poste, el dolor se hizo más acuciante comparado con el destrozo que se vislumbraba en la espalda: masa de carne fundida con sangre y calor. Fueron las primeras gotas de agua las que sintió ácidas, aunque para el torturador, la lluvia limpiaba la piel que se mantenía intacta. La sangre se mezcló con la del animal del carnicero, las dos disueltas en un pequeño charco.

El esclavo negro enmudeció. Rígido, contaba alrededor de cuatro latigazos y subiendo. No había donde apuntar. ¿Por qué no se detenía? La voz se había convertido en un quejido que no profería exclamación alguna mientras la muchedumbre le gritaba «petimetre debilucho» con sorna.

Cerró los ojos un momento para no desfallecer. Se escucharon las arcadas de un hombre y unos golpes secos, los de la rueda de una carreta que rompió un charco al pasar. Iba a morir y lo sabía de antemano. Reconoció el sabor metálico de la sangre en el paladar; se había mordido los labios hasta dejar la boca en carne viva. La muerte casi besaba su rostro.

El único beso que recibiría Catalina en los treinta años de vida. ¡Y qué vida más corta!

Morir en medio de una ciudad gris y horrible. Zapatos de suelas gastadas se alejaban del espectáculo. Poco a poco se marchaban todos, no había nada más que castigar.

Catalina prefirió que arrancaran de cuajo su cabeza. Tomó conciencia de que el pelo continuaba preso dentro la gorra sucia, sin escaparse un milímetro de ese lugar.

—No lo sueltes todavía. Permite que la lluvia aclare la sangre y así nos ahorramos la limpieza —masculló la voz un poco hastiada, al mismo tiempo que disimulaba una arcada repentina.

No había rastro de más llantos en la garganta. El charco se agrandaba bajo ella. Una frialdad absoluta le inundó el cuerpo, esa masa inútil y adormecida que pronto dejaría de pertenecer a su esencia. ¿Por qué resguardar una identidad que ya no valía la pena si quedaba expuesta?

—*Señó*, el muchachito… —una voz trémula se alzó entre los esclavos.

—¡Atrás, negro! —siseó otra vez la voz odiosa—. ¿O quieres ocupar el lugar del fraile?

—Los compradores se marchan, Mr. Worthy, necesitamos terminar la subasta —comentó tembloroso el asistente del comerciante.

En un súbito giro, Mr. Worthy limpió el sudor del labio para camuflar otra arcada. Si el chico no estaba muerto, le faltaba bien poco. Estaba cenizo y de boca pálida. No se movía, ya no. El petimetre lo había desafiado porque había aplicado unos azotes a un niño negro que no paraba de llorar. ¡Y nadie desafiaba a Mr. Worthy! Ni siquiera aquella rata escuálida poco agraciada.

Una lástima. El fraile había sido su mejor carta para la subasta. Poseía todos los dientes y no presentaba indicios de haber sufrido lepra. Aunque le persistía un cojeo acentuado en una de sus piernas y proclamaba una típica fealdad. Todos los planes se habían derrumbado por tomar represalias al desafiarlo enfrente de todos.

—Nadie contradice mi palabra, señores —exclamó con prepotencia hacia el púlpito—. Caballeros, como observarán, este es el producto de un jamelgo defectuoso. No dejen que este escarmiento les impida llevar a sus casas el resto de los esclavos. —Golpeó con la pierna el peso inerte del

muchacho—. Les garantizo que este espectáculo ha quedado grabado en sus cortas memorias. —Sonrió dejando entrever sus dientes putrefactos.

Las palabras de Mr. Worthy resonaban a medias dentro de Catalina. No podía levantar la cabeza ni un palmo. El dolor lacerante en su espalda prendía como fuego atravesando sus entrañas. Las extremidades habían quedado entumecidas mientras se preguntaba si aquella era la manera más sutil de morir.

Hubiese preferido la horca en España, menos dramática que aquella exhibición patética. Un odio visceral se encarnó en contra de esos asnos ingleses.

Se había permitido alimentar la esperanza de reunirse con Martina en el Caribe. Hasta que aparecieron los malditos ingleses y destrozaron todos sus planes.

La muchedumbre exigió otro esclavo de su color. «Para torturar», pensó rendida.

—¡Pagaré el doble! —gritó uno de los compradores—, necesito un muchachito dócil que se ocupe de mi señor.

Recordó que los ingleses pagaban más por esclavos blancos, pues eran presentados para ocupar puestos en los chalés. «¡Pomposos y flácidos hombres ingleses!».

—Veamos si el dios que veneras te salva de esta, jamelgo —replicó Mr. Worthy a Catalina directamente al oído.

«Prepotentes e inservibles». Moriría si la obligaran a servir a alguno de aquellos ingleses amotinados en la subasta. Eran más sucios que el propio diablo.

—Solo los ingleses que todo lo confían a la fuerza poseen un miembro pequeño —dijo con acento marcado—. ¡Ya veo por qué usted necesita un látigo tan largo!

Mr. Worthy se limpió la persistente salivación de la boca, que se hacía más abundante.

—¡Esa boca sucia no te sacará del poste, fraile! —silbó recorriendo la fusta de cuero por la espalda maltratada.

Para ella, ya nada importaba. Contempló cómo de a poco se vendían, entre sollozos y algarabías, los niños que se separaban de las madres. Unos brutos sobaban sin pudor las tetas de una mujer negra y pellizcaban sus

pezones escuchando los lamentos de dolor. Otro par colaba las manos entre las piernas de la esclava.

¿Cómo había terminado en ese horrendo lugar? ¿Por qué la institutriz Melrose no le había contado de las atrocidades que se cometían en su «amada» Inglaterra? ¿Y por qué nadie hacía nada?

Cerró los ojos con fuerza. Quizás para siempre.

Sustituyó la monstruosa imagen por una más inocente. Un recuerdo donde su hermana acariciaba su cabello con manos finas, como si una nube blanca bajase y estampara un beso justo en la coronilla con tanta suavidad que dejó de respirar para no asustarla y que huyese despavorida.

Fue fácil dejar de respirar.

Una boca oscura la engulló hasta tomarla en su totalidad.

CAPÍTULO 5. Un toro inglés de ojos raros

El hedor a un animal en descomposición hizo que la excitación de Beaufort se esfumara al momento. Con firmes zancadas, sorteó los charcos verdosos que se creaban en el lodazal mientras el aguacero calaba la capa hasta hacerla más pesada. Los pantalones abrazaron cada centímetro de las estrechas caderas, adhiriéndose a las piernas como una molesta piel.

El recuerdo de otro diluvio, aún más frío, acudió a sus pensamientos. Quiso escapar de los recuerdos mientras recogía el pelo hacia atrás con ademán brusco. Había olvidado el sombrero con las prisas, cierto anonimato sobre sus ojos le hubiese permitido más desenvoltura.

Fue tan fuerte la tentación de regresar al coche que por un momento se detuvo.

Error.

Los recuerdos se apiñaron como un *déjà vu*, y no pudo escapar. O no quería. Quizás nunca había querido. Voces de muchachitos inexpertos comenzaron a gritarle al oído. Le afirmaban que morirían y, al final, lo habían hecho. Intentó borrar las cosas malas que habían sucedido. El miedo fue un sentimiento que lo obligó a emplear tácticas horribles durante la guerra.

Y la guerra se había crecido con ese miedo. Se había alimentado de él sin contemplación. Se nutrió de los hombres vivos, escupiéndolos con miradas vacías. Como la suya; a veces, como la de Armstrong.

La pesadilla más recurrente era la de un joven que había muerto luchando a su lado. Se había preguntado miles de veces por qué no fue él, por qué volver a un título vacío, sin el amor de una familia, por qué no se había salvado para regresar a los brazos de la recién flamante esposa, de la que había hablado con orgullo justo la noche anterior a la batalla. ¿Por qué había soportado todas las alabanzas de la Corona cuando aquel niño había dado lo que tenía, incluyendo la vida?

Beaufort nunca lo entendería. Después de Trafalgar, los vivos habían celebrado con euforia mientras que él hubiese deseado morir enterrado bajo el mástil de su galeón, al tiempo que acompañaba los cientos de cuerpos mutilados que no volverían con sus mujeres o sus madres.

De cierta manera lo hizo, murió un poco por dentro.

Se le pulverizó emoción alguna, la gratitud de sentir que seguía respirando lo había abandonado. Quedó insensibilizado como una pierna dormida que estaba a punto de ser amputada por gangrena.

Hasta que el asesino comenzó a jugar con él. Las piezas, sus ayudantes, habían empezado a caer en otro campo. A veces, Beaufort se aburría por momentos, hasta que se encontraba en el centro de un fanguizal en una subasta de esclavos.

Necesitaba no, exigía un ayudante que desconociera el apellido Beaufort. Saldría de aquel infierno viviente con uno. ¡Costara lo que costara! Dos largas horas en un faetón con Armstrong no habían sido por nada. ¿Verdad?

—La cámara de lores no te verá con buenos ojos, Beau.

Había sobornado a cada muchacho que necesitase de una paga con urgencia. ¡Incluso se había considerado extremadamente generoso! Pero nadie, en todo Londres, quería ser la próxima víctima ni por todo el oro del mundo. Estaba sentenciado.

—Al diablo la cámara de lores —siseó de vuelta.

No dejaría correr esta oportunidad. Era la última.

No era de seguir convencionalismos y por eso la aristocracia lo aborrecía. Pasar desapercibido tampoco era una palabra que se aplicara a su persona porque el revuelo de llantos, abucheos y jaranas se aplacó de un tirón cuando lo notaron. Los ladridos incesantes de un perro famélico se escuchaban de fondo.

Mr. Worthy fue el último en divisarlo porque estaba enfrascado con un mozalbete atado a un poste. Realizó una reverencia con esfuerzo y la pomposidad del protocolo parecía que la mismísima reina y su séquito de jóvenes casaderas habían llegado.

—Su Alteza, es decir, su Excelencia.

El duque odiaba tanta parsimonia, quería salir de allí pronto. Alzó la mano para frenar cualquier otro saludo que le tuviese preparado bajo la manga.

—Córtalo. Busco el mejor esclavo que tengas. No estoy interesado en niños o mujeres.

«Y no saldré de aquí sin uno».

—Su excelencia, desgraciadamente…

—Ya lo escuchaste, Beaufort, no tiene nada.

Un movimiento de cadenas ensordeció la quietud. El duque dirigió la atención detrás de Mr. Worthy: el muchacho que había sido ferozmente castigado movía los pies con esfuerzo.

—¿Y ese?

—¿Este jamelgo jíbaro? —Worthy empujó las piernas con desdén. Una mirada cargada de odio le devolvió el esclavo—. Lo capturamos en aguas españolas, milord. Creo que es una especie de sacerdote para su gentuza.

—¿Sabe nuestro idioma?

—Beau —Armstrong le adivinó el pensamiento.

El comerciante confundido respondió sin pensar:

—Sí. Resulta que…

—No hable más usted, lo llevo.

—¡No!

Dos negaciones se alzaron al unísono. Armstrong pronunció la primera. La otra surgió del poste. Con un empujón encaró al petimetre que tuvo la osadía de opinar al respecto. En el rostro sucio, enardecido, descifró la sorpresa de ver sus ojos y aprovechó su desconcierto para enseñarle cómo debería actuar en presencia de un par de la nobleza.

Pero el muchacho dijo con acento altanero:

—No me iré con el *toro*[2]. Prefiero al hombre bajito, el de la chaquetilla color de un gallo —pronunció con voz ronca.

¿*Toro*? ¿Se refería a él? ¿Y Armstrong era el hombre bajito que vestía como un gallo? ¡Ah, pero ese mozalbete se iba a enterar que tan «toro» podía ser el duque de Beaufort!

***

Catalina creía que deliraba o había muerto.

No conseguía saberlo del todo. Los músculos se desperezaron entumecidos agradeciendo el descanso del látigo. Debía de haber muerto, porque una bestia hermosa descendió hasta ella con voz severa. ¡Un toro del color de la medianoche! Los cuernos le resplandecían con un candil rojo. El pobre animal estaba desesperado, y el vaho ahuyentaba a los hombres temerosos que se abultaban en la plaza. Temían a la bestia.

Y la bestia la quería a ella.

Catalina se topó con el miedo y, a la par, con unas ganas terribles de no escabullirse de su mirada bizarra. Quería tocarla. El pelaje le centelleó bajo las gotas de lluvia, suspendidas en el aire. Se veía cansada y casi a punto de doblar las patas.

Hasta que lo hizo. «¿O eran piernas gruesas enfundadas en un pantalón?».

No estaba muerta, porque dejó de respirar.

Quería, con embustes, ahuyentar a la bestia. Pero el toro, no acostumbrado a palabras tercas, la cargó en su lomo. El pelaje le hizo cosquillas en la punta de la nariz que, entremezclado con el olor a sudor, fue tibio bajo la lluvia.

Se movían. El poste pasó a convertirse en un manchón borroso mientras la imponente figura que la cargaba se convertía en la forma de un hombre blanco con una capa peluda. Deliraba. Forcejeó para escapar de los brazos y, con cada movimiento, la espalda lacerada daba una vuelta completa hasta el infierno.

—He dicho que no advierto dos veces —masculló el hombre con voz de toro.

Fue lanzada contra un mullido asiento. La colisión hizo que perdiera el aire de los pulmones y una lágrima se deslizó sobre la mejilla mientras la sermoneaba con un afilado acento británico:

—Nada de lloriqueos, ¿entiende? —Le ciñó sus piernas para mantenerla quietas dentro de un coche—. Me ha costado más caro que aquella noche con tres actrices que fingían ser todas vírgenes.

—Y no olvides mi chaquetilla roja. Deberás reemplazar esta —replicó el amigo, indignado.

—¿Y por qué debo reemplazar esa chaqueta de pavo, Armstrong?

—Gallo, Beau. Un gallo rojo —rectificó el amigo casi con orgullo—. Porque ha quedado estropeada por la lluvia.

Catalina miró el techo. Aquel hombre no había sido un toro de ojos insólitos. Era otro endemoniado inglés que vestía con capa negra. La lluvia caía amainando mientras el coche empezaba a andar.

—Ocúpate de Worthy, Armstrong. Asegúrate de que sea la última vez que vende esclavos en algún puerto de Inglaterra —susurró el hombre con frialdad.

El amigo debió de entenderle, porque se despidió con un ademán.

Quedaron ella y aquel blancuzco de ojos aborrecibles.

—¿Tienes nombre, muchacho?

Tenía uno. Uno que a Martina le gustaba mucho. «¡Oh, Martina!».

Las lágrimas cayeron silenciosas sin molestarse en contenerlas. Quería limpiarlas de un puñetazo, pero la garganta estaba a punto de cerrarse sin reparos.

—¿Dónde ha ido su amigo? ¿Qué hará usted conmigo? Responda, inglés.

Los cascos de los caballos se imprimieron con fuerza sobre el fango.

—Para empezar, espero las gracias. Estaba a punto de convertirse en el próximo bocado de un perro hambriento.

—Yo no pedí que me comprara.

El coche tomó un camino recto mientras su mundo daba vueltas a su alrededor.

—Le recomiendo que calle o me veré obligado a cortarle la lengua. —El inglés se atusó el pelo sin prestarle mucha atención—. ¿De dónde saca usted esa actitud tan respondona?

Catalina se atrevió a enfrentarle la mirada.

Aquel desconocido parecía que no amenazaba con promesas vacías. La hoja de una navaja escondida en su bota se alzó con una amenaza silenciosa. Temía perder el conocimiento y estar a su merced. El hambre, la necesidad de agua y los latigazos le habían robado la adrenalina que la había mantenido estoica en el poste.

—Si me corta la lengua, le corto el miembro con la misma navaja. Decida usted, pues.

No esperó a ver qué había decidido el hombre. Simplemente se desmayó.

CAPÍTULO 6. En una posada de Whitechapel

Gotas de sangre cayeron al borde de una palangana. El agua, de textura gruesa, mostraba un jabón de pasta de aceite, sebo y lejía de cenizas. Lo usaba para lavar ropas blancas aunque las cutículas terminaban despellejándose en sus dedos.

Estaban en carne viva.

Los nudillos frotaban con fuerza la camisa que había tomado prestada del duque la noche que mató a Jamie. La tela olía maravillosamente a limpio, anulando el olor a moho de la habitación donde se encontraba. Pegó la nariz para aspirar el aroma que desprendía. Cada retazo de la ropa volvía a tener la esencia inherente del duque: una fragancia oscura y especiada, con aceite de clavo y madera chamuscada. Era fascinante.

Las manos desnudaron su cuerpo con premura, se agitaba por un inminente ataque de asma, dolencia que sufría con cierta facilidad. El cuarto era sencillo y lo ocupaba una cama pequeña con una palangana. Se tumbó sobre las tablas del suelo y se cubrió con la camisa húmeda. El continuo chocar de cervezas y risas estridentes de prostitutas alcanzaron el piso superior de la taberna. Las cuadrillas de baile habían comenzado a formarse. Los saltos sobre el tabloncillo desprendían astillas de una viga y cubrían la camisa con una fina capa de polvo.

Todos habían merecido morir: Todd, Lonnie y, por último, Jamie. Estrechó las piernas bajo la tela que acariciaba su piel como una lengua pérfida. Otra tos repentina se apoderó de su pecho.

Desde temprana edad había desarrollado cierta obsesión por los venenos. Había comenzado como un interés que le producía placer al ver los efectos sobre sus víctimas. Con los años, la fascinación se había vuelto más enfermiza, hasta el punto de olvidar qué bebida o comida envenenaba y también los ingería por accidente.

Todd había sido el primer ayudante del duque.

¡Una lástima! Un muchacho bien apuesto y de orejas puntiagudas. Su pecho hundido había proclamado, con aire de prepotencia, que era «el mejor amigo de Beaufort» por atenderlo. ¡Y pobre de aquel que se atreviera

a decir eso! No lo permitiría. Detestaba los aires de confianza suprema en jovencitos.

Combinó varios venenos en las comidas diarias y la salud de Todd se había deteriorado a pasos agigantados. Así era como más le gustaba. Jugaba con la presa hasta que esta, medio cansada, necesitaba depender de alguien más. Los gatos eran sus experimentos preferidos, también las perfectas compañías. Una vez el animal superaba la desconfianza inicial comían hasta enfermar convirtiéndose en masas entre sus brazos; los momentos finales eran lo que más le hacía disfrutar porque eran eternos.

Nadie amaba al duque, no de verdad. Bastó un par de días para que la piel de Todd se volviera cetrina y el ánimo jovial que había reflejado sus ojos se esfumase.

Y no existía nada más bello que ver a la muerte incubar en un cuerpo.

Era hermoso.

Beaufort había detestado el aspecto enfermizo del ayudante y lo despachaba con destemplanzas hacia las habitaciones privadas de la servidumbre. Al día siguiente, lo encontraron sin vida. «El pobre de Todd», suspiró teatral con una sonrisa que podía disfrazarse de genuina.

Los destellos que emitía una antorcha se escurrieron entre las rendijas de la puerta y bañaron la habitación en lóbregas penumbras.

—¡Eh, tú!, ¡son las ocho pasadas! ¡Saca tu sucio trasero de aquí! —replicó el posadero con acento *cockney*—. Lucille tiene un cliente en menos de un cuarto de hora y te molerá a palos si estás adentro.

El cuervo tuerto rezaba en el letrero de la posada donde compartía cama junto a dos prostitutas más, pero solo en ocasiones. El dueño era un bruto sin modales, siempre ebrio y para nada agraciado, y desconfiaba de cada persona que vestía ropas caras y pedía pasar la noche.

Pero nadie había sospechado de Todd y su inminente muerte. De hecho, nadie lo había extrañado. Entonces volvía a estar feliz por un corto tiempo.

Hasta que Lonnie, el segundo, irrumpió en sus vidas.

Un ayudante desgarbado y no muy elocuente. Siempre misterioso y apocado. Le decían «la sombra» de Beaufort porque en un abrir y cerrar de ojos había cultivado la confianza del señor. Respetuoso y nada parlanchín, al contrario que el difunto Todd. Todos estaban muy contentos con el nuevo ayudante. Y eso, ¡tampoco podía consentirlo!

Lonnie había sido de esas personas solitarias que lo único que deseaban era ser aceptadas. Le había gustado Lonnie, de verdad. Pero no tanto como le gustaba Beaufort. Dolió deshacerse de él. Lonnie había sufrido un infarto de inmediato por el exceso de antimonio en su té. O a lo mejor fue porque se sentía muy solo. No había sido premeditado, eso sí.

¿El plan? Que muriera lentamente, sin levantar sospechas. Alargar la agonía que le producía verlo morir. Por eso, quizás le quedó aquel deseo insatisfecho por Lonnie. Beaufort lo había encontrado en su oficina. Los sirvientes se habían aglomerado sobre el cuerpo y los rumores sobre su excelencia empezaron a circular de manera secreta.

Solo fue cuestión de un par de horas para que Londres estableciera conexiones sobre las muertes de los ayudantes. ¡Estaba feliz con el trabajo logrado!

Su excelencia empezó a salir menos, llevaba semblante taciturno y fumaba más de lo habitual. La cicatriz de su mentón ahora brillaba pálida, con un latido propio en la oscuridad. Extrañaba a Lonnie y su amistad. Fue de los pocos que habían logrado comprender su soledad. Beaufort quedaría también solo.

Hasta que conoció al terrible de Jamie.

Las manos acariciaron la camisa húmeda, eran las únicas que podían manosearla hasta lo indecible. Jamie había sido un impostor y su deber era proteger al duque siempre.

Lucille abrió la puerta de un empujón y peinó cada rincón con los ojos de una serpiente hambrienta. No era pudorosa, pero presentía que tampoco confiaba en su persona. «Y eso no le gustó tampoco».

Arrastró a un borracho hasta la esquina más oscura mientras la cama crujía como si fuera partirse en dos. La camisa flotó abandonada en el agua; tintes de carbón y sangre irradiaron sobre la tela blanquecina. Los ojos centellearon a la luz de la luna dibujando el perfil de un animal que había perdido la cordura.

Y eso sí le gustó mucho.

CAPÍTULO 7. Un nuevo ayudante en Rivelrey

El láudano borró de un porrazo el aroma del tabaco que estaba encendido. El olor se había asentado como una tarántula sobre sus ropas y lo administraba, en dosis pequeñas, para calmar al muchacho de los latigazos. Beaufort suspiró al mirar el asiento de cuero que descansaba cerca de la ventana.

Su favorito.

Desde allí admiraba cada noche los lirios del invernadero. Y a una hora específica, el lirio sapo se alzaba ofreciendo el mejor espectáculo. Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos sobre la flor exótica. Dejó que sus sentidos absorbieran la esencia de la tierra que inundaba el aire después de la lluvia.

El chico yacía con el cuerpo desencajado sobre su arruinada alfombra de perlas de Baroda. Primero habían sido los asientos del coche y ahora aquella alfombra costosa. Lo mínimo que podía hacer el descarado era levantarse y limpiarla. Las cortinas de terciopelo sumieron la oficina en total oscuridad mientras la luna presionaba para atravesar las ventanas.

Otro alarmante bulto de papeles sin firmar lo juzgaba desde el escritorio que reclamaban ser atendidos. Quedaron al olvido de inmediato al centrar su atención en aquel jovenzuelo moribundo.

Estaba solo con él y lucía como alguien a punto de enterrar. Su pecho pequeño se movía con suavidad, señal de que aún respiraba. Armstrong estaba en camino y, con un poco de suerte, traía al doctor. Se había marchado con grandes refunfuños mientras señalaba la chaquetilla del todo estropeada. Beaufort trató de acomodarse el pelo con sus dedos. ¡En qué había pensado cuando decidió llegar a una subasta y comprar un esclavo que había sido azotado!

La alfombra antiquísima, lista para ser cremada, absorbía la sangre sin pausa. Las botas, también arruinadas, desgastaban el brillante parqué con su incesante caminar de un lado hacia otro. Era fácil advertir el humor que se pintaba en su rostro.

El pecho del chico se detuvo.

Y Beaufort quiso salir en busca de Armstrong. Pedirle que recogiera aquel cuerpo sin vida y de paso que lo envolviera en la alfombra para deshacerse de todo. Otra muerte bajo el techo de Rivelrey y todas las familias que componían su servidumbre no aguantarían cuando la sociedad lo condenara por asesinatos que no había cometido. ¿Quién se quedaría al frente para sustentarlos con trabajos, un techo y comida?

Se acercó de manera sospechosa al petimetre. El estrés que había sufrido la espalda había ocasionado daños severos. «Como aquellos cuerpos mutilados de Trafalgar». Sacudió la cabeza con energía. Con frialdad examinó con la piel que exponía la camisa rasgada.

Había visto peores.

Las heridas necesitaban ser limpiadas para evitar cualquier posibilidad de infección. Se dio una palmada mental por todas las heridas que había curado durante los tiempos de guerra. Mr. Talbot, el viejo mayordomo, había depositado con discreción una jarra de porcelana antes de marcharse. Curiosamente, el agua estaba tibia al entrar en contacto con una gasa.

Rasgó la camisa con indiferencia. La piel lesionada se curaría por dentro y dejaría cicatrices irregulares. Pero sobreviviría. El gorro se había encasquetado ocultando los ojos. No recordaba que se hubiese movido ni un milímetro de lugar en el coche. Tampoco había notado la gran diferencia con las prisas que llevaba por salir de aquel lugar.

Limpió los bordes hasta palpar una venda que se enrollaba alrededor del pecho. ¿El chico había sido herido con anterioridad? Si era una herida mortal, entonces no tendría muchas posibilidades de sobrevivir. Se arremangó los puños y desenvolvió con cuidado la tela. Rezó para no encontrar una herida infectada. El muchacho intentó apartarlo sin éxito, aún deliraba.

—Quieto —sujetó los brazos para impedir que se lastimara.

Pero los ojos del duque se habían quedado clavados atónitos sobre el pecho del muchacho. «¿O mejor dicho, pechos?». Lo soltó como si los dedos se hubieran quemado al tocarlo. «Aquella cosa» había proferido un quejido lastimero mientras un rayo de luna cortaba las sombras irregulares que se originaban sobre unos senos pequeños.

Si existía algo peor que esperar una herida mortal, era ser sorprendido por dos diminutas aureolas que imitaban el color de aquellos labios resecos. Brillaban estáticas con gotitas de sudor. ¡Por Dios!, ¿el mozalbete era una

chica? El odiado gorro cayó hacia atrás descubriendo un rostro ordinario y sucio, un poco soso. La forma suave de los ojos almendrados le acabaron por confirmar lo que ya sabía. «Exacto, Beaufort, ¡como si un par de tetas no fueran prueba suficiente!».

Apartó la mano otra vez. ¿Cómo había sido engañado? Una pregunta retórica de la que no esperaba respuesta. En su desesperación, se sintió burlado por una inmigrante tan flaca como el perro de la plaza que apenas lograba sobrevivir. «¡Mala fortuna!». ¿Por qué no se detuvo a mirarla dos veces?

Archibald Azazel Peregrine Kingston, exalmirante naval y séptimo duque de Beaufort, giró en redondo de súbito. Y por primera vez, no supo cómo actuar. Le urgía un trago que le sacara el estómago a patadas. Necesitaba pensar. Y rápido.

«Aún puedo deshacerme del cuerpo», pensó fugaz. Lo enrollaría él mismo en la maldita alfombra y mataría dos pájaros de un tiro. El coñac francés le hirvió en la garganta solo de pensarlo. Él no era un asesino. Al menos, no uno a sangre fría.

No podía. Volvería al principio y sin un peón.

—Si su excelencia me permite un consejo… —carraspeó Mr. Talbot.

El mayordomo había entrado con sigilo, sorprendiéndolo desde la oscuridad. Tan viejo como un forro de catre, se movía por todo Rivelrey como si levitara, sin hacer el menor ruido sobre el tabloncillo o las bisagras de las puertas pesadas. Como si la casa fuera su cómplice de manera premeditada. Nada afectaba a ese cascarrabias que había heredado del duque anterior. Ni siquiera una mujer semidesnuda en medio de la oficina principal. Mantenía el rostro impertérrito y reservado, tan leal como un caballo rancio.

Beaufort inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Un hombre debe aprovechar la oportunidad tan a menudo como la encuentre.[3]

Dijo enigmáticamente, como si aconsejara al niñito asustadizo y solitario que había sido en otros tiempos.

—No te conviene citar las palabras del viejo lord Verulam. Dicen que era muy bueno en disputa verbal.

El mayordomo se estiró los guantes pulcros que brillaban como palomas blancas agitándose en la negrura del escondrijo donde se hallaba. Sabía de antemano la decisión que tomaría y se arrodilló para enrollar de vuelta la venda que tapaba los senos de la muchacha. Tan eficaz que Beaufort dudó si alguien la hubiese tocado en un principio.

A lo lejos, el relinchar de los caballos acompañó las ruedas de un carruaje que se acercaba.

Armstrong había vuelto.

El peón no había resultado ser un chico. Y por su culpa, se convertiría en un oportunista que ahora debía guardar un secreto.

—Mi paje es una chica, Mr. Talbot, usted y yo lo sabemos. Pero por el bien de los sirvientes y para el resto —se refería a Armstrong en específico —, será presentado como el ayudante. ¿Comprende?

El mayordomo asintió quedo. Miró por última vez a la muchacha. Aquella pequeña era la última oportunidad del duque y la de muchas familias que servían en Rivelrey desde un par de décadas.

—La muchacha ha pasado la última prueba, su excelencia, que es querer vencer a la muerte. Ahora —dijo mientras salía de manera silenciosa— albergo ciertas dudas de que pueda sobrevivir a usted.

No esperó réplica. Mr. Talbot tenía que despachar a Armstrong y al doctor que lo acompañaba. El duque necesitaba ese tiempo. Adaptarse a la idea de que aquella desconocida sería la última pieza de un rompecabezas que terminaría por desenmascarar al asesino y, con ello, todos los problemas que había acarreado a su reputación.

Beaufort apuró el coñac de una sentada arrellanándose en su butaca preferida. Observó anhelante los lirios del invernadero y rehuyó con desdén el lirio sapo. Esperaba que el paje despertara pronto. Si todo salía como había previsto, aquella mujer le duraría justo el tiempo que el asesino necesitaba para volver a atacar. Y deducía que, por su lengua viperina, podría ser un tiempo bastante corto.

En fin, siempre había una última vez para todo.

CAPÍTULO 8. Catalina abre los ojos

Unos rostros planos la contemplaron desde arriba. Sus expresiones, un poco demoníacas, llamearon a la luz de un candelabro. Y detalles en ocre llenaban una pradera con mujeres semidesnudas que corrían para escapar de un ángel.

La pintura robó el aliento de Catalina justo al despertar, atraída por el mural que se revelaba ante ella. Si se esforzaba, podía ver un pubis repleto de vellos rojizos, que competía con el pelo de una de las muchachas que huía despavorida. Otra, la del medio, trataba de esconder sus senos del acosador, pero sin éxito.

«¡Senos!».

Palpó la venda que cubría los suyos y comprobó que seguía en su sitio, intacta. El dolor en la espalda le recordó no hacer movimientos bruscos. Demasiado tarde. Un quejido salió de sus labios sin poder refrenarlo.

El ángel persecutor la miró. Tenía un rostro amenazador que había logrado alcanzar las calcetas de la chica más rezagada. Estaba tan cerca que sintió cómo agarraba sus pies para arrastrarla a la gran nube de algodón y separarla de sus hermanas para siempre.

De repente, unos dedos fríos lamieron sus propios tobillos. ¡Aquel demonio la había capturado! Sobresaltada, se obligó a incorporarse tratando de paralizar los latidos de su corazón. Tardó un par de minutos en adaptar la vista a la acuciante oscuridad que envolvía la habitación. Un sabueso blanco, del tamaño de un poni, lamía sus pies como si fuese un hueso. Estaba sola, a excepción de aquel enorme perro.

Se sentía helada. ¿Había soñado con un hombre transformado en un toro? ¿La habían comprado para ser la próxima comida de aquel galgo?

El olor a tabaco le indicaba que habían abandonado el cuarto hacía poco tiempo. Catalina presionó los brazos para que la sostuvieran mientras retiraba las piernas con delicadeza de una de las garras del animal. La bestia, aburrida, se levantó para echarse a los pies de un gran butacón escondido en sombras. Vislumbró una cola feliz.

Bien, por el momento, no sería la comida de aquel perro.

En la penumbra abrumadora, divisó una puerta en la dirección opuesta. «¡Gracias, *yaya*!». Levantó los hombros sin marearse, prometiéndole alcanzarla. Con suerte, escaparía antes del amanecer. Compró más tiempo al cuerpo mientras gateaba. Asumía que cualquier persona que rondase el lugar dormía.

Era ahora o nunca.

Un ruido tieso a sus espaldas hizo eco sobre su columna vertebral. Rezaba porque el perro no hubiese cambiado de opinión en cuanto a devorarla. Si volteaba a ver, perdería un tiempo precioso. Apoyó las manos sobre el pomo de la puerta, de cobre desgastado por el uso. Tiró con todas sus fuerzas.

Nada.

El cuerpo, sin aliento, se estremeció por los movimientos inútiles. Estaba cerrada con llave. Lo intentó una vez más, pero fue en vano. El cerrojo no cedía. Desesperada, buscó algo para romperlo.

—¿Piensa usted arruinar también mi puerta?

Su corazón estuvo a un latido de abrirle el pecho en dos. El silencio se vio interrumpido por el crepitar de un candelabro al encenderse. Y aunque evitó no hacer el menor ruido, su respiración entrecortada la delataba.

—Hable, muchacho, ¿así pagan los forasteros la hospitalidad brindada o es un rasgo que le nace solo a usted en específico?

Descubrió un par de ojos satánicos que sobresalieron en la oscuridad, pululando como dos moneditas de plata líquida. La misma mirada en la subasta, en el coche, en el toro. Aquel extraño había permanecido en las sombras desde un principio, oculto, acechando sus patéticos intentos de huida. Optó por encararlo de una vez.

—Apostaría que son ustedes, los ingleses, los que sí saben cómo dar un gran recibimiento —dijo con desprecio marcado. La voz, aún ronca, mantuvo oculta su identidad—. Atacan barcos españoles y secuestran hombres, mujeres y niños de bien para ser vendidos.

El sonido de sus botas contra la madera pulida erizó el vello de sus brazos hasta ponerlo de punta. Se acercó tanto que Catalina quiso fundirse con la puerta.

—Ya veo que ha recuperado la fuerza de su lengua.

La llama chisporroteó revelando por completo al hombre que acompañaba esos ojos. Percibió, hipnotizada, el desafío oscuro en la

mirada. Ningún hombre de Salobreña, los más altos que había conocido, llegaban hasta los hombros de aquel extraño que la intimidaba. Se erguían dispuestos a atacarla.

Vestía con exquisitez impecable, una piel de mármol blanco relucía debajo de una camisa a medio abotonar. Su pelo, un poco enmarañado, casi besaba los hombros. Y las pestañas, del color del carbón frío, enmarcaban unos ojos de color diferente. Fuerte mentón y mejillas duras, la nariz cortante retaba a unos labios suaves y generosos, casi húmedos. Como si aquel hombre pasase todo el tiempo chupando un trocito de hielo.

Se inclinó para prender un tabaco. Los movimientos eran calculados, letales. Al menos, lo memorizó así, porque las piernas tensaron la tela marcando unos muslos ceñidos. Catalina volvió a asociarlo con una bestia hermosa. El típico hombre del cual su hermana correría en la dirección contraria. Y Catalina lo odió de inmediato. No haría para nada bien en una mujer fiarse de un hombre con una belleza tan cruel.

El habano llameó al rojo encendido y, entre suaves remolinos de humo, la expresión del rostro se llenó de expectativa premeditada. Deducía que quería saber su nombre.

—Cata… —Se atragantó con una tos repentina, pero rectificó—: Mi nombre es Cat. Solo Cat.

—Ya veo —respondió sarcástico, inspeccionándola casi aburrido—. Sí. La imagen de *gato* callejero le va al dedillo.

Unas ganas terribles de huir volvieron a llenarle el pecho, quizás tenía una última oportunidad.

—Si espera mi agradecimiento por haberme salvado, *chiquillo*, puede usted esperar sentado en esa butaca.

Volvió a probar suerte con la puerta.

—Ni mucho menos. —Otra bocanada de humo—. Confío que trabajando para mí como mi ayudante la deuda quede saldada.

Frenó los intentos de escapar. Si había más que decir, el hombre parecía no tener prisa alguna. Catalina no confiaba. Desde que había huido de España, no confiaba ni en su propia sombra.

—¿Y quién es usted?

Beaufort no había esperado una pregunta tan abierta por parte de ella. Un tic nervioso brincó en el párpado izquierdo.

—Archibald Azazel Peregrine Kingston, séptimo duque de Beaufort.

«Y con un nombre más largo que el del propio rey de España». Un duque inglés. Lo más cerca que había estado de la nobleza había sido su propio padre. Aunque las hijas bastardas no eran criadas con ellos, algunas podían considerarse afortunadas de recibir educación. Ella lo había sido, pero nunca había conseguido el amor de don Enrique. Su pierna volvía a doler nuevamente.

Todo era culpa de él que, con el afán de separarla de su única hermana, la había vendido a la guardia con tal de deshacerse de ella. Y Catalina había pagado un precio alto, varada en un lugar el cual conocía solo por mapa y por los cuentos de la señorita Melrose. Había sido brutalmente castigada y encerrada con un noble «¡que sabía Dios para qué quería un ayudante!».

Don Enrique y el duque inglés representaban todo lo que odiaba en las familias adineradas. Hombres de clase pudiente que con un par de monedas podían hacer y deshacer a su antojo. El temor enfrió sus entrañas, el aire se condensó con su superioridad y con la abundancia en cada detalle que hasta un ciego podía ver. Apostaba que hasta el perro pertenecía a la nobleza.

La prepotencia inherente se trazaba en el perfil. Pero si existía algo que odiaba más que un noble era… estar en deuda con uno.

Su honor estaba en juego, y el honor era todo lo que le quedaba.

Quería correr, desandar los pasos hasta volver a ser pequeña y aplastar la hierba húmeda del brezal con sus pies descalzos. Tomar de la mano a una Martina rezagada y correr juntas para siempre. Había descubierto, con pesar, que no quería envejecer sola.

—Escuche, duque de *Coliflor.*

El hombre le propinó un pequeño mordisco al puro. El sabor de la hoja marrón quedó amargo en el paladar.

—Beaufort. Llámeme solo Beaufort, por favor.

—Milord.

—Deje la pereza y suelte esa puerta en este mismo instante. —Vertió un líquido ámbar en el vaso que descansaba sobre una pequeña mesa.

Catalina arrastró la pierna rígida hasta una silla.

Los hombres eran absolutos primates, no importaba si eran duques o el más simple plebeyo. Todos buscaban algo. Sacar un favor por otro. La *yaya* le había enseñado que, en la vida, una no podía andar debiendo favores por ahí.

Deseaba estar lo más lejos posible de ese hombre y de la mirada reprobatoria. Por un momento, creyó que aquel hombre-piedra se había sorprendido de verla cojear.

—Muchacho, permítame aconsejarle que no querrá estar en deuda con un inglés jamás. —Apuró el trago sin perderla de vista—. Porque podemos llegar hasta el mismísimo infierno para cobrarlas.

¿No se daba cuenta ese inglés? Ya ella estaba ahí, en las tinieblas.

Una pequeña idea comenzó a dar vueltas en el fondo de su cabeza. ¿Quizás la promesa que le había hecho a Martina podía, después de todo, ser restaurada?

Quizás.

Empezar una nueva vida, en otro lugar. Las colonias en el Caribe habían quedado descartadas, pero el plan seguía en pie. «¡Martina en Inglaterra para finalmente estar juntas!». Su hermana tendría esos hijos perfectos que siempre había soñado y que Catalina cuidaría con amor. El plan era perfecto.

No importaba cuánto tiempo tomara, Martina haría un buen matrimonio en Londres, incluso el inglés agrio podía ayudarla. Vivirían lejos de la persecución en España. Ella acataría todo con tal de traer a su hermana, pero nadie había dicho que lo haría de buena gana. Si iba a pagar la deuda, se aseguraría de salir con las manos llenas esta vez.

—Acepto. —¡Cómo si hubiese tenido otra opción!—. Con una condición: que me provea de una casita con una vaca y un pretendiente.

—Creía que era una condición —afirmó molesto Beaufort, no acostumbrado a recibir condiciones de nadie.

—Bueno, *chiquillo*, empuje la vaca y el pretendiente dentro de la casita. ¡Y verá solo una!

Beaufort vertió un poco más de coñac. Tenía el terrible presentimiento de que terminaría la botella aquella misma madrugada.

—Un pretendiente es casi imposible.

—Es para mi hermana, que es de buen ver.

La observó de arriba abajo.

—No me fío. ¿Y la casa?

—Para ella también.

—¿Y para usted?

—¡Pues la maldita vaca, milord! —dijo exasperada.

El cabello le pesaba una tonelada, apretado dentro de la mugrienta gorra.

—Jovencito, haría bien en saber que no es usted el primer ayudante en mi vida —manifestó con parsimonia—. ¿Qué le hace pensar que aceptaré sus locas demandas?

La espalda escocía terriblemente cuando dijo:

—Algo me indica que, para usted, soy el último ayudante sobre la faz de la Tierra. Me sugiere, milord, que está desesperado.

Catalina apuntó al centro y no había errado. No se molestó en añadir:

—Parece usted un poco viejo. ¿Me promete que cumplirá con su palabra? Lo más aconsejable es hacer un contrato, no querrá dejar cabos sueltos. ¿Entiende?

Un tinte rojizo alumbró las mejillas del duque y la vela, que había iluminado sus facciones, escogió aquel preciso momento para extinguirse.

CAPÍTULO 9. Los ingleses tienen nombres largos

El charco de cera líquida se enfrió de sopetón cuando aquella deslenguada había puesto cara de mártir y le había preguntado qué tan viejo era con una desfachatez que podría mandarla a la horca sin pestañear. Pero no podía y odiaba reconocerlo.

La necesitaba.

Había gastado la madrugada esperando que aquella fierecilla despertase con el presentimiento de que, al hacerlo, lo primero que haría sería escapar. Y no lo decepcionó. Le había costado horrores convencer al mayordomo para que se fuese a dormir y, por consiguiente, ahora se hallaba extenuado. El colmo había sido la proposición de un testamento. ¡Un testamento! ¡Qué insolencia la de esa mujer!

—¡Basta de sandeces! —¿Cuándo aprendería a callar?

Desde niño había odiado al tutor y sus lecciones en castellano también. ¡Ahora entendía por qué! La lengua era tan vulgar como aquella chica con acento. Necesitaba aprender modales y ¡pronto! Pretendía reformarla como ayudante de un noble, costase lo que costase. Aunque verla arrastrada hasta sus pies, entre lágrimas y alabanzas, demostrando algún agradecimiento, no habría estado nada mal. ¿Por qué no cantaba odas sobre su persona?, o ¿por qué no lloraba pálida sobre el piso mientras ocultaba el terror que sentía al verlo? Era evidente que no sabía con quién trataba. Había corregido ese error revelando su título.

¿Y qué había hecho la mentecata? Lo había mirado con más rabia y ni había realizado una simple inclinación. ¡Pero qué esperaba de los españoles salvajes! Aunque reconoció que no se había sentido más entretenido desde que le había robado los pantalones a Armstrong en la casa de caballeros. El ayudante era de pensamiento rápido y boca sagaz. Y de cierta manera, él admiraba eso.

Las condiciones eran sencillas; ahora, encontrar un pretendiente para la hermana podía ser complicado si compartían los mismos rasgos físicos.

Se preocupaba en demasía.

Si lograba sobrevivir el tiempo necesario para encontrar al asesino, él mismo buscaría, bajo cielo y tierra, un hombre para todas las hermanas que

tuviera.

Se escondía entre las sombras tenues, aparentaba una calma superficial que sus ojos desmentían. Estaba asustada. Un insecto que analizaba las posibles vías de escape. Carecía de belleza frágil y los rasgos en conjunto resultaban demasiado vulgares. La nariz aguileña sobresalía sobre un par de labios grandes, casi ofensivos. Entendía la facilidad que tenía de pasar por varón, aparentaba no más que un muchacho en sus veintes. Esa mujer nunca podría ser confundida con la sensibilidad de una dama inglesa.

Entrenarla supondría una ardua tarea, pero no era un hombre que se rindiera con facilidad. Aún más cuando peligraba su apellido, de por sí dañado. Le quitaría el deje desafiante en su habla. ¿A quién quería engañar? La actitud completa quedaría destruida para la siguiente hora del té. Si tenía suerte, le serviría con temor y admiración.

—¿La venda en el torso? —preguntó hastiado. Quería comprobar hasta dónde podían llegar los embustes.

Jadeó ofendida.

—Una vieja herida, milord.

Primera mentira.

—¿Y el sombrero?

—Calvicie prematura —replicó con voz quejumbrosa—. Muy triste, milord, lo heredé de mi padre, aunque él se niega aceptarlo.

Segunda.

—¿Es alguna especie de cura? Mr. Worthy confirmó que podía ser un fraile para su gente.

—Solo un monje retirado, milord.

¡Bah, un monje, decía aquella farsante! Con la retahíla de mentiras inventada de la nada, al paso que iba, ¡esa mujer ardería en el fuego eterno! Si era un monje, entonces él era un santo.

—Ya veo. —Tiró de un fino cordel que se escondía entre las pesadas cortinas. Amanecía. El alba se coló entre los pesados ventanales mientras ella, con rostro nervioso, detallaba hasta el mínimo objeto que componía la habitación. Esperaba que no fuese una ladrona también.

Se masajeó la pierna inconsciente. Al verla caminar, había notado que cojeaba. El borde del cuello, perlado de sudor, denotaba una tensión imposible de ocultar.

—¿Está su pierna…? —tanteó mostrando un falso desinterés. Las manos de la muchacha se crisparon en el acto, por lo que añadió—: Mejor no me diga.

No quería saber y cuanto menos supiera, mejor. Solo necesitaba mostrarla en sociedad como se presentaba a una jovencita en edad casadera. Londres estaba en pleno apogeo de la temporada e implicaba volver a aceptar las insípidas invitaciones para los bailes. Era necesario. El asesino atacaría y esta vez estaría preparado.

—Disculpe, su excelencia. —Tímidos toques sobre la puerta interrumpieron sus pensamientos—. ¿Mandó usted a buscarme?

—¡Ah, Billy! —El duque se apresuró a dejar entrar a un chico muy desgarbado—. Entra, muchacho, no seas tímido.

—Lo siento, su excelencia, Mr. Talbot aún duerme. Pero si desea, puedo asistirlo en lo que usted desee.

—Calma, Billy, quiero que conozcas al señor Cat. —Señaló a la mesita. Cat, rígida como una espiga, ocultaba el rostro bajo la gorra sucia—. Es un poco tímido, así como tú. Ya ves.

Billy asintió cohibido.

—Confío en que le proveas de ropa limpia y algo de comida, ¿verdad?

—Por supuesto, su excelencia.

—Cat es mi recién estrenado ayudante de cámara.

Billy hizo una inclinación perfecta. Era un muchacho de unos dieciocho años, poco impresionable. El único hijo de la cocinera de Rivelrey; lo conocía desde que era un crío. Sospechaba que quería ser pintor, pero la señora Green no lo aprobaba. Billy estiró el cuello para estudiar al chico que se mantenía impávido en la silla.

—Felicitaciones, señor Cat.

Ninguna respuesta de vuelta.

El duque se acomodó el pelo por enésima vez. Crecía de manera alarmante.

—Billy, procura que Cat se ablande un poco con nosotros. —El perro ladró con ahínco—. Es nuevo en Inglaterra y no conoce las «reglas».

Cat quería objetar, pero al ver la sonrisa maquiavélica del inglés, prefirió quedarse callada. Por ahora.

***

Estaba segura de que si *yaya* la estuviese observando en esos momentos, la preferiría ver un millón de veces muerta en el poste por los latigazos.

Poste y punto.

Mejor eso en vez de contemplar cómo arrastraba los pies por los pasillos oscuros de una casona interminable, a minutos de ser presentada como un varón que asistiría a un duque a partir de ahora. ¿Y en qué consistía el trabajo de un ayudante?, ¿peinar a un duque todos los días? A ese tal Beaufort falta que le hacía.

El chico, de pelo anaranjado como una zanahoria, calzaba zapatos prolijos que hacían un ruidito cómico al chocar con las baldosas. Tenía la cara salpicada con un montón de pecas y ojos verdosos del color de un río en la madrugada. Mantenía un caminar pausado que sincronizaba con los pasos de ella, pero apostaba a que siempre iba corriendo. Y Catalina sintió que el corazón se le ablandaba un poquito.

Los brazos, agarrados en la espalda, imitaban el porte rígido del propio duque aunque lucía infantil en su actitud, casi como un niño pomposo. Sus ojos estaban plagados de preguntas sobre su aspecto deplorable, pero como un típico inglés, guardaba los pensamientos para él mismo. Y Cat lo agradeció silenciosamente.

—¿Falta mucho, Mr. Bill?

—¡Qué horror! Si mamá se entera de que me llama usted como mi difunto padre, lo hará colgar de las orejas.

Asintió con una risa tímida.

—Puede llamarme solo Billy, yo le llamaré Cat. —Ralentizó las pisadas —. Aquí, en Rivelrey, los desayunos se sirven temprano. Como ya usted ve, el duque tiene el hábito de madrugar. Prefiere ocuparse de la correspondencia a primera hora de la mañana, ¿comprende?

La miró de reojo, esperaba alguna revelación que le diera más pistas sobre su inminente llegada a la mansión. Pero ella eligió no responder. Se limitó a poner un pie delante del otro. Por ahora, ni el duque ni Billy sospechaban de su verdadera identidad.

—Creo que tomaré prestada la jalea especial que mamá solo destina para los invitados importantes —abogó el muchacho con timidez—. Me temo que será lo único que lo obligue a hablarme, solo para darme las gracias.

Tostadas recién hechas inundaron el aire de cálidos aromas y su estómago gruñó con insistencia. Y aunque en aquel lóbrego lugar las buganvilias no bordeaban los pasillos o quizás no había días tan soleados, Catalina miró los pasos de Billy sabiendo que había encontrado un amigo.

CAPÍTULO 10. Bajo las escaleras de Rivelrey

Mi querida Martina:

Tu cara de angustia está todavía delante de mí, con el dolor de tu último beso. ¿Qué has hecho desde que partí? Me he prometido no escribir más hasta que te vuelva a ver, pero ya ves, heme aquí, rompiendo una de mis tantas promesas.

¡Te añoro tantísimo!

Echo en falta aquellos pestiños[4] *rebozados en azúcar que venden en la plaza los domingos. Las paredes calientes del sol del mediodía, el hombre de la guitarra y a su mujer, que bailaba con volantes en el vestido, allá por la taberna del tío Guayo. ¡Y a doña Alba!, la viuda alegre que espera la noche sentada en el balconcito para reunirse con el amante de turno. Confiesa, ¿sigue siendo Tomasito, el del pañuelo lindo?*

Has de saber que, aunque el plan tuvo éxito, no logré desembarcar en las colonias como habíamos planificado desde el principio. Durante la travesía hacia el Caribe…

—¿Lo ha visto, usted? —El tintineo de unas cucharas contra platos de cerámica detuvieron la pluma de Catalina sobre el papel.

Miró las palabras apiñadas en la hoja y sopló con fuerza para que la tinta secara más rápido. La dobló con sumo cuidado y la escondió en la venda que apretaba sus senos.

El camastro lúgubre rechinó con ganas mientras se abotonaba la camisa disciplinadamente. Calzaba unas botas negras que Billy le había proporcionado antes de tomar un baño. Le quedaban un poco grandes, pero no quería quejarse. Temía que el chico se metiera en problemas por culpa de ella.

Entró al pasillo de puntillas y logró esquivar aquellos tabloncillos de madera que crujían al mínimo indicio.

—¿A quién, señora Green? —enunció una voz masculina con total indiferencia.

—¡Bah, Mr. Talbot, le ruego no se implique en esos jueguecillos conmigo! —exclamó la voz chillona—. Sabemos que en Rivelrey no ocurre nada que no sea de su conocimiento absoluto.

—Es muy correcto eso.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué, señora Green?

Las cacerolas cayeron al piso.

—¡El nuevo sirviente, Mr. Talbot! —exclamó, exasperada—: ¡El ayudante del duque!

Unas risas tímidas se colaron por debajo de la gran puerta forrada en damasco verde y retumbaron hasta los dormitorios de los sirvientes. A la hora de la cena, se reunían a cuchichear. Catalina había decidido no involucrarse con los otros criados por temor a ser descubierta, por lo que siempre comía sola en la recámara que le habían asignado.

Pero según Billy, la cena era el mejor momento para empaparse con los rumores de la alta aristocracia y las fiestas mientras tomaban crema de almejas y un vino no más de cuatro años añejo.

Catalina pegó la oreja a la puerta. En la convivencia con otros veinte sirvientes no estaba de más estar alerta. En especial, si el tópico era el último empleado del duque.

—¡Ah, el señorito Cat! Un muchacho bien fino, diría yo. De muy pocas palabras, pero de buen temperamento.

—¿Buen temperamento? —bufó estrepitosa la cocinera—. Si es más parco que las truchas del mercado. ¡Y encima, tullido!

—Señora Green, no logro comprender a dónde quiere llegar usted —respondió serio el mayordomo.

—Pues, ¡qué no es digno de servir a un par! —Cortó la cabeza de un pescado sin dilación—. Después de lo ocurrido con Jamie, yo personalmente propuse a Billy para el puesto. Pero el duque no quiso saber nada al respecto, supongo que le tiene afecto a mi Billy.

¿Jamie? ¿Quién era Jamie, el ayudante anterior? ¿Y qué había pasado con él? Se inclinó más. Por una rendija divisó a Mr. Talbot sentado a la cabecera de la mesa. De mejillas enjutas y un tono grisáceo en la piel, con una impecable corbata negra que lo distinguía de los demás, calentaba el vino de la copa con auténtico arte mientras la señora Green no paraba en la cocina; iba como un pollo sin cabeza. Con la cofia desajustada y los cachetes sonrojados, era una mujer alta, de movimientos certeros, casi bruscos. Juntos daban la impresión de un matrimonio viejo.

Alrededor de la mesa prestaban ojos y oídos dos criadas y un lacayo. Reían tontos mientras comían apurados antes de que el cuchillo Mr. Talbot bajara hasta la servilleta en un final fatal. La señal indicaría que la cena había concluido y debían volver a las labores antes de culminar el día. Incluso si no habían terminado con el plato.

—Es de mi entender que Jamie tampoco fue un muchacho de su devoción, señora Green, como tampoco Lonnie o Todd. —El mayordomo fijó la vista en la crema de almejas—. Dele una oportunidad al chico. Es la respuesta a todas nuestras plegarias, si me entiende.

—¡No existe alguien tan capaz de servir al duque como mi Billy, Mr. Talbot! —escamó la piel del otro pescado—. Le garantizo que ese extranjero no durará dos noches seguidas bajo este techo.

La puerta se abrió con estrépito y Catalina cayó de bruces contra el piso. Había accionado la manivela por accidente. La algarabía en la cocina se detuvo mientras el agua caliente salía del grifo. «¡Malditas botas!», se sacudió un polvo invisible al ajustarse la gorra.

—¡Vea, pues, Mr. Talbot! Estos forasteros invadirán Inglaterra escuchando a escondidas y después nos atacarán en la tranquilidad de nuestras camas. ¡Son todos espías de ese tal Bonaparte!

—Mamá, haría bien en cuidar el agua hirviendo —dijo Billy detrás de Catalina, quien le tendió una mano para ayudarla. Una actitud protectora se cernió sobre ella—. ¿Estás bien?

Catalina creyó que la pregunta encerraba todo: la caída, las heridas en la espalda casi cicatrizadas y las pullas de la señora Green.

—No debes preocuparte por mamá —enderezó la gorra—: es inofensiva.

—Billy —siseó la señora Green.

El muchacho sonrió, extrañado. Le propinó un pequeño golpe en el hombro.

A pocos días de haber llegado a Rivelrey, Billy la había adoptado mientras desempeñaba las tareas como ayudante. Y aunque había visto al duque en un par de ocasiones, el muchacho le había asegurado que «su excelencia» era un señor muy independiente y no necesitaría de sus servicios con asiduidad.

Pero como si todas las fuerzas del mundo se hubiesen confabulado para desmentir las palabras de Billy, una campanita que colgaba en la pared se

sacudió con insistencia haciendo a Cat estornudar. Un silencio nefasto se instaló en el comedor.

—Señorito Cat, la campanilla es para usted. —Mr. Talbot tomó el último sorbo de vino.

—Viene de los aposentos del duque —comentó Billy distraído mientras estiraba la chaqueta de Cat con rectitud—. Recuerda, lo más importante de ser un ayudante es fundirse con la sombra del señor.

Alisó la camisa negra como quien preparaba a un niño en su primer día de equitación.

—Harás que sus días transcurran sin sobresaltos desde el momento que se levante hasta que duerma.

La campanilla dorada volvió a sonar con prepotencia. Todos escudriñaron la extensa hilera de campanas, pero respetaban aquella en particular.

—Y jamás, pero jamás —le abrochó el último botón del cuello—, lo hagas esperar.

Catalina asintió con labios fruncidos y emprendió el camino a las escaleras. El cuchillo de Mr. Talbot descendió en un final teatral y todos abandonaron los puestos de inmediato excepto la señora Green, quien mantuvo el cuchillo en alerta todo el rato.

CAPÍTULO 11. A los ayudantes se les debe tener miedo

El primer error que había cometido Cat fue entrar sin anunciar su presencia. La cámara privada de Beaufort sostenía un techo de altura infinita que coronaba una tina de baño en el centro, repleta de agua humeante. Largos ventanales con forma de arco enclaustraron el vapor que se condensaba por momentos, enviando notas aromáticas de madera seca hasta ella. Pero la fragancia más abrumadora provenía de dos jabones que imitaban la flor de un naranjo. Una pastilla descansaba en el borde de la tina con gran abandono.

La otra, en cambio, estaba apretujada en el puño de un duque muy cabreado.

El inglés mantenía los ojos cerrados para serenarse. Al abrirlos, puntitas cristalinas de agua colgaban sobre las pestañas. El cabello, sorprendentemente más largo, besaba el cuello húmedo. La recámara se hizo un poco más estrecha, como también el aire que buscaba tomar. Apostaba que la bañera, como un juguete frágil, se partiría a la mitad por querer soportar el tamaño de aquel hombre.

—Detesto las tardanzas —masculló mientras aclaraba los ojos con agua limpia—. Y haga el favor de tocar la puerta, ¡por Dios! ¿Otra mala costumbre, quizás?

Había trastabillado al subir las escaleras de dos en dos en su afán de llegar a tiempo. La camisa se había adherido de forma pegajosa al torso logrando separarla si soplaba con el poco aliento que le quedaba en las reservas. Y el inglés despotricaba con sus malas pulgas y aquel insoportable calor.

Una objeción murió en los labios cuando Beaufort levantó las grandes piernas y pequeños riachuelos de agua abrieron surcos sobre los tensos músculos de los hombros. Bajaban hasta el abdomen para morir en unas caderas que eran dos machetes afilados.

Catalina dejó de soplar por un segundo.

Si el endemoniado era impresionante con ropa, desnudo era admirar el arte tallado en piedra preciosa. Lo contempló sin tapujos.

—¡No se quede ahí parado! Si pesco una neumonía, será el culpable. —Se sacudió el cabello para despegarlo de su espalda—. Alcánceme la maldita toalla, rápido.

La espalda imperfecta exponía algunas cicatrices de balas y había comenzado a erizarse. Como esas veces en las que un silbido de aire frío le rozaba a uno el cuello y se le ponía la piel casi a tiritar. Se acercó distraída mientras le tendía con qué secarse.

—Ejem, esa es la cortina.

Observó cómo las manos sostenían un tramo de tela de la ventana. Y odió verse en evidencia.

—Pensé que los nobles solo se secan con gamuza fina.

La taladró con ojos diabólicos.

—No se pase de listillo.

Le lanzó la toalla a regañadientes. Quería que supiera, con cada una de sus acciones, que detestaba servirlo.

—Recuérdeme felicitar a Billy la próxima vez —su voz salía por entre los pliegues del paño felpudo—, ha logrado enseñarle cómo morderse la lengua antes de contestar. Imagino que ha aprendido otras cosas también.

«No crea tanto usted».

Aquel hombre no ocultaba un ápice de vergüenza en todo el cuerpo. Se paseaba por el cuarto, desnudo, porque así lo sentía. Las llamas del fuego acariciaban el trasero y las puntas del pelo se rizaron sin obediencia.

¿Cómo reaccionaría si supiera que estaba enfrente de una chica?

¿Se comportaría diferente? Lo dudaba.

Los movimientos bruscos estaban llenos de confianza. Apostaba que podría tomar el té en el balconcillo mientras auguraba una tarde lluviosa con el cuerpo en pelotas. Apostaba que ya lo había hecho.

Por otra parte, eran increíbles las ventajas de hacerse pasar por muchacho: detallaba todo lo que quisiera sin sufrir a causa de un pudor virginal. Lo mismo sucedía con aquella cosa que le colgaba feliz entre las piernas.

—Probemos, pues.

«¿Probar?», pensó Cat tardíamente.

—¿Cómo me gusta el fuego al despertar?

«Si de mí dependiese, achicharrando toda su casa».

—Encendido y ardiendo alegre, señor.

Los dedos peinaron su cabello, una acción que tendía a repetir con frecuencia. Cat escogió una camisa blanca y de puntillas, la deslizó sobre su cabeza hasta que uno de los brazos apareció de mala gana.

—Bien. ¿Las ventanas?

«Abiertas de par en par para que pesque un catarro».

—No más de diez centímetros abiertas, prefiere el aire frío de la mañana pero no lo suficiente como para despertarlo. Se debe cerrar justo ocho minutos después.

Cat terminaron abrochó botones de la camisa. Lo había colocado dispares por venganza. Rezó para que no lo notase.

—Impresionante —murmuró colocando un calcetín en el pie—. ¿Mis pantalones?

«Agujereados y sin cremallera. Veremos si se atreve a andar con el culo al aire, pavoneándose por los pasillos».

—Cepillados con extremo cuidado y colocados al alcance.

—Ya veo. ¿Y dónde están?

«Ni una más», se mordió la boca por dentro antes de exclamar:

—¡Ea! Si un hombre pierde sus propios pantalones —afirmó—, deberá ser fusilado sin miramientos.

La perforó con su ojo negro por dos segundos, con la frialdad animal de asegurarle en silencio que conocía todos sus secretos.

—Recuerde, Cat —señaló un dedo en su dirección—, la casita con la maldita vaca dentro.

Le entregó los pantalones sin rechistar y fue a la búsqueda de las botas que, por cierto, pesaban una tonelada. ¿Quién demandaba todo aquel protocolo si se iba a la cama? ¿Y quién dormía con las botas puestas? A menos que no fuera a dormir del todo.

—Su excelencia, el carruaje está listo.

—Dos minutos, Mr. Talbot.

Catalina contuvo una alegría mal disimulada. Bien, el duque saldría. Volvería al cuartito a terminar aquella carta para Martina. Con una rápida inclinación, se despidió hasta la salida con el alivio reflejado en la cara. Había sido suficiente presenciar al hombre desnudo y, encima, vestirlo como un recién nacido. Si atenderlo implicaba tareas tan personales, exigiría más condiciones en el contrato para el futuro. Tal vez, un par de gallinas y esos jabones de baño que olían tan bien.

—Usted debe de ser el primer ayudante que encuentro tan ansioso por acompañarme al primer baile de la temporada.

Habían faltado dos pasos y medio para alcanzar la salida. Eludir el comentario del duque y deslizarse como una culebra escaleras abajo. Poner en práctica las técnicas maestras de Mr. Talbot: desaparecer y reaparecer en los momentos más convenientes. Jugar a pasar por sorda de un oído, ya se ingeniaba una mentira lastimera por contar. Mas no pudo. El orgullo de la deuda vigente no le permitió moverse ni un centímetro del lugar.

—Por favor, continúe. Exijo que cargue con el mismo ímpetu hacia el carruaje. —Beaufort dio unos toques finales a la corbata—. Partimos en cinco minutos.

Los ojos la retaron a través del espejo. No iba a aceptar ninguna excusa. Y con ello, Catalina se despidió de una noche tranquila.

***

Las botas trituraron la gravilla en la gran mansión de lady Georgette, una viuda un poco excéntrica que inauguraba con el primer baile de la temporada en Londres. Todo aquel que se clasificaba dentro de la clase social alta haría cualquier cosa por recibir una invitación para asistir a su gala. El duque tenía la suya con dos semanas de antelación. Había hecho bien poco para merecer tal convocatoria, o mejor dicho, nada, y aun así, allí estaba.

¿Y por qué? Armstrong había encontrado pistas que vinculaban al vizconde de Derby, un anciano salivoso, con los asesinatos de los ayudantes. Y por eso y nada más, ahora recorría los pasillos angostos de lo que presagiaba que sería una noche de infierno donde las jovencitas pululaban a la caza de maridos y madres viles que venderían a las hijas al mejor postor.

Su heterocromía, sumada a la oscura historia de los asesinatos, dejaba a Beaufort fuera de la lista. De plano. Pero no se fiaba. Existían mujeres pérfidas que bajarían los estándares por ver a sus hijas casadas, incluso con un presunto asesino. Y más si el susodicho tenía unas arcas a rebosar.

Había dos simples cosas en el mundo le que creaban alergias en la piel: la primera era la nata sin azúcar y la segunda, la vil aristocracia. El naciente cosquilleo de un sarpullido se instaló en el medio del pecho.

—¿No crees que fuiste demasiado severo con tu ayudante? —Tosió Armstrong a su lado.

Su «adorable» ayudante había hecho todo el recorrido sentada en un pequeño banquito, a la intemperie del coche. Era el escarmiento que se merecía por la triquiñuela de la camisa mal abotonada. No merecía la lástima de nadie, ni mucho menos de su mejor amigo, quien estaba pálido y con terribles ojeras.

—¿Otro ataque de asma, Freddy?

—Es este maldito clima. —Carraspeó y dio pequeños golpes en su pecho.

—No debiste salir de la cama. —Posó la mano en su hombro—. Prometo cruzar solo unas palabras con Derby y nos largamos.

—¿Y perderme el sufrimiento del gran duque de Beaufort por estar en un baile? —Puso cara de terror—. ¡Yo no salgo de aquí aunque me tengan que enterrar en el jardín de lady Georgette esta misma noche!

Az sonrió de manera secreta. Apreciaba tener al menos una cara conocida en esos salones.

—La última vez que tuve que asistir a una fiesta fue mucho antes de partir a la guerra. Y me retaron a duelo.

«Por tener los ojos del diablo».

—Si mis cansados ojos no me engañan, creo estar frente al mismísimo diablo de Beaufort.

Una mujer, vestida con tonalidades de morado intenso, se dirigió hacia ellos. Se acercó con parsimonia mientras sacaba unos anteojos que enganchó sobre la nariz. Se arrimó tanto que una de las plumas que se erguía encajada en su cabellera logró hacerle cosquillas en la nariz al duque.

—Me temo que el mismo, lady Georgette.

Una profunda reverencia posibilitó que lo detallara hasta la médula.

—Querido, eres el vivo retrato del cascarrabias de tu padre, que en paz descanse.

—No creo que al duque le hubiese gustado ser comparado conmigo en nada. —Un rictus severo apareció en su boca—. Se le levantarían ampollas en su tumba si la escuchase en este mismo instante.

—¡Oh, no! Pierde cuidado, querido, eres más apuesto que él. Mucho más. A pesar de la marca de nacimiento.

Enfatizó la última parte. No era un secreto para nadie que se refería a los ojos. Pero Beaufort estaba acostumbrado. Le gustaba la viuda: era franca y sin pelos en la lengua. Y conseguía minimizar su anomalía hasta el punto de considerar que, si fuese un par de años más joven, la haría su amante.

Tan condenadamente honesta como su recién adquirido «ayudante», que a diferencia de esta última, no sentía unos deseos irresistibles de estrangularla.

Y no entendía por qué.

Logró vislumbrarla escondida detrás de la espalda de Armstrong. Había tardado en llegar hasta ellos y mantenía la gorra encasquetada para ocultar unos ojos de gato irritado. Calculaba las mejores vías para desaparecer en un santiamén, pero, al mismo tiempo, se dejaba seducir por los imponentes candelabros del salón y las cuadrillas de baile.

—Lady Georgette, ¿el vizconde de Derby ha llegado al baile?

—Creo que he visto a una de sus hijas.

—Ya veo.

—¡Por favor, no me diga que ha venido a hablar de política con ese viejo! —La pluma se dobló en su cabeza, ofendida—. Después de tantos años rechazando mis invitaciones, esperaba que el motivo de su asistencia fuera la búsqueda final de una duquesa.

«Más bien de un asesino, lady Georgette».

Divisó la panza redonda de Derby a lo lejos. Con un ademán, lanzó la capa hasta hacerla aterrizar en la cara de Cat. Apretó el bastón con fuerza y le dirigió una última mirada a Armstrong; y casi sin abrir los labios, le ordenó:

—Vigílalo —indicó con un movimiento de la cabeza a Cat, quien libraba una batalla personal con la capa—. Tiende a escurrirse por arte de magia si lo pierdes de vista.

Freddy asintió.

—Perdóneme, lady Georgette, creo haber visto al vizconde en la salita de refrigerios. —Sonrió con picardía—. Le pediré una pieza de baile en cuanto haya cruzado palabra con él.

—¡Pero qué dices! Las etiquetas dictan que las anfitrionas nunca bailan en sus propios salones, incluso las viudas deben seguirlas.

—Odio las reglas, lady Georgette, y estoy seguro de que concuerda conmigo —se despidió con un guiño.

—¡Muchacho bribón!

La carcajada estridente de la viuda se ahogó entre los acordes del quinteto musical. Todavía sonreía cuando atrapó el brazo flácido de Derby y lo empujó sin tanta ceremonia hacia una esquina.

—¡Cómo se atreve…!

El vizconde se atragantó con la frase a medio terminar en cuanto reconoció los ojos.

—Pasemos de las presentaciones, ¿quiere?

—¿Lady Georgette sabe que usted está aquí?

—Ella misma me ha indicado el camino. —Una sonrisa gélida estiró los labios del duque—. Y no espere que lo trate con la misma condescendencia que recibe de mí en el parlamento.

—¡Muchacho orgulloso! Si usted desistiera de esa absurda idea de abolir la esclavitud en las colonias, no tendría un maldito asesino a sus espaldas —dijo Derby sin respiración; los cachetes fofos se tornaron de un color carmesí.

Lo comprendió de un tirón. ¡Ahora todo encajaba a la perfección! Querían asesinarlo para silenciar la propuesta que defendía en la Cámara de los Lores. No era un secreto que muchos de los nobles ingleses, allí presentes, tenían importantísimos ingresos en la exportación de algodón, azúcar y tabaco. Si abolían la esclavitud, todo se iría al traste. El asesino tenía que ser un noble después de todo. Incluso, podía estar ahora mismo en el salón.

—¿Y cómo sé que no es usted el asesino? Creo recordar que fue de los primeros en rechazar el proyecto.

—¡Porque no necesito ensuciarme las manos para matar a un duque! —exclamó indignado—. No soy tan tonto como para ir a prisión.

Beaufort lo soltó asqueado. Derby no tenía la inteligencia para cometer un homicidio. Tachó su nombre de la interminable lista.

—Aprecio la honestidad.

—Mas yo no la hipocresía.

—¿Disculpe?

Dejó que continuara.

—¿Cómo pretende convencer al parlamento de abolir la esclavitud cuando su excelencia, no mucho tiempo atrás, estaba en una subasta pujando por un esclavo blanco?

¡La chica! Se había esparcido el rumor. Y él la había puesto justo debajo de las narices de las aves de rapiña. En su afán de seguir recopilando más pistas, no había contado con un arma de doble filo.

La música se detuvo abruptamente y rezó porque fuese el entretiempo para ir a buscar unos bocadillos. Pero un presentimiento lo obligó a apartar la pesada cortina para obtener una mejor visión del salón.

En el centro, un conglomerado de mujeres y hombres cuchicheaban sin parar. No había señales de Armstrong o de su ayudante. Y temió lo peor.

—Pregúntele a Camille.

Se volteó al escuchar el nombre. Derby trataba de arreglarse la corbata torcida cuando carraspeó:

—Su querida amante tendrá más información.

Y con la misma, huyó del rincón como alma que llevaba al diablo. ¡Qué ironía!

¿Camille? ¿Cómo podría estar relacionada su examante con el asesino? No había tiempo para preguntas sin respuestas. Se dirigió con prisas hacia el centro del salón.

—Tienes que contarnos, Freddy, ¿sabe hablar nuestro idioma?

—¿Y por qué tiene ese horrible sombrero?

—¿Es cierto que el duque le rompió la pierna para que no escapase? ¿Por eso es cojo?

A medida que el duque se acercaba, las preguntas fueron apagándose hasta solo escucharse el golpe seco de una muchacha al desmayarse de terror. Con tedio, descubrió a la desfallecida con un ojo semiabierto observando el espectáculo, la madre abanicaba los rizos con lloriqueos incesantes. Debía desviar la atención que había generado el ayudante, y bien pronto. Alguien podría identificar que era una chica y corría el riesgo de enterrar lo que quedaba de su reputación.

—Mantengan las distancias, señoritas. El salvaje tiende a morder. —Extendió los brazos para ahuyentar al público—. Con solo una de sus mordidas puede causar la muerte e incluso la víctima tiende a sufrir secuelas de fealdad que les imposibilitará encontrar marido.

La amenaza de muerte no amedrentó a ninguna de las muchachas presentes, pero sugerir la posibilidad de no encontrar un marido hizo que corrieran despavoridas. A una distancia prudencial, se mantenían curiosas.

—Te dije que lo vigilaras, Armstrong, no que lo sacaras como un mono de feria para lucirlo.

—El chico es inquieto.

—Me importa muy poco…

El público jadeó al unísono cuando unos pequeños dientes se hincaron en el muslo del duque. El único objetivo había sido dejarle una marca. La sorpresa de verla propinándole una mordida, delante de todos, hizo que el incómodo dolor pasase a un segundo plano.

Nunca nadie se había atrevido a tanto. ¡Las personas le temían, por Dios! Y aquella fierecilla se había enfocado en querer arrancarle un trozo de pierna. Se limpió la boca con un puño y pronunció, en perfecto inglés, las fatídicas palabras:

—Ya ve, milord. Está condenado a no encontrar marido tampoco.

La advertencia lívida en las facciones de Beaufort fue justo lo que necesitó aquella mujer para echar a correr al máximo de lo que sus pies le permitían.

CAPÍTULO 12. El laberinto del Minotauro

«Perdida».

La palabra se colaba sin cesar en los pensamientos de Catalina.

La repetía una y otra vez. Otra vez más. En su mente la degustaba como el jugo ácido de un limón. El resplandor de la luna atravesó la hiedra dibujando formas amorfas sobre los adoquines musgosos y una brisa sacudió los altos cipreses que aislaban los pasadizos de un laberinto oculto.

Vueltas y más vueltas, regresaba siempre al mismo lugar.

Giró a la izquierda y descubrió otra senda para explorar. Después a la derecha y sonrió creyendo que había burlado el entramado jardín. Las piedrecillas en el suelo indicaron que ya había estado ahí. El laberinto había sido una protección momentánea para escapar de la ira del inglés. Sintió que las piernas temblaban dentro de las botas. La punta de la lengua palpó sus dientes, notándolos aún acalambrados.

Nunca había mordido a nadie en su corta vida.

Y en medio de aquella tranquilidad congelada, como el canto de las cigarras, apretó la boca en un puño y se echó a llorar.

Lloró mucho.

Tanto que la arboleda se estremecía sin reparos, mostrándole casi el mismo verdor de las ceibas que poblaban su tierra, allá donde había nacido y no podía regresar. Lloró porque no sabía hacer otra cosa y no quería hacer nada más. La carta para Martina quemaba escondida en la venda. Temió no terminarla jamás, destinada a permanecer inconclusa para siempre. Como ella.

Se ahogó en la propia frustración que nacía desde el cuello y explotaba sobre los labios hinchados. No era capaz de detenerse. Las lágrimas se deslizaban calientes hasta morir en la barbilla, quemándola sin proferir ruido alguno. Partes de ella se dividían por dentro. Tan real que, asustada, palpó la cintura y el pecho para cerciorar que seguía unidos en una sola pieza.

Lloró tanto que su cara ardió en un intento de impedir que más lágrimas salieran.

La oscuridad la engulló por completo.

Cayó de bruces aterrizando sobre las rodillas. Las facciones del inglés se habían recrudecido por su atrevimiento. Había logrado huir a duras penas.

Comprendió que, aun teniendo la posibilidad de escapar, no podía hacerlo. Dependía de la entera protección del duque y su palabra. Y ella lo había mordido. Y él la había dejado hacer. Era eso, precisamente ese pequeño detalle, lo que Catalina no lograba aceptar.

Unas ramas crujieron sin previo aviso. Se arrebujó entre los densos arbustos mientras el sonido de risas se interrumpía en besos fugaces.

—¿Alguien te ha visto salir?

—No, amor mío. Me beneficié del revuelo en el salón para reunirme contigo. —El susurro de la muselina se escuchó estrujada—. Si la mismísima reina hubiese entrado en el baile, apuesto mis dos mejores caballos que nadie la hubiese notado.

Las risas incrementaron a la par que los jadeos.

—¡Inconcebible que lady Georgette haya invitado al duque de Beaufort a estos bailes tan respetables, milord! —dijo una voz insultada.

Más besos.

—Y traer a un salvaje con él. ¡Imperdonable!

—Armstrong lo contenía a duras penas. El petimetre tiene la noche contada.

Retrocedió de inmediato y trastabilló. Las carcajadas estridentes que proferían los amantes ahogaron cualquier indicio que delatara su presencia. Caminaba de espaldas hasta que escuchó el murmullo del agua de una fuente. El silencio la abrazó de nuevo.

Otro ruido invadió la quietud de las tinieblas.

Una bandada de cuervos se alzó y sombras plateadas se reflejaron sobre los hombros de un desconocido que acechaba, inmóvil.

—Estoy perdido, milord —dijo borrando cualquier indicio de llanto—. No piense usted que me escondo.

Una risa siniestra hizo eco en el jardín mientras las antorchas de aceite absorbían con pasmosa lentitud los matices de su cara.

Armstrong era unos centímetros más bajo que Beaufort. Los rizos estirados se mostraban un poco opacos al aire libre. Vestía un conjunto de chaleco morado y pantalones del mismo color con ojos grises la acechaban desde la bruma.

—Este laberinto tiende a perder a todos, muchacho —expresó sin emoción—. ¿Conoces la leyenda del Minotauro?

Había crecido con las fábulas de la mitología griega, y el toro de Minos siempre había sido una de sus preferidas. Pero, por alguna extraña razón, decidió negar con la cabeza.

—Eso pensé. —Estiró las mangas de la camisa—. Todo empezó en un laberinto casi idéntico a este. Deambulaba un minotauro con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Todos se referían a él como un ser monstruoso que se alimentaba de carne humana.

Armstrong bordeó la fuente sin apartar la mirada sobre ella. Las pisadas, silenciosas, se hundían en la arena de color parduzco. Rozó con la punta de los dedos la superficie del agua, enviando pequeñas ondas que llegaron hasta ella. Cat caminó en dirección contraria.

—Al menos, eso dicen las lenguas —suspiró aburrido—. Pero a mí me gusta pensar que el minotauro era más que una bestia sin modales, casi un animal solitario. ¿No cree usted?

—No sabría decir con certeza, pero no es menos cierto, milord, que ustedes los ingleses son propensos a romantizarlo todo.

Una carcajada rompió el riachuelo.

—¿Por qué le ha mordido? —preguntó sin intrigas.

Le sostuvo la mirada queriendo ser franca con él.

—Dígame con honestidad —dijo sin pretensiones—, ¿no haría lo mismo si siente que lo han ofendido? Yo seré pobre, milord, pero me sobra dignidad.

—¡Y osadía!

—Añada paciencia también.

Otra ventisca agitó las ramas de los árboles, los rizos de Armstrong no quedaron afectados manteniéndose estoicos en el lugar. El queroseno se quemaba en las antorchas transportando a Armstrong a otro lugar, unos años atrás. La voz le salió con un dejo triste:

—El Minotauro fue un hombre incomprendido y con ansias de ser libre. Por desgracia, no logró adaptarse a las reglas de la sociedad —dijo sin emoción— por ser la viva imagen de la aberración.

—¿Y qué pasó, milord?

—Lo mataron.

Tragó en seco. La advertencia no pasó desapercibida. Ella también era una especie de minotauro.

—Solo soy un simple empleado, milord —afirmó con poca convicción —, más bien un esclavo.

—¿Y no somos todos eso? Esclavos de nuestros propios deseos, de querer ser aceptados por la misma sociedad que nos rechaza. Al final, somos todos iguales: con los mismos miedos, en diferentes caras.

Y de un salto, la atrapó. Sorprendida, pataleó y repartió codazos al aire.

—¡Déjeme! —Trató de liberarse sin éxito—. Yo no tengo cabeza de toro.

Armstrong pegó los labios a su oído:

—¿Y quién dijo que el monstruo es usted?

Dejó de moverse por un segundo.

—Le recomiendo que se abstenga en la lucha contra los duques que lo rescatan de muertes extremas —expresó frustrado—. Hay amenazas sobre usted más latentes que el propio Beaufort.

—Usted no entiende mi lugar.

—Su posición está muy clara, si me permite objetar: un techo donde pasar la noche, comida, ropas limpias que vestir y un trabajo donde le pagan exorbitadamente bien.

La soltó cansado.

—No sé de dónde ha salido, ni quién es usted. Solo ha hecho el ridículo con sus infantiles acciones y me ha puesto en evidencia delante de Beaufort. —Se restregó los ojos con pesar—. Usted ni siquiera sabe lo que ha generado, ¿verdad? Alguien va a tener que ceder. Y mucho me temo que será usted.

Cat tomó aire para replicar.

—Y antes de que me lo pregunte: él es un duque. No lo hará.

Si quería sobrevivir, debería adaptarse hasta que ya no fuese necesario depender de nadie más.

—Ánimo, muchacho, tampoco es que lo vaya a ahorcar en cuanto lo encuentre.

Borbotó una risa irónica. ¡Cuán cerca había estado de la verdad!

—El duque es como una bestia hambrienta, con fuerza indomable pero incapaz de hacerle daño. Lo prometo.

Guiñó el ojo con complicidad.

—¿Cómo puedo fiarme?

—Confiando en él.

Armstrong no se inmutó cuando vio a Beaufort.

—Tantos años descubriendo enaguas en este laberinto te han servido de algo, Freddy.

—¿Creías que eras el único que traía a la señorita Waterton a esta fuente, Az?

Una mirada cálida se le dibujó en el rostro a Armstrong y amenazó sobre el oído de Cat:

—No permitiré otro arrebato como el del salón. Basta de ridiculeces, ¿entiende? Le sugiero que ni siquiera lo intente.

Un leve rocío se asentó sobre los hombros de Beaufort. La penumbra de la noche hizo que el hombre fuese aún más intimidante. Mandó una orden silenciosa que puso a los dos en movimiento.

Catalina seguía las huellas que dejaba a su paso liderando el sendero con apariencia taciturna. Incluso para salir de allí necesitaba su ayuda.

Lo quisiese o no.

Por mucho que detestara admitirlo, la había salvado de pudrirse en un cuerpo para gusanos. Al comprarla, le había dado un trabajo y aceptado sus términos. Trató de no alejarse mucho. Era tiempo que bailara al mismo compás del Minotauro, no había vuelta atrás.

***

El recorrido de vuelta cayó en un silencio cómodo.

Las primeras horas del amanecer se colaban sobre la faz adormecida de su ayudante, quien a duras penas mantenía los párpados abiertos en el carruaje. El sueño logró vencerla cuando el cuerpo se restregó perezoso sobre los mullidos asientos.

Se había convertido en hábito trasladarse en el coche a los lugares. Y lo odiaba. Necesitaba la montura, y con rapidez.

Se peinó el cabello por enésima vez. La incertidumbre lo había carcomido al salir del laberinto, cuando una hora atrás había querido cerciorarse de que la arpía lo seguía obedientemente. Había ganado una batalla en cuanto vio la resignación brillar en sus ojos color ámbar y montar en el faetón con los hombros derrotados.

Sus facciones se suavizaron cuando entró en un sueño profundo. Los párpados pesaban sobre las mejillas, un poco infantiles. Se aparentaba casi indefensa.

Casi.

Se tocó la pierna mordida. Aquella chica constituía un peligro aún más latente que el propio asesino.

Se restregó los ojos con pesadumbre. La volvió a mirar. Los labios se entreabrieron y las manos formaron una almohada temporal. No se asustaba en su presencia con facilidad, incluso dormida parecía estar a gusto. Respondona, sin modales y con una actitud desafiante sin descanso. Ni el peor soldado en su escuadrón se había dignado a tanto. Con solo un vistazo a la cicatriz y a los ojos, las personas bajaban la cabeza como si al mirarlo los condenara para toda una eternidad.

Intrigado, se preguntaba si existía forma alguna de dejarla sin habla, cohibida y más dócil que una paloma confiada. Se hacía difícil concentrar las fuerzas en la búsqueda del asesino cuando aquella mujer no podía mantener los dientes dentro de su boca, literalmente. Si ella no cooperaba, Beaufort tenía no solo un problema entre manos, sino dos.

—¿Hemos llegado, su excelencia? —dijo somnolienta.

—No, duérmase.

Al cabo de un par de minutos, cuando creyó que se había dormido, la muchacha volvió a hablar.

—Solo un latigazo como reprimenda, su excelencia.

«¿Latigazos?» ¡Ni siquiera guardaba látigos en los establos!

—Tengo preparado algo mucho peor que mi fusta, descuide.

—He reflexionado, milord —bostezó con desasosiego—. Y creo que seré bueno a partir de mañana.

¡Puras patrañas! ¿Y por qué no empezaba desde ese momento? Esa bruja no conocía cómo comportarse. ¡Y por la divinidad que iba a aprender a hacerlo o renunciaría al ducado!

CAPÍTULO 13. El té se ha enfriado, milord

Un hollejo de mandarina se mantenía preso entre los labios carnosos de Camille Rousseau, la amante regular del duque de Beaufort. Una mujer con el pescuezo más níveo que Cat había visto en toda su vida. Ni siquiera la belleza de Martina era un comparativo con la delicada figura que untaba mantequilla a un panecillo con suspiros. El impecable cabello se estiraba desde la coronilla y la cola de un mono capuchino se enroscaba en su garganta marcando territorio. El animal exótico jugaba con los tirabuzones rojizos que se escapaban rebeldes de la nuca.

Pero para Catalina no existía peor castigo que estar de pie en una salita viendo a dos ingleses hacer uso de la hora del té. El monito de cara blanca era el único entretenimiento de la tarde. La salita en Primrose Hill estaba decorada con toques femeninos, pero era muy pequeña. Se encontraba arrinconada en una esquina mientras el corpulento duque crujía la silla donde estaba sentado.

La anfitriona sujetaba la taza con una mano en forma de pinza, como las tenazas de un cangrejo boxeador. En la otra, sostenía un platito que fácilmente podía descansar sobre los dos pechos sin temor a romperse. Los pezones agujerearon el fino camisón color borgoña e imitaban cada movimiento del duque, con vida propia. El hollejito desapareció en su boca por arte de magia.

—¿Algo malo con el té, *mon loulou*[5]?

Beaufort vaciló frente a la taza. No había tomado ni un sorbo arriesgándose a que la infusión terminase fría sobre la mesita coqueta. Para un verdadero inglés era un sacrilegio si permitía tal atrocidad.

—Quizás a mi ayudante le apetezca una taza de té también.

Cat se tensó al ser incluida en la conversación.

—Gracias, milord, pero prefiero el café.

—*¿Le café, mon petit*[6]*?* —Un sorbito ruidoso salió de los labios de la mujer—. ¿Y por qué será?

Cat quiso cruzar una mirada con el duque, pero este le daba la espalda.

—*Madame,* los españoles preferimos algo más fuerte —y remató—, solo las señoritas que sufren de cólicos toman té, una vez al mes.

Beaufort escupió el líquido ambarino sobre la camisola de la francesa. La mascota, un poco estresada, le arrebató la cucharita del azúcar y amenazó al inglés desde el hombro de la dueña. Cat tomó una servilleta para secar la parte delantera, aunque pensándolo bien, necesitaría dos manteles inmensos para cubrir toda la sección.

—Cat, déjanos, por favor.

—Pero…

—Ahora.

Se mordió la lengua y ejecutó una inclinación tensa. Con un portazo, olvidó los chillidos del monito.

***

—Al parecer, tu *valet*[7] sabe mucho de mujeres, milord. —Se deshizo de la camisola con ademán desesperado.

—Muy poco, Camille, te lo aseguro.

La sonrisa del duque murió al ser reemplazada por un deseo de morderle los senos expuestos. Brillaban como porcelana blanca, pulida con empeño, de esa que los sirvientes bruñen con movimientos rítmicos cuando nadie los observa. Hacia arriba y hacia abajo.

—¿Sabes a qué he venido, Camille?

—*Oui*[8], milord, a comprobar si tu té ha sido envenenado.

Se mordió las uñas sin reparos mientras lo miraba por el rabillo del ojo.

—Precisamente. No puedes juzgarme por ser precavido.

La francesa se apoyó contra la ventana. El día soleado hizo que el pubis le llameara anaranjado. Reclamó la atención del hombre, quien se encontraba estirando las piernas para liberar la presión.

—En otros tiempos, milord, no podía ni hablar con solo contemplar mi cuerpo desnudo —suspiró dramáticamente—. Supongo que su excelencia se ha cansado ya de mí.

Las cucharitas doradas tintinearon en las tazas cuando se levantó y la apresó por la nuca. Hundió la yema de los dedos en su cabello. Tenía planeado montarla sin miramientos, pero antes necesitaba saber qué ocultaba. Camille quería voltearse para recibirlo, pero la obligó a aplastar los pechos contra el cristal y ensanchó sus piernas al máximo. Nunca había sido un hombre tierno, ni de caricias suaves. El sonido del cinturón al deslizarse sobre las caderas hizo a Camille sonreír entre jadeos.

La punta roma del pene frotó los labios húmedos. Hacía un par de semanas que no estaba con una mujer y tomó un par de segundos para empaparse con su excitación. Deslizó el miembro hacia adelante, frotándose contra los pliegues hinchados; la punta besó el frío cristal de la ventana. Se retiró de vuelta y separó una rodilla para tener más acceso entre sus piernas.

Las nalgas bambolearon sobre las duras caderas de Az y repitió el movimiento una vez más, con tortura aplastante.

—*Mon petit chou*, ¿qué hacías en Whitechapel varios días atrás?

La espalda de la francesa se puso rígida por la pregunta.

—Visitaba a mi única hermana, milord, la tonta no quiere venir a vivir conmigo por más que le ruegue.

—No sé, algo me dice que hay más. —Acarició las nalgas y metió el pulgar en el nacimiento de ellas—. Lord Derby me ha sugerido que tienes información sobre el asesino que quizás me pueda interesar.

—¡*Mon Dieu*[9], milord!

—Empieza a hablar.

Se acercó al calor que emitían los muslos, la carne resbalaba entre sus manos. Podía estar todo el día así si quisiera.

—El apellido Beaufort tiene los días contados, *mon loulou*. Si no encuentras a alguien culpable por los asesinatos, pretenden llevarte ante la reina —jadeó con esfuerzo.

Los hombros se tensaron. Era de los favoritos de la soberana, por un tiempo corto lo había acogido en su cama. Carlotta confiaba en él a pesar de sus excentricidades. Pero se fiaba, ¿verdad?

—¿Quiénes, Camille? —Se adentró tramo por tramo.

—Tu gente, milord.

—Nombres, Camille. —Se retiró por completo—. Me conformaré con uno.

Las palmas de la mujer empañaron el cristal. Sus piernas empezaron a temblar por la posición vulnerable.

—No puedo revelar nombres. Le debo lealtad a mis amantes —se quejó con voz sedienta.

Camille solo aceptaría a otro benefactor aparte de él.

Y existía una sola persona con la que compartía todo, incluso sus mujeres. Soltó las piernas sin ceremonia. El pene seguía enhiesto,

juzgándola acusadoramente. Cayó de bruces sobre la silla y el peludo animal, asustado, se escapó por la puerta chillando.

Camille advirtió el moretón de una mordida y unos terribles celos se apoderaron de ella. El duque había perdido el interés en ella. Se arrodilló extendiendo el cuerpo laxo entre las rodillas de Beaufort y lo obligó a apoyarse sobre el respaldo. Los labios lo abarcaron en una larga sacudida.

***

Era una cosa seria irrumpir sin anunciar su presencia.

Era una mala costumbre, de verdad. ¡Y qué mala!

Una se arriesgaba a encontrar a un hombre con el pantalón desenrollado sobre las pantorrillas, con la expresión torturada y mordiéndose el protuberante labio inferior con fuerza.

Había atrapado al mono con astucia, y merecía el reconocimiento de una heroína para resarcirse por lo ocurrido en la salita. Solo se había ausentado diez minutos.

«¡Diez minutos, nada más!».

La luz de la tarde golpeó la mandíbula de Beaufort revelando la sombra de su barba incipiente y los rizos que le caían desenfadados sobre la camisa abierta. La típica superioridad que lo acompañaba se había reducido a un deseo descarnado y frágil, mientras la francesa, doblegada, lo tomaba por completo dentro de su boca.

El fruncimiento del ceño culminó el martirio de un placer agónico.

Y, por primera vez, Cat no supo cómo reaccionar.

Se convenció de que no importaba tanto verlo así, pero algo pequeño se había derrumbado por dentro.

La mujer lo succionaba como había hecho con aquel hollejo de mandarina. El roce de la carne con los labios rosados era el único sonido en el saloncito. En medio del letargo, el babuino había logrado escalar por el sombrero de Cat saltando de un tirón para robar un trozo de galleta.

Beaufort abrió los párpados para inmovilizarla. E, inesperadamente, sonrió.

Una de las manos ciñó el cabello de Camille para empujarla a la profundidad de sus caderas iniciando así un decadente vaivén hacia delante y atrás. Separó las rodillas un poco más. Su mirada tormentosa la retó a que huyera asqueada. Pero Catalina había olvidado que tenía piernas.

Los labios de Beaufort se entreabrieron en una súplica silenciosa y el cuerpo se le arqueó de forma hermosa. Terminó por explotar dentro de la boca de la francesa.

—*Mon petit chou*, tenemos compañía —jadeó con indiferencia.

Camille apartó su peinado arruinado mientras un brillo delataba sus ojos. Tenía las mejillas tan sonrosadas como si hubiese trotado por todo Londres sin una sombrilla. La ojeó divertida al verla como una estatua frente a ellos.

—*Oui, mon loulou.* —Sonrió de manera pícara.

El duque le murmuró unas palabras al oído y Camille asintió tapándose los labios con una mano. Se levantó seductoramente y fue hasta ella. Catalina, recelosa, quiso apartarse de inmediato.

—*Calmez-vous,*[10] *mon petit* —dijo mientras se acercaba con lentitud. Posó una mano sobre su rostro y sentenció bajito—: No te va a doler.

—¿Qué no me dolerá?

—El castigo de milord. Para ti.

Y sin preámbulos, la besó. Al principio fue una unión casta de dos pares de labios. Después la obligó a separarlos. Y Cat sintió que estaba besando otra boca. Un sabor especiado se asentó sobre la lengua e inundó sus sentidos con el olor a almizcle del inglés.

Camille cortó el beso con brusquedad. Miró a Beaufort quien atento, solo tenía ojos para el ayudante.

—Toda la razón, *mon loulou*. Muy poca experiencia tiene, diría yo.

CAPÍTULO 14. Los pajes aprenden a confiar

Tomó un sorbo de la infusión. Anochecía cuando el reloj daba seis campanadas con exactitud. El lugar se llenó de un silencio cómodo. Una servilleta blanca descansaba sobre su regazo y lamió los labios para empaparse del calor del té que emanaba de ellos. La cutícula de las uñas se curaba a pasos lentos, cerrando las heridas que había ocasionado el jabón de aceite. Depositó la tacita sobre el plato para levantar las costras que se habían formado en los pellejos blandos. Las quitó, una a una, con pasmosa calma, invitando al dolor de la sangre que brotaba espesa.

No existía cotilleo en Londres que no incluyera al extraño sirviente de Beaufort. Lo tildaban de adquisición exótica y audaz que el duque había comprado en una subasta, merecedor de habladurías después del fatídico baile que había dado lady Georgette.

Y eso no le gustó.

Ahora que sabía que el ayudante, en verdad, era una chica.

La odiaba pero al mismo tiempo le gustaba. Era…, ¿cómo diría? Ah, diferente. No era atractiva y ni, por asomo, de buen ver. Pero le afloraba una cautivadora fiereza en los ojos. ¡No sabía cómo nadie podía ver a través de ella y mucho menos, el duque!

La astuta cuidaba de no tener ningún mechón de cabello a la vista y andaba de manera graciosa, como pensaba que caminaban los hombres. Carraspeaba sin descanso con voz ronca y tenía respuesta para casi todo, entreteniendo a Beaufort hasta lo indecible.

¡Era el colmo!

La atención del duque era suya y de nadie más.

Chupó la sangre con desenfreno. La lengua entró en contacto con la piel en carne viva, sintiendo arder las llagas nuevas. El té se entremezcló con el sabor metálico. Quizás era tiempo para un nuevo cotilleo sobre el asesino en Londres.

***

El vapor de la plancha enrojecía las mejillas de Catalina, quien evitaba quemarse la punta de los dedos. Alisaba los pliegues de la ropa interior y

por el rabillo del ojo examinaba la gran cama con dosel que enmarcaba cuatro postes gruesos que tocaban el techo.

Todo en aquel lugar era inmenso y la cama, una fortaleza impenetrable.

Incluyendo al dueño, que yacía dormido con un brazo sobre la cabeza. La sábana se deslizó peligrosamente hasta el borde de sus caderas.

Dormía desnudo.

Se removió, inconsciente, en el sueño y ella volvió a centrarse en la tarea entre manos. ¿Quién dormía en cueros? ¿No sabía que se convertía en una presa indefensa y que podía ser atacado con facilidad? Por ejemplo, por alguien como ella con una plancha ardiendo. Debía estar preparado y, de preferencia, ¡vestido! O medio.

Recordó cuando irrumpió en la salita encontrando a la francesa «dos pechos, tengo un mono con rabia» entre las caderas de Beaufort. Catalina había prometido comportarse desde que había salido del laberinto. Juró ser el perfecto ayudante para no levantar sospechas. Sería la única manera con la que obtendría lo que quería.

Lo sabía.

Martina a su lado, los hijos de ella y, si tenía buenos genes como *yaya*, vería hasta los nietos crecer. Solo si acataba las reglas del inglés. ¿Qué tan difícil podía ser?

Entonces ¿por qué no había mantenido la calma, en vez de atravesar la salita como un torbellino? Tenía grabada a fuego las múltiples expresiones que habían pasado por Beaufort mientras él llegaba al clímax. La había mirado y sonreído.

¡A ella!

Con una de esas sonrisas que guardaban un arma en su contra.

El olor a tela chamuscada se impregnó en su nariz de repente. Quitó el hierro fundido de un tirón, aunque demasiado tarde: una marca negra se dibujaba en el centro de los pantalones cortos. Los sacudió en vano.

Había visto hombres desnudos en Salobreña. Durante la temporada veraniega, montones de marineros encallaban en las tibias aguas para un chapuzón al atardecer.

Hombres en pelotas. Sí, señor.

Pero ninguno atormentado por la boca de una mujer. Apretó los muslos en un reflejo inconsciente.

—¿Qué hace aquí? —La voz surgió entre el amasijo de sábanas arrugadas.

—Terminando los deberes, su excelencia. —O al menos eso intentaba; ocultó en vano el pedazo de ropa quemada.

—No, Cat. —El pelo se sublevó—. ¿Cómo terminó usted «aquí»?

—Usted me compró, ¿recuerda? —Dobló la ropa con cuidado, como si al hacerlo comprara más tiempo.

—Antes. Mucho antes.

—¿Antes?

El duque asintió. Se atrevió a mirar los ojos somnolientos mientras su cuerpo se desperezaba por segundos. Aprovechó para contestar rápido, con la esperanza de que perdiera el interés sobre ella.

—Zarpé en un barco con rumbo al Caribe.

—¿Fortuna?

¡Si solo hubiese sido eso! Más bien había buscado la libertad.

—Sí, dinero, eso.

—¿Tiene una hermana dice usted?

—Sí, milord. La mujer más bella de la villa.

—Ya veo. —Se restregó los ojos con insistencia. Creía que mentía—. ¿Y su pierna derecha?

—¿Qué con ella, inglés? —respondió a la defensiva.

El inglés la miró, retándola.

—¿Por qué está dañada?

—No lo está, milord. Mire bien. —Caminó hasta tocar el borde de la cama—. Quizá sea el resto de mi cuerpo lo que no encaja con este pie. —Tocó el muslo inconscientemente—. Yo nací así, no siento dolor y no hay nada malo en ella.

Alzó el mentón con desafío, preparada para cualquier comentario que pudiese surgir. Los puños se cerraron en la cintura, dispuesta a contraatacar si fuese necesario. No sería el objeto de lástima de un inglés. Aguantaba bien el enojo, incluso la indiferencia, pero no podría luchar contra la pena de un inglés.

Beaufort se levantó con quietud peligrosa, la disparidad en estaturas se incrementaba por tramos. Catalina juró no despegar los ojos de… su mandíbula. Se prometió que pararía la vista a la altura del cuello.

Y ya.

Evitó parpadear, pues si lo hacía, corría el riesgo de que la atención se desviara en otra dirección. Más al sur, con grandes probabilidades.

—¿Tiene padre?

—Todos tenemos uno, milord.

—No soy un admirador de respuestas vagas. —Bostezó—. ¿Son los españoles también esquivos?

«Esta, sí, amigo».

—No todos, milord.

—¿Le gusta el ron?

¿A qué venían todas esas preguntas?

—Solo si debo ganar una apuesta.

—¿Edad?

—La suficiente para no revelarla.

—¿Y con cuántas mujeres ha estado?

—Con ninguna.

«¡Error!». Enfurruñó la nariz, odiando la cara de victoria del inglés. Otro desliz como aquel podía desenmascararla.

—¿Y cómo un mozo tan vigoroso como usted no ha probado a una chica aún? —Le arrancó las calcetas escondidas en su puño.

«Sí. ¿Quién se creería eso?».

—Recuerde, su excelencia, que soy un fraile retirado. Espero escoger la cabra adecuada para comenzar la cría de mi rebaño.

Beaufort coló un pie en una abertura del *short* y después le secundó el otro. Se le dificultó no reír con las comparaciones que siempre le lanzaba. Quería descifrar cuándo mentía y en qué ocasiones decía la verdad.

—Imagino que se refiere a desposar una doncella.

—Sí, milord.

Catalina se enfocó en el torso y justo más abajo, la mancha ennegrecida en el centro de la entrepierna.

—Parecía más que dispuesto a desposar a mi amante ayer.

—Lady Camille tiene «atributos», no lo niego, pero no es propio de un hombre cortejar a la pretendiente de otro caballero. —Rememoró el beso en su mente—. Sobre todo, si el caballero ama a la dama en cuestión.

—La buena fortuna te ha sonreído.

—¿Por qué, milord?

—Porque yo nunca he amado a nadie. —Divisó el manchón a través del espejo. Apretó los labios e intentó relajar el entrecejo—. Ahora me va a decir sin preámbulos, cómo no está en España buscando esposa y cantando odas sobre la belleza de su hermana.

Cat recordó las palabras de Armstrong en el laberinto.

Beaufort era un aliado, no un enemigo mortal contra el cual tenía que luchar. Y aun así, lo hacía. Seguía luchando contra algo que se escapaba de sus manos y que no lograba descifrar. Luchar contra lo nuevo estaba bien, no daba miedo.

—Soy un fugitivo, milord.

El duque salpicó agua en la palangana. En apariencia, no resultaba muy interesado con la confesión.

—Ya veo. —Se humedeció el cuello—. ¿A quién asesinó?

Le preguntó como si hablara del clima.

—Inglés, con todos mis respetos, ni siquiera sé darle un palo a una gallina.

Ofendida, las mejillas se tornaron de un intenso rojo carmesí. Por alguna extraña razón quería que pensara bien de ella.

—Mi hermana y yo pertenecíamos a una conspiración que se gestaba en contra del rey Fernando —dijo con voz queda. Todavía le dolía haber dejado a Martina atrás—. Nos descubrieron y confesé para protegerla.

—¿Por qué será que nada de lo que me cuenta me resulta sorprendente?

—Milord, solo la verdad le digo.

—Oh, déjeme explicar: le creo. —Secó su mandíbula, distraído—. Al parecer, siente cierta atracción por inmiscuirse en problemas que no llevan su nombre.

—Solo alguien que no sabe lo que es luchar por la libertad puede hablar a la ligera.

Los ojos de Beaufort se convirtieron en dos piedritas sin vida. Sus facciones se recrudecieron tanto que los recuerdos de la guerra desfilaron frente a él con puñaladas certeras.

—Moriría por saber por qué tiene una opinión tan superficial de mí —pronunció sin despegar los labios lívidos.

Cat no quería señalar lo evidente, pero…

—Limpia sus botas con champán espumoso, órdenes directas del duque de Beaufort.

Enfatizó el título con exageración.

—¡Ah, es la nobleza lo que le desagrada de mí!

—No me desagrada, milord. La aborrezco. Los sirvientes solo somos parte de su conveniencia egoísta.

Beaufort no pudo rebatirla. No cuando era la carnada para atrapar al asesino.

—Podría decir que está tomando provecho de igual manera. No olvide que se irá con las manos llenas. Todos salimos ganando.

Cepilló la chaqueta con fuerza. Los labios formaron una línea recta.

—Y su hermana, ¿se encuentra a salvo?

—Martina está bien. Es la hija legítima de don Enrique, un terrateniente español con poderes.

Si la hermana era hija de un noble y estaba protegida, ¿por qué Cat no había corrido con la misma suerte?

—Soy bastardo, milord —dijo a secas—. De la misma casta, pero diferente madre.

—Comprendo.

***

En verdad, no comprendía nada.

Para ser sincero, lo único que sabía con total certeza era que la muchacha había sido rechazada por una aristocracia no tan diferente a la de Inglaterra. Estaba seguro de que compartían más de lo que había querido aceptar desde un principio. Los hombros de ella se adivinaron tensos bajo la camisa ancha, ocultando una cintura estrecha y un culo respingón que se movía a la par del cepillo en un movimiento hipnótico.

Beaufort peinó las cejas con la yema de sus dedos. Manía que había sobrevivido su infancia cuando se esforzaba en obtener la atención de su padre.

Y eso solo podía significar una cosa: quería conocer más sobre ella.

El duque prefería mil veces verla reaccionaria que vislumbrar su lado vulnerable. Con la rebeldía podía lidiar con facilidad. Pero si corría el riesgo de que la española se colase en sus pensamientos más recónditos, podría sumar otro aprieto a la lista.

Y ese, precisamente ese, era el más peligroso de todos.

CAPÍTULO 15. Se reparten verdades como puños

Armstrong escupió la sangre del labio partido. La limpió con el dorso de la manga fina mientras la espalda de Beaufort permanecía inamovible desde la otra esquina. Ni siquiera jadeaba. Tan apacible que resultaba tedioso. Solo el constante apretón que aplicaba sobre sus nudillos desmentía su estado de agitación. Contraatacó con el puño, pero Az lo esquivó una vez más.

—Sigues siendo el mismo rastrero desde la primera práctica de boxeo, Freddy. —Una risa infantil borbotó sin previo aviso.

Manchas de sangre vieja pintaban un cuadro abstracto sobre el cuadrilátero. La falta de aire lo atacó, traidora, en ese momento.

—Y tú, el mismo perro viejo con reflejos de punta.

—Conozco todas tus estrategias. —Apretó la venda sobre las manos—. Por ejemplo, que te llevas a la cama a mi amante preferida.

—¿La viuda Cherrington?

—No. Esa mujer parlotea demasiado.

—Ah, ¿lady Davignon?

—Pensé que había contraído nupcias. ¿No estaba a punto de heredar la fortuna de ese viejo conde de Waterford?

—Se casó, pero sus necesidades no han cambiado. Me ha confesado que extraña los días de…

—No, Freddy. —Se abalanzó al estómago en un ataque sorpresa, cayendo los dos sobre la acolchada lona—. No hablo de lady Davignon tampoco.

—¡Qué pena! Guardaba la esperanza de otro *ménage à trois*[11] con nosotros.

Armstrong intentó zafarse de su peso, pero sin éxito.

—Rousseau, Frederick. Hablo de Rousseau.

Dejó de moverse por un instante y las miradas se cruzaron.

—¿Camille?

—No hay muchas mujeres francesas con un mono de mascota, amigo mío.

—Te sorprenderías.

—Lo que es admirable es tu necesidad de compartir todas mis cosas.

—Mujeres, Beaufort. No cosas —le soltó una reprimenda—. Además, hemos compartido todo desde pequeños. ¿No es cierto?

El duque suspiró cansado.

—No sé qué más quieres, Freddy.

—Simple. —Escupió la sangre que se amontonaba en la garganta—. Quiero tu atención.

***

Las manos de Beaufort quedaron congeladas. Se obligó a romper la mirada de Armstrong mientras los caballeros se aglomeraban, apiñados, incitando la lucha entre ellos.

Buscó, en el gentío, un par de ojos que estuviesen alerta.

¡Ah, allá estaba!

Sus ojos lo veían mudos desde el banco, con una expresión pétrea. Las piernas de ella no lograban tocar piso y se balanceaban impacientes. Expectante a cada movimiento. Su apariencia daba ganas de echarse a reír mientras procesaba los torsos de los hombres semidesnudos que combatían en otros cuadriláteros. Se arrepintió de haberla llevado, el lugar estaba lleno de hombres eufóricos.

Después de la conversación que habían sostenido en sus aposentos, Cat estaba taciturna. Como si un gato le hubiese comido la lengua a otro gato.

Lo observó como si fuese un espécimen raro.

Había descubierto que, para dejarla sin habla, solo tenía que demostrarle lo que mejor sabía hacer, y eso era sexo.

—Freddy, ya hemos hablado de esto. —Lo liberó con fastidio—. El beso no significó nada.

—Pero no lo rechazaste aquella noche. —Arremetió con fuerza, empujándolo desde atrás.

—¡Íbamos a morir al día siguiente en la batalla! —Beaufort le agarró los brazos, dejándolo impotente—. Eres mi hermano y sé cómo te sentías respecto a mí.

—¡Bah! Guárdate las palabras, que apestan a lástima.

—A guerra, Fred. A guerra y nada más.

Fue el turno de Armstrong de desviar la mirada. Se apartó de un tirón, dolido. Necesitó varias vueltas para serenarse metiendo la camisa por dentro de los pantalones. Se estiró el cabello con gracia y respiró

profundamente. El labio había dejado de sangrar y los ojos, inyectados en celos, velaban el orgullo herido.

—Es evidente que tu cabeza está en otro lugar —dijo burlón cuando las miradas coincidieron en la misma dirección—. ¡Y no me digas que no le has cogido cariño!

Fuertes campanadas se elevaron en otro *ring*. Había un ganador. El boxeo era un deporte que había tomado auge entre la clase media y corrían apuestas. En raras ocasiones se presenciaba un combate entre nobles de alta cuna.

¡No tenía excusa! Armstrong y él eran hombres atípicos que sacudían las tensiones de vez en cuando. Además, era divertido ver cómo su amigo se esforzaba por anotar un tanto. No importaba si había sido un golpe limpio o sucio.

Para Freddy, no había diferencia.

—Rousseau. ¿Qué sabe sobre mi asesino?

—¿Y qué debo saber yo? —Proyectó los puños en una estrategia defensora.

—Te luce muy mal pasar por idiota, amigo. Te mencionó.

—Nunca le hagas caso a una mujer en el clímax: todas tienden a mentir.

Un derechazo se imprimió en la mandíbula de Armstrong plasmando su rostro contra el piso.

—Basta.

Logró enfocar las botas de Beaufort. No había visto aquel pulso levantarse en su dirección.

—Derby. Derby la corteja.

Sintió cómo Beaufort lo ayudaba a incorporarse.

—¿Y a qué viene esto?

—El viejo cascarrabias mantiene deudas con varios acreedores y las importaciones en Jamaica es lo único que le queda. —Esquivó un derechazo que iba dirigido a la oreja—. Al parecer, está dispuesto a impedir que tus radicales ideas lleguen a oídos dispuestos a un cambio.

—Añade otros veinte nobles de la cámara que lo apoyan.

—Sí. Pero Derby pierde más. Todas sus inversiones zarparon en el último barco y, con este, la esperanza de que Camille acepte su mano si se esparce el rumor de que ha quebrado.

—Permíteme dudar de la veracidad de tus palabras.

—Créeme, solo digo la verdad.

Otro puño voló.

—¿Y por qué no supe de esta información antes?

Armstrong señaló con un movimiento de hombros a Cat.

—Has estado ocupado con tu ayudante.

El duque peinó el banco por segunda vez. Armstrong aprovechó para asestar un golpe con determinación. Algo crujió en la mejilla derecha de Beaufort.

—¡Detén los absurdos celos! La española no me interesa en ese aspecto. —Se acarició la mandíbula con exasperación.

La boca se le acalambró de un tirón.

Rezó que pasase desapercibido el desliz que había cometido. ¡Pero no tuvo suerte! La sorpresa se dibujó en el rostro de nacientes moretones pintando el ojo izquierdo y parte de la mandíbula de un color azulado.

Sin mucha parsimonia, se sacudió el pantalón y prorrumpió en carcajadas.

Su labio empezó a sangrar de nuevo. Lágrimas de risas le sofocaron las mejillas que, de tanto reír, se dobló en dos.

—Querido amigo, ya lo sospechaba. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la manga—. Me preguntaba si tú también lo sabías.

—Desde el principio —suspiró con pesar acarreando una maldición.

—Ah, pues es hora de que juguemos un poco. —Sonrió con cara de granuja. Tensó los cordones que delimitaban la lona y saltó de un brinco.

—Freddy… —La voz suave de Beaufort resultó inamovible desde el *ring*—. No puedo imaginar que desees llevártela a la cama. Al menos, no por ahora.

Beaufort imaginó que tampoco en un futuro más cercano.

Pero no lo dijo.

Era intolerable que Armstrong, quien podía tener a quien quisiera, se enfocase en una extranjera tan pequeña y problemática. Pero olvidaba un pequeño detalle: Armstrong tendía a dominar cualquier cosa que ocupase los pensamientos y la atención del duque.

Los ojos de Freddy brillaron divertidos, como cuando se ha gastado una broma y no quieres parar de reír. Se enfrentó de vuelta a su contrincante.

Un tic nervioso se distinguió en la mandíbula de Beaufort, quien contuvo las ganas de saltar y frenar los pies de Armstrong.

—Apuestas demasiado seguro, Az. Señal de que has envejecido. —Siguió caminando hacia el banco.

—Entonces déjame decirte esto. —Armstrong se detuvo como un adolescente nervioso con miedo a las últimas palabras de un hermano mayor—. *Ella* no sabe que nosotros sabemos.

***

Armstrong la miraba. A lo lejos, la chica trataba de descifrar lo que decían entre ellos. Miró a su amigo, estoico, pretendiendo que no le importaba lo que él hiciese al final.

¡Bah!, ¿a quién quería engañar?

Aquella muchacha había cautivado el interés del frío duque de Beaufort. Desconocía hasta dónde, pero allí estaba. Latente en los puños apretados, en las piernas abiertas a la defensiva. Intentando calmar la respiración.

—¿Insinúas que te dejaste morder por una chica en pleno salón de baile?

—No es una chica. Es *mi* ayudante.

Y Armstrong lo supo.

Aunque Beaufort lo ignoraba por completo.

Suspiró y volvió al *ring*. Se ajustaron las vendas en los puños, los nudillos empezaban a lacerarse. Estaban preparados para una última ronda. Armstrong suspiró y, derrotado, le dijo:

—Creo que necesito otro trago de ese coñac viejo que ocultas en tu oficina.

CAPÍTULO 16. Las zanahorias sospechosas se enamoran

Observó, hechizada, la lluvia de puños que intercambiaban los duques. Los huesos de las mandíbulas producían ruidos secos y llenaban el recinto con estridentes carcajadas. Se cobraban un tanto en las costillas del otro. Como si el dolor fuese efímero. Un juego de niños con miradas hambrientas, halcones queriendo neutralizar a la presa. ¡Y, además, disfrutaban de cada buche de saliva mezclada con sangre! La espalda de Beaufort brilló perlada al recibir un golpe justo en el centro del estómago.

El público se levantó de los asientos con grandes vítores.

Catalina tapó sus ojos para no mirar. Definitivamente, Beaufort no era el favorito en la pelea, pero de los dos púgiles, era el de movimientos más gráciles y el vencedor.

Lo supo.

Extendía la lucha para sostener palabras con Armstrong. Espió por entre los dedos estudiando el fruncido entrecejo que se tallaba sus facciones.

Armstrong cruzó la mirada con ella. Los instintos la forzaron a reaccionar, pero el hombre se concentró de nuevo en terminar la pelea. El duque accionó los brazos como escudo para protegerse, pero en un terrible segundo la miró.

Otro error.

Fue empujada por desconocidos que ondeaban billetes al aire y apostaban por Armstrong.

—¡Toda mi apuesta para él, incluso aunque pierda! —Escupió con desagrado un hombre de cachetes rojos—. Beaufort no obtendrá ni un penique de mi bolsillo.

—Si su difunto padre lo repudió, ¿crees que le importan tus bolsillos flacos, Dovetail? —respondió otra voz secundada por sonoras carcajadas. Catalina agudizó los oídos para escuchar la acalorada conversación.

—¡Y tanto! Envió al bastardo con apenas 18 años a combatir. Dicen que el corazón se le convirtió en piedra. ¡El gran almirante de Trafalgar! ¡Bah! —gritó con sarcasmo—. Luchó como un diablo en cada batalla para morir en una de ellas con la intención de nunca más regresar a Londres.

La pelea cobró auge robando la atención de Catalina. En una secuencia que pausaron los segundos aplastantes, el inglés reclamó su mirada. Las cicatrices de balas que recorrían la espalda absorbieron el aliento entrecortado de ella.

¿Había sufrido mucho? ¿Lo seguía haciendo? Los ojos del hombre, ocultos en un velo, desplegaron la soledad cómplice que, a veces, también ella abrazaba. Estaba solo, incluso más que ella.

Las heridas cobraron un significado oculto en el centro de su propio cuerpo. Y mientras el mundo a su alrededor se convertía en un mar bravío que rompía contra peñascos, una caricia muda lamió el filo lacerante de las caderas que se empapaban en sudor.

Dejó de ignorar la excitación que le producía verlo. Excitación cruda. Hambrienta por alimentarse de un sentimiento que no se atrevía a murmurar. Pero ahí estaba. Apretándole la cintura con un acuciante dolor en el fondo del estómago.

—La reina lo obligó a volver y heredó el título del viejo duque. Desde entonces, nos sigue atormentando con un escándalo tras otro.

—¡Ni hablar de las ideas locas que ha divulgado en la Cámara de Lores!

—Otro abolicionista más con ganas de cerrar el comercio de esclavos. Un duque idealista, diría yo.

El lamento simultáneo corrió dentro del gentío expectante. Los luchadores estrecharon las manos, y siguieron con un fuerte abrazo.

Beaufort había ganado. Como lo había predicho.

Pero nadie celebraba la victoria.

Bajó de la tarima recogiendo la camisa con esfuerzo. Nadie había movido un dedo para ayudarlo. En cambio, Armstrong recibía pequeñas palmaditas de consuelo en la espalda. La muchedumbre despejó el camino que conducía a Beaufort hasta ella.

Y el corazón la importunó con latidos erráticos que no pudo controlar. O quizás no quiso. Se ajustó la camisa y acomodó la zanahoria que llevaba escondida dentro del pantalón. Apretada contra la pelvis, el vegetal simulaba un miembro masculino.

O eso esperaba.

El duque sonrió por algún comentario que hizo Armstrong mientras se abrochaba el último botón de la camisa.

No recibió felicitación alguna, tan acostumbrado estaba a la indiferencia que ni siquiera lo notaba. Unas ganas inmensas se apoderaron de ella por darle la enhorabuena.

Y entonces lo supo. La cara se convirtió en una mueca rojiza, como si hubiese masticado dos tallos de canela. Gritó para sus adentros: «¡Ea, no! Catalina Rafaela Francisca del Pilar de Guzmán y Aragón, ¡el maldito inglés, no!».

***

—¡Has ganado injustamente, Az!

—¡Blasfemia! El detalle está en moverse a la izquierda para evitar tu mano buena. —Se tocó el mentón con delicadeza. Cat tenía cara pálida. ¿No había disfrutado del boxeo?—. Eso me mantuvo fuera de tu alcance.

Armstrong se apretó las costillas con lloriqueos. Un silencio incómodo se instaló en los bancos. La examinó sin tapujos.

—Me han confesado que eres de España. —Dejó caer todo el peso de la manaza en el hombro de Cat. La zanahoria se movió de posición y Beaufort lo reprendió con la mirada—. Me gustaría visitar tu tierra. Según Beaufort, es un lugar muy pintoresco.

—¿Y a milord qué ha podido cautivarle de mi tierra para salir de Rivelrey?

La espalda se le enderezó como el mástil de un barco a punto de zarpar.

—¿De España? Pues las mujeres bellas. —Catalina bufó sin delicadeza. Beaufort la fulminó—. Aunque debo admitir que fueron los caballos de pura raza los ladrones de mi atención. Tercos y ariscos, con demasiado orgullo. ¡Si te descuidabas, te mordían hasta el hombro por una manzana!

—¡A ver, inglés! —Cat sufrió un sofocón de indignación—. ¿Sigue usted hablando de mujeres? Pues de mis caballos no sabe nada, no sabría distinguir si monta una mula medio muerta o no!

Beaufort miró a Armstrong, los labios de los dos temblaron hasta estallar en carcajadas. Un par de cabezas se asomaron curiosas. Frederick empezó a toser hasta que ojos se aguaron. Palmeó la espalda de Cat, en señal de camaradería.

No entendió por qué reían. Había sido más bien un insulto. Movió el muslo con preocupación para detener el fatal deslizamiento de la zanahoria hacia abajo. El inglés la miró desconfiado.

—¿Pasa algo con tu pierna?

—He dicho que mi pierna está bien. —Notó que la tuteaba.

—Deberías tomar asiento. Me molestaría mucho tener que cargar con un vago ayudante.

La empujó con suavidad para sentarla. El vegetal, de color anaranjado brillante, salió despedido por uno de los huecos del pantalón. Beaufort miró la zanahoria rodar sin decir palabra; en cambio, Armstrong se aventuró para analizarla. ¡Como si nunca hubiese visto una hortaliza en la vida!

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Az, sin querer saber del todo.

—Ejem... Creo que de dentro de tu ayudante —respondió Freddy, inocente, mientras se rascaba la coronilla.

Los ojos de los hombres volvían a brillar conteniendo… ¿otra carcajada? ¡Esos golpes en la tarima los había dejado casi necios!

—Me gusta estar preparado por si el hambre ataca, milord. Mi *yaya* siempre decía que era necesario guardar algo que picar para el camino.

No podía decir que el único propósito de la maldita zanahoria era no levantar sospechas con respecto a su «hombría». Beaufort parecía complacido con la excusa; Armstrong le preguntó aterrorizado:

—Si me permite la intromisión, ¿de dónde ha salido el vegetal? ¿De su…?

—Culloden —interrumpió Az con las mejillas color granate—, he visto al marqués de Culloden subir al cuadrilátero, Freddy. Si mal no recuerdo, apostaste una larga suma de dinero a la pelea.

Armstrong entendió la indirecta y una sonrisa picaresca lo iluminó. Fue engullido por el tumulto no sin antes decirle Cat:

—Si nota una berenjena escabullirse de Beaufort —señaló la entrepierna de del duque—, está usted en todo el deber de avisarme. La condenada se ha mantenido pegada por años a sus caderas.

—¡Frederick! —le reprochó el inglés.

Levantó las manos para declarar la derrota y lanzó la zanahoria de la discordia a las manos del amigo. Logró divisar a un Beaufort martirizado.

Las campanas anunciaron la próxima pelea.

Cat se agitó, incómoda, por los empujones que recibía de los hombres en su afán de asegurar un buen puesto.

Se alejó del duque sin remedio.

Unas manos frías tomaron su antebrazo, oprimiendo un pañuelo blanco contra su nariz. El sueño se apoderó de ella, el inglés vociferaba su nombre apretando la hortaliza en la otra mano. Cerró los párpados sin proferir quejido, con un olor dulzón pegado a los labios.

CAPÍTULO 17. El ala de un cuervo ronda Rivelrey

Unas pisadas rechinaron inquietas en los tabloncillos del ático. Caminaban de una punta a la otra. El olor de su propio miedo se intensificó, disfrazando el tufo a humedad del cuarto. Necesitaba pensar con claridad. La respiración de la chica mantenía un constante subir y bajar bajo los efectos del láudano. Dormía en el camastro con abandono.

Había sido difícil raptarla, lo aceptaba. Beaufort a duras penas se separaba de la extranjera, era su maldita sombra.

Como un sabueso inglés con rabia.

Estuvo a un pelín de desistir del plan. Las manos le temblaban incontroladamente; las apretó hasta que el color desapareció de los puños.

Se acercó a la chica con pasmosa resolución. Tan vulnerable, a merced de cualquiera. ¡Qué asco! Podía cogerla del cuello y partirlo como una ramita seca de un árbol. El sonido mortal del hueso al quebrarse en dos inundaría sus sentidos.

Eso le gustó mucho.

Se arrodilló hasta quedar al mismo nivel. Era hipnotizante su respiración. Posó la mano sobre el pecho. El corazón palpitaba cansado, pero sin saltarse un latido. Presionó la mano hasta hundirla y el músculo empezó a bombear estresado.

Por un lado, quería acabar rápido con la tortura. Pero nunca había sido de precipitarse, ¿dónde aunaba el placer de jugar con la presa? Quería ir más allá, probar un poco más, perfeccionarse en el arte de no solo jugar con el cuerpo, sino también la mente.

El coñac reposaba acusador en una esquina, era el licor más preciado del duque y lo guardaba con celo en el despacho. Del líquido ambarino quedaba poco menos de la mitad, pero bastaría añadir solo un par de gotas del láudano para dormir a Beaufort.

Obraría diferente esta vez.

A fin de cuentas, la diversión residía en la creación del plan. Llegaban cosas buenas a las personas que aprendían a esperar. Una sonrisa reveló unos dientes torcidos mientras acariciaba una navaja con adoración.

El reflejo del arma plateada se humedeció con el aliento de Cat.

***

El garañón relinchó quejumbroso en la penumbra de Hyde Park.

Las patas del caballo temblaban del esfuerzo por cumplir las exigencias del jinete. Y el duque lo sabía, lo explotaba sin remedio. Lo azuzó una vez más. El vaho que expelió el animal indicaba las largas horas que había perdido a Cat. Se había girado por un segundo y, de repente, no la había visto más.

Peinó el edificio sin rastro de ella y después había montado poseído, y recorrió las áreas más cercanas. Era imposible que desapareciera sobre la faz de la Tierra.

—Tu mayordomo me ha dicho que te encontraría aquí. —La silueta de Armstrong se asomó entre la bruma—. Pero, ahora que observo el estado de tu caballo, debí haberme apresurado.

—¿Y de dónde, precisamente, Armstrong? —replicó sarcástico—. Te busqué, pero habías desaparecido después de la pelea. Casi por arte de magia.

Armstrong quiso replicar, indignado, pero este lo interrumpió con un ademán de mano.

—No hables. No siento interés alguno en saberlo.

Apretó los flancos del caballo contra los muslos para empezar el trote.

—¡Basta, Beau! No la encontrarás en este lugar. Es inútil.

Una lluvia fina caía sobre los dos.

—Si has venido para que desista, te recomiendo que des la vuelta, Freddy. ¡No abandonaré hasta que mi caballo o yo nos desplomemos extenuados!

Armstrong se sorprendió por la dureza del duque. Apretó los labios en una fina línea y sacó del bolsillo un sobre sellado.

—Busqué por ti en Rivelrey. Mr. Talbot me ha encomendado entregarte esto.

La carta quedó pendiente entre los caballos nerviosos. El rostro apesadumbrado de Frederick miraba un papel absorbía las gotas de lluvia. Revelaba la austera caligrafía del mayordomo.

Eran noticias funestas. Lo sabía.

La llovizna le anestesiaba los pómulos hasta colarse en profundidad, en los huesos cansados. La correa se crispó entre sus dedos.

No quería leerla. Sería aceptar que ella no había tenido ninguna oportunidad. El asesino había vuelto a atacar y todo había acabado. Las pupilas se dispararon hasta formar dos charcos vacíos que abrieron un agujero hacia lo desconocido.

Creció el miedo dentro de él, un temor irracional a enfrentar la verdad, de querer rehuirla por primera vez. Continuaría buscando en cada rincón hasta encontrar el rostro de Cat, desconfiado. Esperaría la próxima ofensa.

¡Quería devolverle hasta la maldita zanahoria!

Le arrebataron la correa.

—Beaufort.

Los dedos de Freddy estrujaron el papel y en un arranque de resignación se lo arrebató rasgándolo de un tirón. La tinta negra se había convertido en un borrón sin reparos. Un par de segundos bastaron para devorar la misiva que desaparecía con cada aliento que tomaba.

Calculó el tiempo que tomaría llegar a Rivelrey sin parar. Dobló en dos el papel ya estropeado y lo ocultó en el bolsillo del chaleco, como hacía en incontables ocasiones con el periódico de los domingos un día soleado. Volvió a tener el control del caballo y quizás, de su mente. Armstrong lucía preocupado. Le apretó el hombro y, en silencio, instigó al animal para completar la última carrera de la noche.

***

Mr. Talbot alisó su corbata por quinta vez.

Indicaba una postura tiesa. Tal porte le hacía parecer que se preparaba para inaugurar una gala en Rivelrey Park. Pero los candelabros dormidos y el silencio sobre las baldosas desmentían el propósito de su ansiedad. Su estatura se confundía con las majestuosas columnas que coronaban las escaleras de mármol y cabía destacar que ningún pelo canoso estaba fuera de lugar.

Contó las agujitas del gran reloj del salón.

Pasadas las doce y no había señal de milord. Mordía las uñas con nerviosismo. Detestaba esa mala costumbre, no era propia de un mayordomo que sirve a un duque. Mentalmente, anotó desempolvar los grandes espejos, pero su espalda le dolía mucho. Encomendaría la tarea a uno de los sirvientes.

¿Dónde estaba el duque?

Los cansados cascos de un caballo al llegar siguieron unas botas que sonaron como truenos sobre los escalones. Mr. Talbot abrió la pesada puerta con premura. Añadió pulir las manivelas de bronce a la gran lista.

Pero al ver al duque entrar bajo una tormenta hizo que las tareas se esfumaran del todo. Los bucles se aplastaban en el rostro haciéndolo más oscuro que de costumbre.

«Mi pobre muchacho», pensó con condescendencia.

Quería al joven duque como el hijo que nunca había tenido. Había sido un niño tímido, encerrado en sí mismo. Con no muchos amigos, a excepción de aquel loco de Armstrong.

Había terminado por crecer solo.

El viejo duque lo había maldecido por la extraña anomalía de los ojos y, como consecuencia, había conocido el rechazo de su padre y el de sus amigos. Después de sufrir la total indiferencia de su madre enfermiza, Beaufort había pasado los tiernos años entre la servidumbre.

Como uno más. Y había sido feliz, de cierta manera.

Hasta que el padre lo había alistado en la guerra. Y Beaufort se había marchado con la cara muda, despidiéndose de cada uno de los sirvientes como si no fuese a regresar jamás. Y casi fue así. No había vuelto al entierro de su madre ni mucho menos al del viejo duque. Entonces había temido lo peor: la muerte de Az y con ello, el desconocido futuro de la servidumbre en Rivelrey.

Pero una noche, con una tormenta casi igual, había tocado la puerta un hombre de marcadas costillas llevando consigo un uniforme roto y abandonado. Los ojos llenos de odio le habían indicado que el nuevo duque había llegado.

Del muchacho tímido de antaño no había quedado ni un pálido reflejo de la sombra enjuta en lo que se había convertido.

—¿Dónde está, Mr. Talbot?

—En el despacho, milord. —Un charco de agua se empezó a acumular sobre sus botas—. Aún duerme. —Beaufort se quitó la chaqueta con lentitud—. El doctor no ha encontrado señales de envenenamiento o daños de otra «naturaleza». —Mr. Talbot se volvió a estirar la corbata.

El duque soltó el aire poco a poco.

—¿Asumo que ha comprado el silencio del buen doctor?

El mayordomo asintió.

Beaufort subió los escalones de dos en dos.

—Billy la encontró. —Apretó el pasamanos—. Sabe que el ayudante es una chica, puede que haya visto al asesino también, milord.

—¿Te lo ha confirmado él?

El pedazo de tela en su cuello se tensó por momentos. Asintió mecánicamente.

—Haz que venga a mi oficina. —Subió un peldaño más. Cat estaba a salvo, pero Billy conocía el secreto—. En una hora.

—Pero, excelencia, el muchacho parecía asustado. Es mejor si esperamos hasta mañana.

—Una hora, Mr. Talbot —decretó sin reparos—, y que alguien se ocupe de mi caballo. Mucho me temo que necesita un descanso después de esta noche.

—Por supuesto, milord.

—Vaya a dormir usted también. Tiene cara de haber visto un fantasma.

—Una cosa más…

Grandes zancadas acallaron las palabras del mayordomo que quedaron suspendidas en el descanso de la escalera. Lo que fuera se encargaría él mismo de averiguarlo.

Lo peor había pasado. Necesitaba confirmar con sus propios ojos que Cat estaba a salvo. Aguardó frente a la puerta mientras se escuchaban los pasos de Mr. Talbot al alejarse. Giró el tirador con extrema delicadeza y vio los nudillos dañados por la pelea. Parecía que aquella mañana había pasado cien años atrás.

La puerta se abrió por su peso en un arco lento, revelando por tramos la oficina insípida a la que estaba acostumbrado. Los objetos reposaban en el mismo lugar de siempre. Con la excepción de que no todo estaba en su sitio. Los cojines con ribetes dorados se encontraban abandonados en el suelo.

Un cabello de ondas suaves colgaba desparramado sobre el sofá, del color de un cuervo que ha volado bajo la luna. La hoguera arrojaba distintos matices sobre las hebras que iban desde tonos del *bourbon* caliente hasta el carbón en su forma más líquida.

No encontró otra palabra para describirlo más que espectacular.

Su mano tocó una de las puntas rizadas. Tan dócil al tacto que, caldeado por la luz del fuego, se deshizo en finísimos hilos que se entrelazaron entre

los dedos.

Beaufort se apartó como si un ramalazo de fuego le hubiese picado justo en la palma. Sacó el coñac francés oculto bajo llave y lo vertió en un vaso con prisas. Derramó un poco sobre el escritorio de caoba. El gran butacón lo esperaba para perderse en el calor de las llamas.

No exploró los lirios como de costumbre, no le interesaba ya la noche fría.

CAPÍTULO 18. El asesino se revela

—¿Milord?

La pregunta se filtró como un molesto pellizco en el cuello de Beaufort. Billy permanecía quieto, con los brazos entrelazados a la espalda. ¿Cuándo había entrado? Era irónico verlo allí parado, tan recto, mientras calzaba unas medias blancas que dejaban entrever el dedo gordo de los pies.

La mirada somnolienta se reemplazaba con un estoicismo en la postura. A veces, pensaba que los sirvientes se excedían con modales impecables, tan diferentes a los de los nobles que conocía. El muchacho sería un excelente reemplazo de Mr. Talbot. Pero en un par de años más. No se desharía del viejo mayordomo aunque le costase subir las escaleras y lo mirase como un hijo perdido.

—Por favor, toma asiento. —Se acomodó la camisa deshecha—. Comenzaré a sospechar que has quedado sembrado.

Restregó los ojos en un intento de alejar la apatía. Se había dormido un instante y, al minuto siguiente, el hijo de la cocinera lo llamaba atemorizado. Cat no se había movido.

—No quisiera ofender a su excelencia —se rascó la pantorrilla con el otro pie—, pero preferiría quedarme de pie.

El muchacho espiaba el sofá a hurtadillas.

—Mr. Talbot me ha dicho que fuiste tú quien la ha encontrado.

—Sí, milord.

—¿Y cómo sucedió eso?

—Buscaba al señor Bigotes.

—¿El señor Bigotes?

—Sí. Un gato flaco que ronda la cocina como cada noche. Maúlla por comida. A mamá no le gusta que cuide de él porque es negro y eso es de mala suerte.

—Ya veo.

—Estaba todo muy oscuro cuando encontré al señor Bigotes sentado sobre Cat, en las escaleras del jardín. —Carraspeó observando la cabellera ennegrecida de la muchacha—. Es decir, la señora… ¿o señorita Cat?

—Puedes decir solo Cat.

Billy bostezó mientras asentía obedientemente, como haría un niño con sueño.

—Cat tenía la gorra hecha jirones y la apretaba con los puños. La sombra de un hombre se alejaba en ese mismo momento. Alguien muy similar a…

—¿A quién, Billy?

—Le ruego me dispense, milord. No quisiera que, por motivos de mis tontas alucinaciones, la reputación de un caballero termine dañada.

—Habla, muchacho, prometo que no te pasará nada. ¿A quién pertenecía la sombra, Billy?

Tragó en seco. La timidez lo envolvió sin anunciarse. Por primera vez, quiso guardar silencio.

—A su amigo, milord. El mismísimo duque de Armstrong.

El tirón de un imperceptible músculo en su mejilla lo hizo apretar el coñac hasta quebrarlo.

—¿Te reconoció?

—No creo, milord. Mamá dice que soy muy bueno desapareciendo; al menos, eso dice.

Apuró de una vez el líquido, aunque el cristal no logró romperse del todo.

—Ya veo. ¿Por qué crees haberlo visto a él y no a un desconocido?

—El timbre de la voz me resultó muy familiar, su excelencia.

«¿Podría ser?».

Armstrong no se había sorprendido al confesarle que el ayudante era una chica. De hecho, lo había sospechado. En el laberinto había procurado una posición amenazadora sobre Cat también. ¿Pero qué motivos tendría su mejor amigo para asesinarlo? ¿En qué podía beneficiarse de su muerte? ¡Maldición!

Se negaba a aceptarlo.

Habían compartido demasiado juntos. Si hubiese querido deshacerse de él, el muy tonto había desperdiciado innumerables oportunidades en la guerra. Luchando codo con codo. Solo con empuñar el rifle de cañón a su dirección y, ¡zas! Freddy había albergado sentimientos por él, pero daría la vida por protegerlo, como tantas otras veces le había prometido.

Tenía que ser un malentendido.

—¿Alguien más logró verlo?

—No estoy seguro. —Se mordió el pulgar—. Yo no sabía qué hacer en realidad, milord. La impresión de descubrir a una chica inconsciente en el jardín… Tuve mucho miedo de llevarla al ala de los sirvientes. —Respiró con lentitud y dijo con convicción—: Pensé que la primera persona que debería saber sobre esta gran mentira era usted. ¡Yo lo aprecio tanto, milord!

—Tranquilo, Billy, hiciste lo correcto.

—Después me arrepentí y fui a contárselo a Mr. Talbot.

El duque se levantó hasta posar una mano en el huesudo hombro del chico. El cuerpo temblaba sin remedio.

—Yo hubiese hecho lo mismo.

Billy lo miró con adoración. Por un momento pensó que recibiría un abrazo, pero los ojos se abstrajeron ensimismados.

—Servir a su excelencia es todo un honor para mí.

Realizó una leve inclinación.

—¿Quizás Cat pueda confirmar tu sospecha?

El chico suspiró con alivio.

—Entonces ansío que despierte pronto.

—Yo también, Billy. Yo también. —Rezaba porque así fuese—. ¿Le has contado a alguien lo que has descubierto sobre Cat?

—Nadie más, milord. Ni siquiera a mamá.

—Buen chico —dijo con resolución—. Mantengámoslo así por ahora.

—Pero, milord, ¡es un escándalo! ¡No creerá que una chica puede atenderlo!

—Mírame, Billy —declaró cansado—, ¿quién representa un escándalo mayor? ¿Ella o yo?

—No diga eso.

El muchacho atravesó el sofá con la mirada.

—La chica se queda, por ahora.

La advertencia mortífera cayó en los huesos de Billy. Una orden lanzada por el señor de la casa debía ser acatada sin miramientos.

—Ayúdame a esconder su cabello, ¿quieres?

Asintió sin objetar. Si le hubiese pedido que se deshiciera de ella, sabía que igual lo habría hecho.

Las manos del chico se movían rápidas creando una trenza gruesa. Beaufort se preguntó dónde había aprendido a peinar a mujeres con tanta

maestría. En cambio, él se limitaría a recoger el cabello en un puño y aplastarlo contra la gorra. Reconocía que una trenza ocultaba con eficacia los rizos rebeldes. ¡Quién lo diría!

—Milord, no creo que una chica sea la persona más adecuada para servir a un duque.

—Te equivocas, Billy. —Sonrió distraído—. Creo, con fervor, que de mis ayudantes ella ha sido la mejor.

—Los demás han muerto, milord.

—Exacto.

Era curioso cómo el rostro volvía a pertenecerle a ella una vez el cabello había sido recogido. Mejor. Los pensamientos prohibidos de acariciarla toda la noche desaparecieron por completo.

Volvía a ser el mismo chicuelo.

—Es todo. Puedes ir a dormir.

Billy se despidió sin hacer el menor ruido.

Frente a la ventana, Beaufort temió la noche cerrada. Ahora que conocía la verdadera identidad del asesino esperaba la anhelada euforia que conllevaba el final.

Esperó paciente. En el fondo, sabía que no iba a llegar.

***

El corazón latía casi a punto de estallar en la sien de Catalina. Enmudecida, abrió los párpados. Tuvo la sensación de levitar en un largo sueño. Recordó la preocupación de Billy y los brazos se incorporaron con la esperanza de parar las vueltas que daba la habitación. Presionó las manos contra la cabeza.

Quizás era la única que daba giros.

Había sido arrastrada por un par de manos mientras el inglés gritaba su nombre sin parar.

«¡El inglés!».

Se levantó y la habitación se propulsó a mil revoluciones. Una mano cálida se posó sobre su brazo y lo apartó, asustada. ¿Dónde estaba y por qué estaba tan oscuro? Tenía que encontrar a Beaufort.

—Si empiezas a respirar por la nariz, todo se quedará en su lugar.

Conocía aquella voz.

Se agarró a un pequeño manchón de tela negra como si fuese la única vela que la aguantaría durante la tempestad.

Posó la mejilla contra su pecho y se envolvió en los ricos pliegues de la camisa que envolvía el olor de su piel. Allí, donde se quería quedar para siempre. ¡Cuánto había extrañado un abrazo! Las manos de él dibujaron con timidez la línea de su espalda con un tenue roce. Era como ser tocada por una nube vaporosa de algodón.

Era Cat, el ayudante, quien abrazaba al duque y no Catalina, la mujer.

Se alejó de los brazos con tosquedad y la inmensa oscuridad volvió a engullirla. Tenía que decir algo, ¿pero qué?

—Lo siento mucho, Cat —carraspeó Beaufort indeciso.

Estaba peligrosamente cerca. Tan cerquita que si lograba alzar las manos podía tocarle el mentón con la punta de sus dedos.

—Dudo que haya sido tu culpa, inglés.

—¡Cuánto quisiera que tus palabras fueran ciertas! —Se aproximó; el aliento se estacionó sobre su cuello—. Mas debo reconocer que el culpable he sido yo. De todo, Cat. De todo.

Los rescoldos del fuego acariciaron los ángulos inflexibles de su perfil. Estaba agotado; los ojos, inyectados en un aura roja, no parecía abandonarlo por ahora. Bañada en tonos cálidos, la camisa semiabierta parecía cobrar vida en un ritmo regular, casi decadente. Hipnótico. Al otro lado de la ventana, una feroz tormenta pujaba contra los sentimientos tumultuosos en su interior. Y el olor del coñac se adhirió a los sentidos, embriagándola.

—¿Te hirió?

¿Herir? No recordaba sufrir dolor alguno en el cuerpo. Todo se había desvanecido en un letargo. La gorra estaba mal colocada y algunos tirabuzones se aventuraban rebeldes sobre la espalda.

—¿Y mi zanahoria?

—¿Zanahoria?

—¡Sí! Esa cosa anaranjada brillante. ¿Dónde está? —Empezó a buscar en sus ropas. Palpó la camisa hasta seguir bajando—. ¡Es mía!

Sopló un rizo para apartarlo de la búsqueda incesante.

—¿Es la maldita zanahoria lo que te ocupa? ¡Después de todo el infierno que pasé! —Tomó aire hasta llenar los pulmones y siseó apresando la frente contra la gorra—: Te advierto que si me recorres dos pulgadas más

abajo, aceptarás la verdad ahora. Aquí mismo. Porque a mí, ya no me sobra paciencia.

«¿Aceptar?».

—¡Pues a mí me ha parecido suficiente saber que un extraño me ha puesto a dormir, sin saber cómo llegué hasta aquí! —No apartó las manos de sus caderas. No admitiría la derrota aún—. ¿Qué debo, según su grandísima excelencia, aceptar ahora?

—Dos pulgadas, Cat. Lo descubrirás, si te lo permites —susurró con necesidad—. Pero decídete ya.

Era curioso que se fijara en el color de los ojos en ese momento. La diferencia lo transformaba en un animal al que habían punzado para dejar abandonado en el medio de un bosque. El animal estaba decidido a matar para sobrevivir. Apartó las manos con aprensión. Beaufort suspiró, acabado.

De repente, Catalina hizo algo que pensó no haría jamás en su vida: se puso de puntillas y procedió a besar a un inglés, por primera vez.

CAPÍTULO 19. La lluvia empapó el sofá

Aplastó los labios contra su boca. Fue como chocar con una almohada que ha estado expuesta mucho tiempo al sol. Depositó un beso tenso. Expectante. Con miedo y un poco de orgullo. Los párpados se mantuvieron cerrados avisando un leve fruncido.

«¿Y ahora?».

Las manos del inglés se posaron sobre sus hombros inquietos. Sus labios, un poco resecos, se apartaron reticentes, como una capa de piel que se despega de otra. Poco a poco. Para no herirla. No abriría los ojos. Lucharía contra el enojo de Beaufort, quizás el rechazo o a lo mejor una cólera desagradable transformada en risa.

Pero no con una temible lástima.

El aliento le hizo cosquillas. Reía bajito mientras rozaba con su aliento la punta de su oreja. ¡Ahora se divertía! Catalina intentó apartarse, pero las manos cual cadenas de hierro se anclaron inamovibles. La nariz delineó el contorno del cuello hasta que la gorra fue despedida. El amasijo de cabellos insubordinados lo golpeó mientras capturaba su esencia con deleite.

—Sí. Olor a tormenta de un verano inglés: impredecible, demandante y deliciosamente fresca. —Apretó la trenza en un puño—. De esas que te obligan a desnudarte y correr bajo ella. Y correr hasta no poder más. Correr sin más.

La venda se deslizó sobre el pecho y una brisa de aire frío le lamió los pezones. ¿O habían sido sus palabras? ¿O las manos que se colaban abrasadoras sobre las costillas? Beaufort encorvó la espalda para engullirla de una mordida en un abrazo.

La urgente necesidad de estar al mismo nivel la obligó a saltar sobre el sofá. Lo encaró mientras los pies se hundían en la almohadilla. Le devolvió una mirada torva que competía con la piel erizada debajo del lino.

Estaba en un gran aprieto.

El inglés asintió con respiración entrecortada. Los botones negros temblaron en la camisa; despuntó el primero con frustración demorada.

—*Apúrese* —argumentó Cat en castellano; contando a duras penas la larga hilera de ojales que faltaba por desabrochar. Otro rizo insumiso

brincó.

La retó concentrando todas sus fuerzas en los labios entreabiertos. Otra vez secos. No había entendido la orden, pero la necesidad se condensó en la distancia que los separaba. Se prometió saborear el deseo descarnado en la mirada. Quizás uno de los primeros en recibirla. Las ropas lo envolvían en un aura prohibida, certero de que enfrentaba una presa que aún no se sabía cazada.

Soltó el último botón con paciencia contenida.

Catalina dibujó el contorno irregular de su cicatriz en el mentón. La forma asimétrica acababa en el borde inferior del labio. Separó el contacto al escuchar el siseo escapar entre sus labios.

Le enseñó el recorrido de vuelta a sus facciones. Sus ojos titilaban con el crepitar de la madera, hasta sumergir su curiosidad hacia lo más profundo. El maldito sofá parecía imitarlo, devorándola entre los almohadones.

Y Beaufort la besó. Tan suavemente que era como acariciar las alas de una mariposa negra con la punta de su lengua.

Y no quiso ahuyentarla. Se odiaría si lo hiciera.

Aprisionó el labio inferior entre sus dientes, instándola a abrirse un poco más para él.

El chasquido del cinturón reveló los pantalones de ante abandonados en el suelo. La sombra de la lluvia penetró a través de los ventanales besando los hombros de Beaufort con pequeñas gotas que cayeron sobre su cuello. Se deslizaban hasta el centro de sus caderas. Se perdían en su miembro.

—Tengo entendido que fue almirante, milord.

—Beau. Llámame Beau. —La volvió a besar—. Y sí, exalmirante es el término correcto. Me aterra querer saber por qué preguntas.

—¿Los «exalmirantes» emplean estrategias militares?

—Correcto. —Separó los labios.

—¡Ea! Entonces concuerdas que es imposible que un cañón de guerra quepa por puerta chiquita.

Beaufort tardó en comprender a qué se refería hasta que percibió el temor de su mirada sobre la ingle. Prorrumpió en carcajadas que caldearon la habitación. Besaba a la primera mujer, ingenua, que lo obligaba a reír a la par que un deseo latente dolía justo donde ella no apartaba la mirada.

—¿Y qué sabes tú de estrategias?

—Lo mismo que el mono de tu francesa.

Beaufort le acunó la palma de la mano sobre el pene. La sorpresa la dejó sin habla. Se debatía entre un comentario soez y la curiosidad por seguir explorando. Se decidió por lo segundo para alivio del duque. Los dedos se cerraron con broche sobre el eje enhiesto. El inglés gimió sobre su piel, humedeciendo la curva del pezón mientras un dedo rozaba la parte interna de sus piernas donde la unión de la tela ardía más fina. Más húmeda.

Mordió el hombro con urgencia y la camisa resbaló suspendida sobre los senos puntiagudos y cayó rendida hasta sus caderas; ablandó con la lengua las aureolas, que se erguían con imperceptibles venitas bajo la piel.

La nueva sensación la obligó a doblar las piernas, sin dejar de cerrarlas del todo. El miembro oscilaba entre los dos, como el justo calor de una vela que ha estado prendida por horas. Su espalda entró en contacto con el sofá mientras los muslos enfatizaban un pubis de rizos negros.

—¿Cuántos gallos has matado, pequeña? —dijo Beaufort con aprensión —. Asiente si comprendes.

¡Oh, lo comprendía perfectamente!

Quiso mentir y responder con los dedos de la mano. Tragó en seco y dejó que la pregunta cayera al abandono. Acercó el rostro de él a la entrada de sus piernas. Reclamaba ser atendida.

Cat no había poseído demasiadas cosas en Salobreña. No había experimentado el deseo de un hombre. Y por tanto, nadie había obtenido el corazón de la bastarda de don Enrique. Para ella, si había algo más que dar, ya lo había entregado todo. El amor a Martina, el cariño a *yaya*, la libertad de Granada y había guardado un poco para aquellos tiempos donde se replanteaba soñar con algo más. Después de todo, ser egoísta también se lo permitía.

—Nunca les gusté a los gallos —decretó vencida con un suspiro.

—Mejor. Cualquier animal con plumas te temería un tanto.

Beaufort se deslizó entre los pliegues blandos de su feminidad, tan lentamente que sobre su ombligo se deshojaron pétalos cálidos. El deseo la atormentó empañando su mirada. La lengua la apuñalaba reclamando espacio dentro de ella, como si en realidad fuera allí donde quisiera estar, embebido en su sabor innato. Agarró el pene con movimientos temblorosos, guiándolo hacia ella.

Amante. Aquel inglés se convertiría en su amante. La amaría por el breve tiempo que durase la tormenta.

Acarició el rostro ensimismado con esfuerzo. La punta se abrió paso hasta enterrarse casi por completo en el estrecho túnel de su interior. Los muslos adoloridos sofocaron las caderas para detenerlo.

—¿Quién querría practicar «esto» en su sano juicio? —jadeó, insultada, con un dolor pulsante—. Creo que hay algo mal contigo aunque tu boca estuvo perfecta. ¿Seguro que sabes cómo hacerlo?

—Cat…

—Entonces ¿soy yo? —preguntó para sí misma—. Si mi *yaya* me lo había advertido: «Niña, no deje entrar moscas en la casa». No dijo nada de lenguas mi *yaya*. ¿Crees que tu lengua pueda volver a…?

Empujó hasta el fondo de un tirón. Las uñas de ella se hundieron en sus antebrazos. Mordió los labios para no gemir. Era demasiado bueno para poder responderle. ¿Qué le había preguntado?

Lo tomó por completo como una funda de gamuza que asfixiaba por dentro. El dolor fue sustituido por una punzada de algo agradable. Beaufort ordenó sus caderas a la retirada.

¿Se iba? Ahora que estaba a punto de decirle que se quedara.

¡Oh, había vuelto!

Y con él, la fricción de sus cuerpos que se fundían entre las carnes húmedas. Algo le murmuró bien cerquita de sus labios. Febril, con la acuciante necesidad que había visto en el pequeño chalé de la francesa, pero incontrolada. Desencajada.

Extendió los pies hasta el techo mientras buscaba… ¿Qué buscaba?

Empujó las duras nalgas cuando las caderas competían en un encuentro sin final. Martillaba en la exacta unión de goce. El ángel del mural la celebró desde el techo. Esta vez la envolvió entre aguas que corrían espesas.

Los dientes del inglés se ensartaron en uno de sus senos haciendo otro tanto. Poco a poco, los latidos erráticos del corazón se serenaron a la retirada de su peso contra la piel pegajosa. Quería darle las gracias con timidez, pero se arrebujó contra su cuerpo cansada.

—Ya maté el primer gallo. —Sonrió con picardía—. ¡Y uno inglés, nada menos!

—No soy de los que se quedan al final —soltó sin rodeos, sorprendido de buscarla después de haberse saciado—. Ni siquiera con doncellas.

—Yo tampoco, inglés —dijo con melancolía—. Yo tampoco.

El sueño la venció mientras unas piernas la mantenían cautiva en el sofá.

CAPÍTULO 20. En tierra de nadie

—¿Nunca escampa? —preguntó somnolienta.

La lluvia repiqueteaba sin cesar. En la madrugada, los relámpagos se desvanecieron y el olor a tierra se colaba en cada rincón de la habitación. Y para Cat, había sido el momento perfecto para bostezar.

—La lluvia es buena para mis lirios. —Los dedos de inglés jugaron con su pelo. Allí donde acariciaba, la piel se erizaba como si tuviese vida propia.

—¿Lirios?

Beaufort asintió. Los pies de Cat se escondieron bajo la camisa con rapidez y ese gesto le entibió el corazón. Estaba claro que el sueño la vencía con la ayuda de sus caricias sutiles.

—En Salobreña tenemos muchas buganvillas bonitas. No necesitan agua como tus flores —expresó con suficiencia—. Desearía poder verlas aquí.

—¿Extrañas España?

—Solo cuando pienso en mi hermana. —Pegó su mejilla al cuello de Beaufort—. Desde que me condenaron a la horca, estoy en tierra de nadie.

La apretó inconscientemente.

—Creo que comprendo más de lo que debería.

Su cabello se enroscaba en el brazo del hombre, lo apretaba ambicioso como si jamás quisiera dejarlo ir.

—¿Es Cat tu verdadero nombre?

Su cuerpo se tensó por una pregunta que, a simple vista, se adivinaba inocente.

—Sí.

Beaufort merecía un poco más que una respuesta a secas. Suspiró y recitó orgullosamente:

—Catalina Rafaela Francisca del Pilar de Guzmán y Aragón.

Un silencio se ahuecó entre la desnudez de los cuerpos.

—Tan largo que rivaliza con el propio nombre de la reina de Inglaterra.

Una carcajada salió sin poder contenerla al recordar que había dicho algo similar cuando lo conoció.

—No creo que a tu reina le guste ser comparada con una bastarda, Beaufort.

—Yo creo que estaría más bien… —Deslizó los dedos hasta llegar al muslo—… intrigada. Adivino que te preguntaría cómo las doncellas de España crecen con una lengua tan afilada.

—Pues gracias a la señorita Melrose, mi *yaya* y leche de cabra, su majestad.

Ahora fue el turno de Beaufort de reír.

—¿Melrose? —El duque no iba a ahondar en la leche de cabra.

—Una institutriz inglesa de casi trescientos años. Tan andaluza que la vieja no acepta un plato de garbanzos si no viene con el chorizo incorporado.

Le resultó imposible imaginar una inglesa exigiendo el embutido.

—Y aparte de nuestro idioma, ¿qué más te enseñó?

—A pensar —lo dijo bajito, casi como si confesarlo estuviese prohibido —. Aunque cuestiono si haber recibido la educación no fue al final toda mi maldición.

—¿Por qué?

—Me iban a colgar, milord, por ser liberal.

Su mano se detuvo. Cat prosiguió:

—La pobre Melrose quería que atrapase un buen marido para no envejecer sola. Pensaba, tal vez, en un político al que le gustasen las charlas amenas con su esposa aunque no fuese agraciada. Una inteligencia que no echara en falta la belleza.

—Cat…

—No lo logré. Me uní a la causa liberal que luchaba contra el reinado de Fernando de Borbón y, en el transcurso, descubrí que los políticos las preferían dóciles y no fugitivas. Melrose se había equivocado una vez más.

—¿Una vez más?

—Sí. La otra, por pensar que no me quedaría sola.

La besó sin antelación. No había encontrado tristeza, solo la llana practicabilidad que la caracterizaba.

—Milord, yo no soy una de sus señoritas inglesas.

El pelo enmarañado que corría salvaje hacia todas partes y los labios hinchados se lo confirmaron del todo. Pero fue su mirada la que siempre bullía en una constante batalla interna.

—No creo que me dejes olvidarlo con facilidad.

—¡Y Dios se apiade de aquel que exprese tal comparación!

Rieron los dos al unísono.

Cat besó la cicatriz de su mentón y Beaufort se dejó hacer. Era refrescante tener en brazos a una mujer que mostrara atención a sus defectos. La pregunta se reflejó en sus ojos, y él murmuró:

—Trafalgar. La última.

Expectante, recorrió la cicatriz hasta el comienzo del labio. Esperó a que prosiguiera.

—Había recibido la noticia de la muerte del viejo duque cuando dieron la voz de alerta. Habíamos sido atacados en nuestras propias aguas. —Su mirada se transportó hasta aquel día—. Una mañana gris, la más horrible de todas. Armstrong dormía después de una noche de cartas. Y las gaviotas rondaban las fragatas nerviosas. Una bayoneta atravesó mi cara cuando traté de llegar a uno de mis soldados. No lo conseguí. El joven tampoco.

Las manos se sostuvieron acunadas como si protegiera al muchacho moribundo. Recordaba que apenas tenía unos dieciséis años.

—Quise yacer al lado de él. No recuerdo su nombre, Cat. Pero todos ellos conocían el mío. Me miraban expectantes, creían que daría la orden que los salvaría.

Cat tomó el temblor.

—Yo solo quería que la bayoneta se hubiese enterrado en el centro de mi pecho. Quise morir como un cobarde.

—Pero luchaste.

—¡Lo afirmas como si hubiese hecho algo heroico! —respondió con sarcasmo—. Te aseguro que no hay nada romántico en ver cuerpos mutilados, pájaros carroñeros dándose un festín y el hedor a sangre ligada con pólvora.

—Podías haber vuelto en cualquier momento.

—¿Y volver a dónde? O mejor, ¿a qué? —replicó defensivo—. Nadie me esperaba. Todos deseaban verme pudrir en una montaña de carne humana putrefacta. Brindando con finas copas de champán y planeando el próximo baile de la temporada.

El color azul del ojo palideció sin previa advertencia.

—También me condenaron, Cat. Yo también estoy en tierra de nadie.

Lo abrazó como creía ella que al hombre del que se había enamorado se tenía que abrazar. Sin más. Por el placer de consolar. Un hombre mortal, sin títulos, ni apellidos ni medallas por colgar. Un hombre con miedos. Con rencor.

Sacudió las caderas para traerlo de vuelta. Debió de funcionar, porque la miró con intensidad.

—Aunque no puedo negar que has sido un «excelente» ayudante. —Beaufort enterró la nariz en el cálido cuello.

—¡El mejor, diría yo! —Lo apartó sin convicción—. Mi disfraz burló a la guardia española y al duque más perspicaz de Inglaterra.

—Me honra pensar…

—En cuanto Armstrong lo descubra, no habrá secreto que guardar. —Se levantó en retirada.

El inglés corrió hasta acorralarla.

—Me atrevo a decir que, pese a la historia que une nuestros países, nos debemos tratar como enemigos, señorita Catalina —decretó al cargarla a cuestas.

—Esta noche no, Beau. Pero no sé mañana.

Beaufort esperaba que al día siguiente tampoco.

***

Dormía entre las suaves bocanadas de humo del tabaco.

La camisa había terminado por abandonarlo para ser exclusividad de Cat. La había amado más despacio esta vez, recreándose en la curiosidad inagotable de su ayudante.

Su aliento chocó con la pared. Ella había llegado para cumplir un propósito en Rivelrey y habrían bastado casi dos segundos para que el asesino lo hubiese cumplido. Otra vez.

Cat no era Lonnie, Todd y ni de cerca Jamie.

La puerta hizo un chirrido al cerrarse, dejándola envuelta en sombras y arropada en el sofá. Caminó por el pasillo con resolución. El asesino volvería y daría la estocada final, pero él estaría preparado por el bien de Cat.

Era tiempo de mover su pieza de ajedrez.

CAPÍTULO 21. Un cuervo rojo en la madrugada

Unas pisadas se hundieron sobre la alfombra. Se elevaban en puntillas como esquivaban brasas ardientes sobre el suelo. Dientes apiñados se mordían el labio para no emitir ruido y un hilillo de saliva amenazó con ahogar su garganta.

El duque no lo amaría jamás, ¿verdad?

Eso se preguntó el niño de rodillas peladas y pelo enmarañado. Uno que habitaba dentro de él. Sin muchos amigos y con la necesidad perversa de estar rodeado de animales muertos. Hasta que había conocido al duque y esa soledad se aplacó durante unos años. La mantuvo prisionera en algún lugar recóndito de su cabeza. La alimentó. La cebó con deseos insatisfechos.

¡Y todo por él! Había renunciado al niño, a su otro yo. Que crecía gordo. ¿Y cómo le había pagado? Enterrado entre las piernas de una mujer sin ningún atractivo, con el rostro plano de que si no lo hacía, moriría.

¡Qué absoluto desperdicio!

Creía que había encontrado el hogar donde pertenecía. El duque le había expresado a Cat un anhelo más vulnerable. Profundo. Y lo odió.

Las siluetas, entrelazadas en el vapor de los cristales, habían recibido los gemidos en picada.

Había flirteado con Lonnie en aquel sofá cuando el duque se ausentaba. Pero no había sido igual. No había estado enamorado. No había deseado oler las camisas de Lonnie en la oscuridad, ni pasar la lengua sobre la botella de coñac para sentir que lo besaba. Amaba a Beaufort como nunca nadie lo haría. ¡Y era triste pensar que el propio duque ni lo apreciara!

Los pasos se tornaron graves. Cargaron una verdad que solo pudo afrontar en el silencio de la noche.

Beaufort no lo amaría igual. Jamás.

«¡Todos merecen morir!». Su otro yo pugnaba por liberarse, arañaba la carne en su interior. Un rayo de luna partió la penumbra bañando su rostro. Los ojos negros refulgían vacíos sobre una nariz puntiaguda. Y montones de pecas salpicaron las mejillas de un joven que, a la luz del día, resultaba adorable.

Billy Green se limpió las lágrimas con odio.

Las sombras demoníacas enfatizaban el rencor que alimentaba su alma. Era irónico. Aunque poseía el conocimiento sobre muchos venenos, su propio corazón había impregnado el más letal: un amor nunca correspondido. La falta de aire lo atacó de imprevisto. Mientras, la frialdad se tamizaba a través de las medias finas.

El sol se asomaba sobre el lago gélido como un manchón. Pronto amanecería. Desenfundó una daga curva, regalo del duque en las últimas Navidades. La guardaba como una reliquia exquisita. Pertenecía a las poquitas cosas que tenían un significado especial para él.

La levantó sobre los hombros, venerándola.

Y con la precisión exacta de que, al caer sobre el cuerpo de la mujer, conseguiría que se enterrara en ángulo arqueado y cortaría la carne sin la necesidad de repetir el movimiento. Apenas se necesitaba ejercer presión, incluso evitaría la fatiga sobre la mano. Y el duque volvería a quedar solo. Como él.

No tenía mucho tiempo. Beaufort se había marchado a sus aposentos y Mr. Talbot estaba a punto de levantarse. La valeriana que había diluido en la bebida había tardado en hacer efecto, pero no había fallado. Una vez que encontraran a Cat sin vida, todos recapacitarían y el duque le rogaría por que tomara el antiguo puesto del ayudante.

Puesto del que nunca debió haber sido destituido. El único sirviente digno de servir a un noble.

La daga tembló de anticipación cortando el aire en dos. Otro ataque de tos quemaba por purgar su garganta. Descendía hasta el pecho de Cat sin remordimientos. Pero el chasquido seco de una pistola a sus espaldas rompió el silencio en la habitación. La daga quedó suspendida en una fracción de segundo.

—Se acabó, William.

Había sido emboscado, había caído en una trampa que no prometía justicia para él.

—¿Su excelencia? —preguntó tan tímido que Beaufort dudó por un segundo que era el asesino.

—Nunca viste a Armstrong, ¿verdad?

—Si milord me dejara explicarle… Yo vine para protegerlo.

—¡Basta, Billy! —expresó, frustrado—. No sé qué insulta más: mi coñac alterado o que pensaras que no ataría cabos.

La decepción era latente. Billy lo encaró con miedo y la pistola lo apuntaba sin bajar un milímetro. Oculto en la sombra absoluta que proyectaba una cortina, las piernas abiertas de par en par y el total relajamiento sobre los hombros le advirtió que lo había esperado pacientemente.

Abandonó la máscara falsa, fue en vano seguir pretendiendo. Entonces Beaufort observó por primera vez el rostro que se ocultaba tras una fachada de condescendencia fingida. El terror diabólico sobre las facciones arruinaba la tez de antaño. El muchacho tímido se había esfumado y un viejo podrido había tomado el lugar.

—Lo hice todo por usted.

Silencio.

—¿Por mí? —Beaufort abrió los ojos de par en par. Todo comenzaba a cobrar sentido—. Nunca fui el objetivo.

—Más bien la recompensa. —Billy se relamió los labios con la punta de su lengua pérfida.

La bilis se atascó en la garganta del duque. Logró disimular una arcada a duras penas por el bien de Cat. No podía arriesgarse a que se concentrara en la muchacha, que estaba a punto de despertar.

—Milord siempre fue bueno conmigo, desde pequeño. ¿Recuerda usted? Azuzaba mi pelo cuando me protegía del mal genio de mamá, y todo por un par de panecillos. —Estiró un rizo con su otra mano—. ¡Lo extrañé tantísimo cuando partió a luchar en la guerra! Tanto que escribí cientos de cartas que guardo amotinadas bajo su cama.

—No quiero escuchar más.

—¡Usted volvió de la guerra, milord! Y trajo esas horribles pesadillas que lo atormentaban. Y yo a su lado, sin poder hacer nada. ¡Cómo sufrí yo, milord! —Apretó las manos contra la sien, recordaba—. Pero no me veía. Ahora creo que nunca me vio.

—Billy…

—Empezó a frecuentar esas horribles mujeres que querían acostarse con usted por la depravación de su anomalía. Y usted lo permitió.

—Me tomas por un ángel atormentado, muchacho. Y yo estoy muy lejos de ser celestial.

—¡Para mí lo es! —dijo con efusividad—. Aunque lo odié cuando me descubrió en su recámara y dejé de ser su ayudante.

—¡Te sorprendí masturbándote! Debí haberte echado a patadas en ese mismo momento. Si no lo hice, fue por una lealtad hacia la señora Green. ¡Y ahora me arrepiento!

—Pensé en usted todo el tiempo. Aquella noche, su excelencia, mientras me imaginaba con usted.

Las palabras salieron en un susurro sin aliento.

—No podía permitir que Lonnie, Todd o ni siquiera el tonto de Jamie comenzaran a sentir algo por usted también. ¿Comprende? Sin embargo, prefiere a las que lo desprecian.

Observó a Cat con odio enfundado.

—¿Qué te ha pasado, muchacho? —dijo Beaufort en un lamento.

Billy encerró su expresión herméticamente.

—Hay un mundo para nosotros dos, milord. En este mismo sofá. —Bordeó el sofá mientras lo rozaba con la punta de su daga. Diminutas chispas de electricidad chisporrotearon—. No se preocupe. Apartaré cualquier cosa que estorbe en nuestra felicidad.

Cat abrió los ojos cuando un transformado Billy la acechaba con un puñal.

—A fin de cuentas, ella fue otra carnada para atrapar mi atención, ¿verdad?

Los puños apretaron el cuchillo con resolución. Destellos rojizos del sol brillaron incandescentes sobre la hoja de acero. Un disparó retumbó y el reflejo de la daga lustró una bala incrustada entre las cejas de Billy. El cañón de la pistola se delató en una nube vaporosa.

Sonrió antes de caer por completo. A fin de cuentas, había recibido el beso mortal de su amado.

CAPÍTULO 22. Los ingleses son fríos como dagas asesinas

La explosión enmudeció los oídos de Cat. La oyó tan cerca que el proyectil enfrió las terminaciones que se escondían a flor de piel. Las manos palparon desesperadas la daga que reposaba plana sobre su estómago. Billy había querido enterrarla. Pero ¿con qué motivo? ¿Por qué se había referido a ella como una carnada?

El humo salía de un hoyo entre las cejas y cortinas de rojo envolvieron sus ojos antes de caer con una sonrisa melancólica en los labios.

Beaufort tembló de rabia, la pistola yacía olvidada sobre el escritorio.

Unas pisadas sonaron estrepitosas por el pasillo.

—¿Milord, se encuentra usted bien? —Fuertes golpes al otro lado de la puerta amenazaron con derribarla—. Escuchamos un disparo.

La nariz de Mr. Talbot se asomó al abrir la puerta dos palmos. El duque lo rehuyó.

El rostro del mayordomo se alzó pétreo al descubrir el cuerpo de Billy sin vida. Carraspeó con delicadeza. Era la primera vez se mostraba sin la pajarita derecha y las canas despeinadas.

La luz del sol se coló con aire místico y partículas levitaron sobre los rayos incandescentes. Quiso escabullirse por una rendija, pero los pies no respondieron. Se había encontrado en una situación similar con anterioridad. Las ganas de escapar no vencía a los miembros del cuerpo.

—Todo este tiempo… —El mayordomo se rascó la mollera, estupefacto —. ¿Era Billy, el asesino?

—Correcto, Mr. Talbot.

Las voces se perdieron en una fría discusión. Como si ella yaciera con Billy y tampoco pudiese hablar. Estaba sin estar. ¿Asesino? ¿Billy? La daga se congeló en el estómago, sin previo aviso. Ella había sido el último ayudante.

—El muchacho sentía una profunda devoción hacia mí. —Se quedó corto, Billy le había confesado su amor—. Nunca fui yo, Mr. Talbot. Nunca fui yo. Lonnie, Todd y Jamie, mis ayudantes. Pero al mismo tiempo, siempre fui yo. ¿Me entiende?

Desafinadas notas de piano corrieron los pasillos de Rivelrey. Habían comenzado las limpiezas matutinas.

—Calma, milord. Todo ha acabado. —Posó sus manos encallecidas sobre Beaufort por el placer de consolarlo—. Me encargaré de la señora Green. Entenderá. Bien sabe Dios que el muchacho era raro y ella lo temía.

—Quería estar equivocado, Mr. Talbot. —El cuerpo le recordó que era apenas un muchacho—. ¡Lo quería tanto!

La daga se hundió un tramo. Ella nunca había sido pura casualidad. No le había caído un golpe de suerte cuando Beaufort, uno de los duques más influyentes de todo Londres, la había comprado para ser su ayudante. Una farsa para servir al asesino de sus ayudantes.

Una mentira.

Servirlo en las tareas más absurdas, no perderla nunca de vista. Todo había sido parte de un plan macabro. Billy lo había dicho: una carnada poco agraciada. Un peón en el juego de un aristócrata inglés.

El sol eclipsó de golpe. El sofá que antaño había entibiado dos cuerpos, se hacía una lápida mortuoria en el lecho. *Yaya* había tenido razón. Abrir las piernas causaba dolor en el corazón.

¡Y qué dolor!

Dolor por creer que el inglés estaba interesado en ella.

Se levantó con esfuerzo. Quizás con miedo a hablar. Todas las extremidades dolían. Pero no lloraría. Al menos, no enfrente de ellos.

—¿Desde cuándo?

Beaufort se concentró en el pelo enmarañado, en los labios hinchados aún sobre el rostro adormecido. Había atado todos los hilos. Le devolvió una mirada inteligente, ocultando un dolor que se enterraba bajo la sorpresa. Prometió no endulzar la verdad.

—Desde el principio.

—¿Tu principio o el mío?

El principio de Cat había sido la noche anterior. Pero un gesto culpable desenmascaró que había conocido su identidad mucho tiempo atrás.

—El único, Cat.

Terminó por abrochar los botones. La camisa se hizo demasiado pequeña sobre ella mientras la habitación se encogía por segundos. Todos les resultaban extraños. Mr. Talbot quería huir de allí, ella también.

—Diga, su excelencia: y mi papel, ¿lo desempeñé bien? —Se ajustó el pantalón con maneras varoniles. Quería estar segura de que su papel como ayudante había sido convincente para seguir su juego. Beaufort sonrió a medias y no pudo evitar responder:

—Muy deseosa de aprender. Tu entusiasmo ha suplido con creces la inexperiencia en el puesto.

No hablaban de lo mismo. El cuello de Mr. Talbot adoptó un color rojo granate. Un cojín voló sobre su cabeza.

—¡Estupendo! —Se acomodó el cabello con furia. Las mejillas ardían impotentes—. ¿No se opondrá a una carta de referencia? Pretendo hacer fortuna ocupando el puesto de cada aristócrata que necesite inocentes para encontrar asesinos.

—No todos son tan atractivos como yo.

—Pero si son tan fríos como usted en la cama, no tendré ningún problema.

—Mr. Talbot, déjenos, por favor.

—Por supuesto, su excelencia. —El mayordomo casi besó los pies del duque.

Las cortinas se batieron en retirada. La tormenta que se debatía dentro del duque iba a explotar y nadie quería estar presente para verlo. Excepto Cat. Cat quería cerrar con un comentario hiriente y no enfocarse en sus labios que, gentilmente, habían tomado partes de su cuerpo en la oscuridad. Y ella lo había dejado hacer.

No llegaron palabras que lo dañaran, solo una soledad vencida. Una soledad que anestesió su corazón maltrecho, que no pertenecía a ningún lugar. Ni mucho menos a él. La maldita sensación.

—Espero que cumpla con el contrato y me entregue la casita con la vaca. Ciertamente, yo he cumplido con mi parte.

Caminó con pies de plomo. Lo odiaría si la viera cojear. Se marcharía con el orgullo intacto.

Beaufort no apartó la mirada del jardín. El olor del rocío refrescaba la estancia con lúgubre tristeza. Apretó el alféizar de la ventana.

—Los ingleses siempre cumplimos con las promesas, extranjera.

Levantó una ceja. Desde la puerta, los pies de Billy reposaban detrás del sofá. Como si buscase algo. La espalda de Beaufort, tensa, se recortó contra

la ventana y el pantalón estiraba las piernas. El pelo corría fiero sobre sus hombros.

La noche anterior se había convertido en un pálido recuerdo.

Desapareció.

—¿Como si en realidad hubiese querido quedarse? —Suspiró con ironía Beaufort.

¡Oh, pero sí había querido! Había bajado las defensas, había creído que tenía una oportunidad y se había enamorado de un hombre del cual solo los unía el deseo de conseguir sus propios objetivos.

Los troncos de madera se agrietaron fríos en la hoguera y una brisa gris removió las cenizas que bajaban de la chimenea.

—Se equivoca, inglés —dijo más para sí misma—. Se equivoca.

CAPÍTULO 23. El lirio sapo

El tabaco endulzó los labios de Beaufort. Ácido y al mismo tiempo, dulce. La humedad se impregnó sobre las ropas estrujadas mientras el sol del mediodía lo sofreía bajo las grandes vidrieras del invernadero.

—Esperaría verte celebrar. El asesino ha muerto.

Soltó el denso humo del cigarro, acumulado en su garganta.

—Y sin embargo, heme aquí, en la maravillosa quietud de mi jardín.

Armstrong apartó de un manotazo la humareda. Vestía una chaqueta color verde limón impecable. Se camuflaba con las hojas de las plantas y pasaba inadvertido. Los rizos rubios saltaron juguetones sobre los hombros.

—Necesitas un corte de pelo, Freddy. Y pronto.

—Y tú, una cara nueva.

Emitió un gruñido molesto.

—No tengo ayudante, como ya debes saber.

—Y no creo que estés buscando reemplazo. Después de lo de Billy —Armstrong se quitó una pelusa invisible sobre su hombro—, es mejor que te hagas invisible.

—Es lo que he tratado, amigo. Lo único que quiero es pasar desapercibido.

Armstrong optó por cambiar el tema.

—Dudo que Cat se acercarse a tu cuello para una afeitada.

Una sonrisa apareció tardía en Beaufort. Los ojos brillaron con un destello de melancolía. Masticó el tabaco, perdido en sus pensamientos. El musgo trepaba las esquinas de una mesita de ajedrez, tomando la torre negra desde la base.

—Es cierto eso. Al parecer, dependo enteramente del viejo de Mr. Talbot.

El cansancio conquistó su voz. Pero ni siquiera lo había notado.

—Estás diferente desde que se marchó la extranjera. —Lo rodeó. Armstrong se debatía entre sentarse o no—. ¡Diablos, estoy tentado de ir a buscarla!

—Te daría un puntapié, Freddy, diría todo lo malo que hay en un inglés. Para ella somos hierba que no crece en la sombra.

—Habla por ti, amigo.

—Empezaría por desprenderte de esa chaqueta para coser un mantel de pícnic con ella. Eso haría.

Armstrong, insultado, alisó las solapas de la camisa encartonada. Todo estaba en orden. Un rubor tiñó las mejillas:

—No creo que el sentido de la moda haya sido su fuerte. ¡Aquella gorra de chicuelo era de lo más espantoso!

—No tenía muchas opciones. —Saltó sin pensar. Pensó en el cabello rebelde que había escondido—. Era eso o morir.

—¡Y ahora la defiendes!

—No creo que muchas personas lo hayan hecho.

Habían pasado dos semanas desde que Cat se había marchado. No había tenido el valor de pedirle que se quedara después de aquella noche. Sobre todo, aquella noche.

Había firmado los papeles y le había indicado a Mr. Talbot que la colocara en una casita de campo en Bisbury, a solo hora y media a caballo si el tiempo estaba aceptable, mucho menos si apretaba los zancos del animal.

—¿Sabes, Freddy? —Beaufort tomó el peón entre los dedos—. Tengo la terrible certeza de que le hubiese implorado.

—¿Implorado?

—Para que se quedara.

Las miradas se cruzaron. La de Beaufort se intensificó venciendo al final.

—¡Dime que no lo hiciste!

—¿Implorar? Por supuesto que no.

—No, claro que no. —Lo imitó vulgarmente—. Solo te acostaste con ella. ¡Si lo llevas escrito en la cara!

¿Estaba taciturno por haberse dado un revolcón con una mujer? Debería estar festejando que no iría preso. Ya había acabado todo.

—Al menos, que no todo haya acabado.

Una brisa fresca se escurrió entre las plantas, alborotándole el cabello. El duque seguía ensimismado con el peón mientras las demás piezas caían sobre el tablero.

—La soledad no me sienta nada bien —dijo taciturno—. Creo que he acabado por envejecer, Freddy.

«O de enamorarte, idiota», pensó Armstrong exasperado. Al parecer, era el único que no se daba cuenta. Era curioso ver cómo el amor lo afectaba. Se sentó para detallar los rasgos con detenimiento.

Las ojeras se marcaban profundas y la mandíbula cortaba el cuello haciéndolo más agresivo. Había bajado de peso. Un par de días atrás lo hubiese achacado a la noticia de descubrir que Billy era el asesino. Ahora estaba convencido de que el gran duque de Beaufort solo extrañaba a aquella pendenciera.

Ordenó el tablero de ajedrez para iniciar una partida. Colocó el peón justo en el centro mientras rehuía la mirada de su amigo.

«Veamos qué tan lejos vas sin darte cuenta», pensó con melancolía Frederick. Había alimentado la esperanza de que, con el tiempo y el pasar de los años, los dos hubiesen envejecido miserablemente juntos. Teniéndose el uno al otro, como en la guerra. Como los mejores amigos.

—¿Vas a jugar o no? —susurró Beaufort.

«Jugaré», se dijo para sus adentros. Porque lo quería. Y entre todas las personas, quien más merecía ser feliz era él. Quizás porque nunca lo había sido.

—Si lo prefieres, vete a plantar flores en su jardín. Quiero que hagas, por una maldita vez, lo que te haga feliz.

—Buganvilias.

—Eso. La cría de insectos es algo que te gusta también.

—Son flores. De España.

Armstrong limpió con esfuerzo cada pieza blanca. Quería alargar el comienzo. Beaufort se peinó el cabello y un tic nervioso saltó en la pierna.

—Sembrar buganvilias no hará que olvide que la utilicé.

—¿Te acostaste con ella por esa razón?

Su cara se convirtió en granito frío.

—¿Soy del tipo de hombre que se acuesta con una mujer para conseguir algo a cambio?

—A *madeimoselle* Rousseau le gustaría opinar al respecto.

—¡Bah! Con Camille nunca queda claro quién usa a quién.

Armstrong movió el caballo.

—¿Y me vas a decir con Cat no sucedió igual?

—Yo no lo planeé. —Beaufort sacó otro peón—. Sucedió.

—Es interesante el uso de tus palabras. —Armstrong movió el alfil—. Por ejemplo, es difícil entender que al gran duque de Beaufort las cosas le «suceden» sin previo aviso.

—No sé qué has tomado para levantarte hoy. Pero los enigmas no son tu fuerte.

—Ningún evento a tu alrededor simplemente «sucede». —Tomó la torre —. ¿Sabes qué creo?

—Muero por escuchar tu hipótesis, Freddy.

—Que te has enamorado.

La reina blanca se aproximó al rey de Beaufort, comiéndose el caballo de una sentada. Lo sopló y lo limpió en su extravagante chaqueta con una sonrisa en el rostro.

—Yo no sé cómo enamorarme, Armstrong.

—Querido amigo, creo que ya lo has hecho. —Movió la reina hasta derrocar a la torre negra.

«Jaque Mate».

Lo miró por encima del tablero. Sonreía con los ojos y un aire de suficiencia. Nunca lo habían vencido con anterioridad. ¿Había algo malo en él? Retiró la silla con brusquedad, las piezas de ajedrez volaron hasta caer esparcidas en las losas húmedas.

El lirio sapo lo observó sagaz. Tan condenadamente diferente a las demás flores, se alimentaba de la tierra ácida en las sombras. Su exótica belleza era lo que más atraía.

—Ya no importa. No quiere saber de mí. —Acarició los pétalos con delicadeza, atormentado por no querer estresar su entorno. O que se marchitase por el roce.

Armstrong dejó salir el aire de los pulmones.

—Seguro que podemos ganarla de vuelta. —Empezó a recoger el juego desparramado—. ¿Joyas, vestidos? ¿Otra vaca, quizás?

Un pequeño detalle lo golpeó con fuerza. Había una sola cosa que Cat quería por encima de todo. Incluso más que a su propia vida.

—Prepara el equipaje, Freddy.

Armstrong enarcó una ceja.

Beaufort caminaba con grandes zancadas para abandonar el invernadero. Levantó un dedo en señal de orden.

—¡Zarpamos al amanecer!

—Pero ¿a dónde nos dirigimos, almirante? —Una risa burlona burbujeó. Su amigo había recuperado el semblante para emprender una nueva aventura con él a cuestas.

—Tú sabes a dónde.

La risa murió. Temió que Beaufort hubiese perdido la cabeza otra vez. ¡Estaba loco si de verdad pensaba navegar hasta…!

—¡Oh, vamos, Freddy! —Lo empujó sin delicadeza—. Como en los viejos tiempos.

Armstrong suspiró. No insistiría. A fin de cuentas, había sido su idea.

Alisó la chaqueta por enésima vez. Era mejor que volviera a Londres. Prepararía un vestuario acorde a altamar. Se despidió con una solemne reverencia y se dirigió con prisas hacia el caballo. No se perdonaría si el conjunto anaranjado no formaba su equipaje en esta travesía.

CAPÍTULO 24. La señora de Bisbury

Caminó descalza por los pasillos bañados en las sombras del atardecer. Volvía a llover. Pero se había acostumbrado un poco.

De hecho, le gustaba.

El vuelo de la falda se entrometía desafiante entre los pies. La casa era pequeña, pero se bañaba en tonos cálidos en aquella hora específica. Las ventanas, de color azul envejecido, chirriaban con el canto de las bisagras oxidadas. Y no podía verse en otro lugar que no fuese aquel. Para Catalina, era su hogar.

—Señora, le he dicho que me ocupo de la cocina.

Mrs. Pemberton tenía los brazos en jarra al verla en puntillas de pie frente del fogón. Revolvía la leche que estaba a punto de hervir.

—Ya me ayuda usted con la venta del queso. —Tomó un cucharón de madera con seriedad—. Sería demasiado pedir que se encargue de la producción.

El hervor de la leche fresca inundó el recinto. Tan blanco y denso que a veces le recordaba la textura de la cal en Salobreña. *Yaya* había hecho el mismo ritual con leche de cabra. El pelo de su abuela se había bamboleado al ritmo de las guitarras y con su voz enrollaba la leche en tela quesera.

Había tratado de agarrar la punta de su cabello para llamar la atención. La *yaya* había reído hasta arrimarla a su cadera. Catalina siempre se quedaba quieta. Nunca había querido desprenderse de ella.

El cabello se adhirió a sus mejillas arreboladas. Lo apartó de un manotazo. Podía ser feliz. Con una vaca inglesa y un techo bajo su cabeza ¡era invencible!

Nadie la perseguiría. Era libre.

Con suerte, completaría el dinero para buscar a Martina a finales de mes. Volverían a la casita en un buque inglés.

Su hermana la esperaba. Tenía la sensación de que lo hacía y Catalina iba a cumplir su promesa. Habían trazado el plan desde un principio. Nada había cambiado.

Excepto, quizás, ella.

Los zapatos de la señora Pemberton se alejaron. La mujer despotricaba insultada. Quedó sola, una vez más, con sus pensamientos. Y un poco, con él.

Con los besos robados. Con el roce tenue de sus dedos por la cadera. Con la respiración entibiando su cabello. Absorbiendo su esencia.

La lluvia salpicaba la entrada de la cocina. Y las gallinas asomaron las cabezas para asegurarse de que Pemberton no las perseguiría con un cuchillo. Catalina sonrió porque sabían que estaban a salvo con ella.

—Tendrá que buscarse un hombre, señora. Ya todo el pueblo sabe que en la casa de Bisbury hay nueva propietaria. —Se ajustó la cofia—. Y además, soltera.

Las gallinas corrieron despavoridas hasta esconderse debajo de la mesa. Soltó una carcajada.

—Le agradezco la preocupación, Mr. Pemberton. —Añadió sal a la leche—. Pero no necesito ningún hombre. Puedo valerme por mí misma. De España soy, ya usted ve.

Las gallinas cacarearon. La mujer atisbó los pies descalzos y una flor enredada en el cabello deshecho. Sin cofia. La chica podía catalogarse como cualquier cosa menos ordinaria.

Al principio, se había resistido a una nueva propietaria holgazana. Pero la muchacha había mostrado modales impecables que, unido a las ansias de trabajar, había terminado por concederle sus respetos.

No era de la nobleza ni por asomo, pero había algo que la distinguía.

Había abierto puertas y ventanas de par en par con el cantar del gallo. Se había recogido el pelo y había comenzado a limpiar. Trató de decirle que recibía pagos mensuales del duque. Pero cada vez que intentaba mencionarlo, la interrumpía con palabras en español que, a juzgar por su rostro, no eran halagüeñas.

—Ya veo que está a salvo —dijo sarcásticamente—. Mi hijo se mostraría más que honrado en hacerle la corte si es lo que desea.

—¡Kirk es casi un niño! —dijo asombrada—. Es un buen muchacho y dudo que no trate bien a mi «Berta». Pero no significa que también quiera que me toque.

Las fosas nasales de la mujer se ensancharon. Sus pómulos altos se tornaron rojos. Con la mirada asesina como cuando perseguía a las gallinas, recogió la saya tiesa y se marchó sin despedirse.

—Ya pueden salir, chicas. Ya se ha ido.

Se coló por debajo de la mesa para encontrarlas cobijadas unas encima de otras.

—No teman, Mr. Pemberton es una señora buena. Solo asusta un poco al principio. Aunque si ven un cuchillo, huyan.

En eso se había resumido su existencia: a aconsejar a gallinas escuálidas. La leche se desbordó. Corrió, pero ya era demasiado tarde.

Unos pasos profundos atravesaron la puerta. Aquellas pisadas pertenecían a alguien que conocía demasiado bien. Inconfundibles. Estaba ahí, detrás de ella. Un temor la obligó a no encararlo. Tenía el terrible presentimiento de que, al verlo tan impecable, lo volvería a odiar.

Se acercó a ella sin tocarla. Respiró profundo y cerró los ojos. Se giró para encararlo. Una nariz fría golpeó su barbilla. El estruendo mugido explotó en sus oídos.

—¡Berta!

La vaca dio un lengüetazo en su oreja, moviendo las patas sin cesar. Estalló en carcajadas. Acarició el peludo cuello perdiéndose en la suavidad del pelaje. Las orejas del animal temblaron por las cosquillas.

—¡Ay, muchacha!, ¿cómo pudiste llegar hasta aquí? —La empujó con delicadeza antes de que otros cucharones cayeran al suelo—. Si fue porque ese Kirby dejó la reja abierta otra vez, me va a tener que oír.

Otro mugido chillón retumbó en las paredes.

—Calma, chica.

La vaca empezó a retroceder hasta tumbar una silla. Las gallinas salieron despavoridas.

—Reza porque la señora Pemberton no regrese. Si lo hace, te convertirás en un filete para acompañar.

Debió entenderla, porque al ver la puerta trotó hasta quedarse atascada. Estaba ridícula, y aunque hubiese preferido contemplarla cinco minutos más, hincó los pies para empujarla.

—Anda, Berta.

Resbalaba sobre la textura rugosa del piso. La lluvia había arreciado un poco más. Empujó en un último esfuerzo y el animal salió expulsado hasta caer ella de culo. La lluvia la empapó hasta la raíz del cabello. La saya, toda estropeada, se endurecía con el lodo.

La vaca estiró el cuello y con un gesto grácil anduvo hacia el establo mientras Catalina se calaba los huesos en el aguacero.

Recogió el balde de leche contando hasta veinte.

—Sí, su alteza, como desee. Ya me largo. —Gesticuló como si el animal pudiera entenderla.

Cerró la puerta y se cercioró de que estuviese cómoda. El animal pegó la nariz como respuesta. Catalina sonrió y agarró con ahínco la cubeta mientras se dirigía hacia la cocina.

Las gallinas no dejaban de mover la cabeza insistentemente, como señoras viejas que juzgaban entre chismes y cotorreos. Catalina olió sus ropas y prometió darse un baño en cuanto pusiera la leche en el fogón. No había tiempo que perder, Martina esperaba por ella. Y ella tenía que trabajar.

Los dedos se durmieron al arrastrar el balde pesado. Pero fueron los cascos de la vaca en el pavimento los que esfumaron toda la decencia de su cuerpo. Estaba cansada, olía a pasto masticado, sus cabellos estaban enredados. ¡Sin contar que debía sacar el animal, una vez más! Buscó en las gavetas con que amarrarla. Se suponía que las vacas eran animales dóciles y aburridas.

—¡Suficiente! —vociferó poseída—. En cuanto te ponga las manos encima, nadie te va a salvar de la azotaina.

—Deberíamos regresar en otro momento, Beaufort. Mis nalgas tienen un valor muy preciado para que sean ajusticiadas.

Las manos de Catalina se crisparon al instante. A su espalda, la voz de lord Armstrong sonó quejica y si no se equivocaba, ahí estaba él, inspeccionándola.

Berta mugió a lo lejos. ¡Cuánto hubiese querido que la maldita hubiese entrado en estampida! Pero al parecer, ningún alma viviente, nacida y criada en Inglaterra lograba apiadarse de ella.

CAPÍTULO 25. Catalina

Gotas brillaban sobre la gamuza de su chaqueta azul oscuro. El pelo, estirado hacia atrás, se acomodaba perfectamente detrás de sus orejas sin moverse un centímetro.

La viva imagen de un inglés perfecto y… tieso. No había un botón mal abrochado, la camisa de lino salía por los puños, prístina. Y la cicatriz se desvanecía por unas ojeras profundas. Nada desmerecía su peculiar belleza excepto, ¿un leve bronceado?

El corazón corrió desbocado, saltaba vallas sin impulso.

Las botas se ilustraban limpias como si hubiesen escapado de los charcos mugrientos. Le escocieron las cicatrices en la espalda. Movió el peso del pie maltrecha hacia el otro.

—Hemos llegado en un mal momento. Si prefiere —dijo Beaufort incómodo—, esperaremos a que se refresque un poco.

Primera vez que lo notaba indeciso ante ella.

—Los ingleses son los únicos que necesitan acicalarse —replicó con acritud. No podía evitarlo—. Espero que no hayan hecho el viaje en vano, no tengo cuartos para hospedar a dos aristócratas de su calaña.

—¿No querrá decir dos aristócratas de alta cuna? —preguntó Armstrong esperanzado.

La mano se había adormecido por el peso del balde. ¿Dónde se encontraban aquellas gallinas fiesteras cuando más las necesitaba?

—Exacto. Para ninguno de los dos tipos, Armstrong.

—Catalina Rafaela Francisca del Pilar de Guzmán y Aragón. —Un mechón claro saltó detrás de la espalda de Beaufort. El regaño quedó suspendido—. ¡Con esa guisa y la lengua tan sucia, la *yaya* está cavando un hueco para llevarte con ella!

El balde cayó de un golpe contra las baldosas. La leche derramada salpicó sobre las botas de los hombres. No supo muy bien quién había llegado hasta quién. Unos brazos la apretaron con fuerza. Y recibió el roce de su cabello claro en la nariz. ¡La tibieza del abrazo la sorprendió! Dejó que llorara sin desconsuelo mientras se zambullía en el sol cálido que representaba Martina.

—Lo siento, *Cata*. Lo siento mucho. Supe lo del ataque del buque.

—Calla.. —Su voz se rompió en mil pedazos mientras le apretaba los hombros para confirmar que estaba allí—. Calla…

Encontraron el abrazo una vez más. Pasó una eternidad cuando decidieron romperlo. Lágrimas de felicidad se confundían con risas tontas.

—Estás aquí. ¿Cómo?

Una voz carraspeó a sus espaldas.

—Permítanos interrumpir este momento tan emotivo, señorita Cat. Si lo desea, nos gustaría relatar la travesía hacia España.

—Habla por ti —dijo Beaufort, enmudecido—. Yo solo quiero encontrar una silla en esta maldita cocina.

Ese era el motivo del cansancio en su rostro, de los labios parcos y los párpados pesados. Martina lucía extenuada también.

—Todo empezó una tarde soleada en el invernadero, cuando el duque reconoció ante mí…

—La versión corta, Freddy, por favor. —Sacudió las botas con desgana al tiempo que se recostaba contra una pared con dificultad—. No querrás aburrir a las señoritas con anécdotas nimias, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —replicó indignado Armstrong con un lazo amarillo que colgaba muerto sobre la camisa.

—*Cata*, estos aristócratas peinaron Salobreña buscándome. El más tenebroso…

Beaufort carraspeó.

—... se comunicaba en perfecto castellano. Me explicaron lo que te había sucedido y que habían venido a buscarme. Y no dudé en venirme con ellos.

Catalina fulminó con la mirada a Beaufort. ¡Todo este tiempo el maldito había entendido su idioma!

—O sea, ¿no dudaste en escapar con un par de desconocidos que aseguraban que me conocían? —preguntó con ironía—. Dame solo una razón para que no te azote ahora mismo por tu imprudencia, Martina.

—Son hombres muy apuestos, Cata. ¡Y duques! —respondió Martina con suficiencia—. ¿Quién se arriesgaría a cruzar todo un océano para llenar mis oídos de mentiras?

—Un inglés —dijo sin pensarlo—. Venderían hasta el cuerpo para atrapar un asesino.

—Yo no me vendí. Simplemente, me acosté contigo.

Armstrong tosió sin escrúpulos.

—Entonces, un tal alcalde Albaricoque con malas pulgas nos amenazó con…

—Albarrán, *Cata* —Se apresuró a explicar Martina—. Conoce tu paradero. Y tiene licencia aprobada del propio rey para buscarte. Pretende llevarte a la Corte. No podía dejar que eso sucediera, ¿entiendes?

La esperanza de un futuro estable cayó al fondo de su estómago. Encontraría una solución. Con Martina a su lado, se atrevería a esconderse en cada rincón de Inglaterra si fuese necesario.

—Nadie podrá llevársela —dijo Beaufort con frialdad—. Mucho menos Albaricoque.

—¡Albarrán! —replicaron los tres al unísono.

—¿Y cómo evitaremos una orden del rey de España? —preguntó Armstrong escéptico.

—Fernando solo tiene poder sobre los españoles, Fred.

—No creo que podamos cambiarle el acento.

—Pero puede contraer matrimonio con un inglés.

Armstrong se tornó del color de las moras. Lo tomó por los hombros, a riesgo de que el hombre hubiese perdido la razón.

—Mira, Beaufort, te acompañé hasta España para encontrar a la hermana. Mi sacrificio no incluye contraer nupcias con Cat.

—Cállate, Freddy.

Se soltó de un tirón, sin apartar la mirada de las dos hermanas.

—Entonces, dime que no vas a hacer lo que yo creo que estás pensando.

—Ilumíname.

Abrió la boca para argumentar. Pero los ojos de Beaufort estaban determinados a continuar con aquel plan imprudente. Suspiró vencido. Su amigo debió notarlo, porque dijo en voz baja para calmarlo:

—Prefiero ahorrarme el dinero si es algo que puedo hacer yo mismo.

Beaufort podía comprar a cualquier hombre para el trabajo. Era la excusa más estúpida que había elaborado. Una gallina cacareó rebelde.

—Nadie me obligará a nada.

Armstrong aplaudió admirado. De cierta manera, esperaba aquella respuesta.

—Y yo pensé que lo de la cabezonería venía con el disfraz de ayudante —replicó Beaufort malhumorado.

—Acéptalo, Beaufort. —Una sonrisa esperanzadora brilló en los ojos de Armstrong—. No es de las que se casan.

Beaufort lo escuchaba a medias. Martina observó con detenimiento a Catalina, le recompuso la camisa y le alisó un poco el pelo enmarañado. Le susurró en castellano:

—Solo diez minutos con él. Escúchalo y deja a un lado ese orgullo que va a hacer que termines sola. —Le apretó las mejillas, casi con dolor—. *Me ha bastado verle la cara cuando te mira.* —En un cambio drástico, los ojos se enternecieron con anhelo—. *Nunca has tenido que cuidar de mí, Cata. Y es hora de que también seas feliz.*

Catalina quiso protestar, pero Martina tapó los labios de ella.

—No conozco a más nadie en este mundo que merezca ser amada como tú. Además —replicó con sorna—, *ese inglés está más «apollardao*[12]*» que tú.*

Aprovechó para atrapar un brazo de Armstrong y le tiró de la manga con ahínco mientras decía de manera tímida:

—Venga conmigo, señor Armstrong. Pretendo recorrer toda la casa antes de caer rendida en una cama.

El duque se dejó seducir por los cabellos rubios y el rubor de las mejillas. Se arrastró con placer mientras afirmaba:

—La acompaño con deleite. Le agradará escuchar mi historia de cuando rescaté a una dama en apuros…

Las voces se perdieron entre los pasillos. Habían quedado ellos solos y el constante cacarear de las gallinas. Catalina encendió una vela con urgencia porque el sol caía y la lluvia había amainado un tanto.

«¿Asustada, ella?».

Las manos temblaron escondiéndolas entre los pliegues de la saya. Las apretó y las volvió a soltar.

—Debo empezar por agradecer que haya ido a buscar a mi hermana. —Suspiró con teatralidad—. Yo misma lo hubiese hecho, pero terminaba por hacer algunos ajustes finales.

Beaufort se despegó de la pared con lentitud.

—¿Volvemos al principio, Cat?

Lo ignoró mientras recitaba de carretilla.

—No sabe cuánto significa para mí verla de nuevo.

—Creo que me hago una idea.

—¿Por qué lo hiciste?

Se deshizo del chaleco con extremo cuidado.

—Le debía a Armstrong un viaje a España. Sucedió que…

—Nunca has estado en la posición de deber nada a nadie. —Cruzó los brazos con impaciencia—. ¿Por qué lo hiciste?

Beaufort la miró. Ahí estaba, adoptando la posición de una mártir a la defensiva. Con movimientos bruscos y toscos. ¡Cómo había extrañado su carácter! Tenía la gracia de una emperatriz que odiaba que malgasten su tiempo a conciencia.

Respiró profundo y se armó de valor.

Las puntas de los pies cosquillearon por llegar hasta ella y besar sus párpados con delicadeza, mientras su aliento calentaba el dorso de la boca de ella. Habían sido largos meses sin verla. ¡Toda una aburrida existencia!

La necesitaba.

—Para recuperar a mi ayudante. —Dio un paso hacia delante—. No he podido encontrar uno mejor después de ti.

Silencio.

—Estoy segura de que no has buscado a fondo.

—Entonces, permíteme corregir. No busco a otro. —Otro paso—. Te quiero a ti.

Las botas, ya no tan prístinas, bebieron el charco de leche al detenerse frente a ella. Tocó su cuello con miedo al rechazo. Las manos se enterraron hasta perderse en la densa cabellera.

Sonrió sin poder evitarlo: una mancha de tierra se secaba sobre la frente.

Catalina cerró los ojos con placer, los labios se abrieron en un suspiro. Las gallinas picoteaban las baldosas cerca de sus pies.

—Inglés, que sepa no ando con tiempo para cargar con un corazón roto.

Beaufort sonrió bajito. Le dio un beso suave.

—Yo tampoco, Cat. Yo tampoco.

FIN

EPÍLOGO

La tarde en Londres se avecinaba calurosa. De hecho, Catalina podía jurar que la camisa se adhería a su espalda. El sudor empapaba sus senos aplastados en un corsé cuando entró en un ataque de cosquillas.

Divisó una pequeña capilla oculta entre los jardines de Rivelrey.

Los largos cipreses lideraban el camino con sombras intermitentes que agradeció por momentos.

—Una falda no te hubiese matado este día —replicó su hermana, sosteniéndola de un brazo—. Esos pantalones no son adecuados para ti.

—Martina, una vez que los pruebas no querrás deshacerte de ellos. —Sonrió nerviosa.

Apareció el hombro de Beaufort a la vuelta. En el instante en que la sintió caminar a su espalda, su perfil se dibujó con una sonrisa cómplice. La capilla estaba coronada por buganvilias que crecían agigantadas después de un año de sembradas. Su mirada se llenó de ternura y de algo más de lo que todavía no lograba acostumbrarse.

Pero él le prometió que lo haría.

—¿Te refieres a los pantalones, *Cata*?

Beaufort alcanzó su mano con una promesa.

—¿Y de qué otra cosa podía yo hablar?

¡Este ha sido el final!

Gracias por llegar. Por estar.

Por ser parte de la historia de Catalina.

Si te ha gustado este libro (de verdad). Me encantaría que dejaras tu opinión en Amazon y conocer cuál ha sido tu parte favorita de la historia.

¡Te estaré esperando!

¡Gracias!

©Rita Karrá

---

[1] Definición de la Real Academia Española, 2021

[2] Dícese *Bull* en inglés. Catalina confunde el apellido Beaufort con el término *Bull*

[3] *Francis Bacon, primer barón de Verulamium. Célebre filósofo, político, abogado y escritor inglés. (1561-1626)*

[4] *Dulce tradicional de influencia árabe con harina y especias. La masa se fríe antes de espolvorear en azúcar.*

[5] «Mi querido» en francés.

[6] «¿El café, pequeño?» en francés.

[7] «Ayudante» en francés.

[8] «Sí» en francés.

[9] «Por Dios» en francés.

[10] «Cálmese» en francés.

[11] «Trío» en francés. En referencia al término que describe un acuerdo entre tres personas para practicar relaciones sexuales.

[12] Cuando una persona está asustada y corre despavorida de un sitio a otro con tal de huir de lo que le amenaza.